



Juan van Kessel

*AICA Y  
LA PEÑA SAGRADA*

**AICA**  
**Y LA PEÑA SAGRADA**

Dr. J. van Kessel

EL JOTE ERRANTE - IQUIQUE, CHILE

CIDSA - PUNO, PERÚ

1992

## INDICE

PRESENTACION .....	4
BIBLIOGRAFIA .....	14
PROLOGO .....	15
1. Los Lakas.....	17
2. Fiestas y fe .....	25
3. La historia de Aica (1900-1973) .....	35
4. El bailecito (1924-1962) .....	43
5. Rostros y crónicas (1966-1972) .....	53
6. Un día de tantos .....	74
7. El peregrinaje.....	89
8. La Fiesta.....	98
9. La octava y 'Las Cruces' .....	117
EPILOGO" .....	129

## PRESENTACION

En la religiosidad popular es donde Pedro Morandé (1984) busca y encuentra la verdadera cara, la identidad cultural de Chile y de América Latina. La expresión religiosa de los peregrinos de los santuarios populares del Norte Grande de Chile ha sido objeto de estudios anteriores del mismo autor: estudios literarios (1976), sociológicos (1980-b), folklóricos (1981) y antropológicos (1988). Sin embargo, existe el peligro que por los enfoques especiales se pierda de vista la persona del peregrino mismo. El análisis del enfoque especialista hace invisible al bailarín de carne y hueso, promesero o devoto, y con ello la persona humana de cabeza y corazón, de razón y sentimiento, de pecado y fe. Con este fin y para completar los estudios anteriores fue escrito PESCADORES Y PEREGRINOS DE TOCOPILLA (1992) dedicado a los bailarines devotos de La Tirana; y presentamos ahora este volumen que describe la vida social y religiosa de una de las sociedades más antiguas del santuario de Las Peñas, después de una larga convivencia del autor con la familia de su fundador y de ocho peregrinajes compartidos. El resultado pretende ser un relato histórico y representativo que describe el diario vivir de los protagonistas y los hechos relevantes del pasado registrados por su memoria viva. Es más. A cada página se nos abren nuevas vistas que muestran hechos sociales de mayor interés al observarlos en una perspectiva “desde abajo” y tal como los protagonistas los ven y viven. Finalmente, el relato despierta también preguntas académicas y teológicas de las que señalamos aquí algunas, antes de dejarnos llevar por el curso del relato.

**El mito de Las Peñas:** El contenido de los mitos que perviven en Las Peñas es muy rico. Ciertamente, los narradores que cuentan un mito en un contexto ritual, defienden intereses sociales y pretensiones de prestigio y poder de grupos antagónicos. Cada uno desea demostrar su “derecho divino” en la lucha social. Sin embargo, los mitos interpretan antes que nada una cosmovisión y afirman la trascendencia de los valores encarnados en sus personajes. Estos valores éticos definen la identidad cultural de un pueblo. Es solamente a partir de estos valores y de la cosmovisión que los engloba, que los mitos funcionan como legitimación de pretensiones y derechos a nivel social. El mito del origen del santuario de Las Peñas define decididamente la identidad cultural mestiza de sus devotos en una sociedad colonial - y neo-colonial - dominada por los criollos. Cuenta así:

En un pequeño pueblo de Carangas (provincia boliviana del Altiplano colindante a la cordillera ariqueña) se celebraba la fiesta de la Virgen del Rosario. Una vez el alférez que estaba a cargo de la fiesta era pobre. Su fiesta causó el desprecio de un hombre que era rico y orgulloso. Al final de la fiesta ese hombre agarró el estandarte para el año siguiente. Para humillar al alférez dijo que él iba a hacer la fiesta como debía hacerse. El otro año arregló la iglesia con muchas flores y velas, tanto como nunca se había visto y se pusieron a beber bastante. Pero la iglesia se incendió y la imagen de la Virgen desapareció. Unos pastores que llegaban atrazados a la fiesta, encontraron en el camino del pueblo a una señora desconocida. Le preguntaron si no iba a la fiesta y ella respondió: “Voy a otro lugar, donde me adoran más”, y de pronto se convirtió en una paloma blanca que voló al oeste.

Justo en ese tiempo había un gobernador malo en Umagata. Un día se le enfermó la señora. El gobernador mandó a llamar un curandero para mejorarla, pero la señora murió. El gobernador dijo al curandero que era brujo y lo condenó a morir en una hoguera. Y más todavía, le mandó a buscar, a él mismo, la leña para su hoguera. El curandero era un hombre bueno. Lloró mucho y fue a buscar leña. Así llegó llorando frente a las rocas de Livilcar y vio llegar una paloma blanca que se posó a descansar contra la peña. Era la paloma que vino de Carangas. Llamó la atención al curandero, porque era muy bonita. Quería pillarla y llevarla al gobernador para pedirle compasión. Justo cuando quiso pillarla, desapareció y en la roca quedó grabada una Virgen. El curandero se asustó mucho, corrió al gobernador y le contó lo que le había pasado. El gobernador no quiso creerle y dijo que era un mentiroso y un tramposo. Pero el curandero le dijo que fuera a ver. Primero no quiso, pero después dijo: “Si mientes, te voy a quemar vivo allá mismo”. Fueron y el gobernador comprobó que era así. Reconoció que el curandero no era brujo y lo perdonó. Fueron a avisar al señor cura de Umagata y éste lo comprobó también y avisó a los padres franciscanos de Codpa. Los padres fueron y quisieron sacar la Virgen con cinceles de la roca, con piedra y todo; querían llevársela al templo, porque era muy bonita. Pero no pudieron porque la roca era muy dura. Esa noche el cura sufrió gran dolor de cabeza y escuchó una voz que dijo: “¿Sufres mucho? Yo también sufro con los golpes que me dan”. Cuando despertó el cura, ordenó que se parara el trabajo y que la gente fuera a adorar la Virgen allá mismo, en Las Peñas, porque reconoció que era milagrosa.



El Santuario de Las Peñas A.D. 1938.

El mito del origen del santuario de Las Peñas es la expresión de una lucha por poder y prestigio que se libra entre grupos antagónicos: los peregrinos y los que no comparten esta fe. Fieles e incrédulos tienen, cada uno, su propia interpretación del culto que se rinde en el santuario. Para unos es señal de una anticultura desdeñable y vergonzosa, para otros es la expresión de un culto divino, originado en el cielo mismo. Estos mitos nos llevan al centro invisible, al motor mismo que produce las energías morales de esta lucha por poder y prestigio en el campo de la religión. En las páginas que siguen queremos analizar este recurso defensivo de un régimen religioso popular frente a la presión “evangelizadora” o “purificadora” que ejerce el régimen religioso clerical. La lucha entre ambos regímenes religiosos - cada uno con su propia espiritualidad y sus expresiones propias de culto, aunque ambos dentro del cerco de la catolicidad - tiene al mismo tiempo efectos relevantes en el nivel social y político. En el caso de los peregrinos de Las Peñas, esta lucha de los fieles en defensa de su identidad religiosa y cultural jamás es

agresiva ni intolerante. Todo lo contrario, es una lucha defensiva contra las múltiples formas de intervención y corrección, intolerancia, agresión y menosprecio de diferentes grupos de incrédulos. El fin de la defensiva es preservar el culto y el lugar sagrado de su devoción de toda intervención externa, sin jamás dejar dudas de su catolicidad. La lealtad de los peregrinos con la religión católica es el lado vulnerable de su defensa, por donde penetra la intervención purificadora del clero que Octavio Paz llamaría “blanquear” la devoción mestiza.

La “dogmática” (que es el tratado de la teología que versa sobre la doctrina cristiana) podríamos llamar, siempre con el debido respeto, la “mitología oficial de la Iglesia.” “En la confrontación suave con los peregrinos, la jerarquía eclesiástica ocupa una posición más firme por cuanto su “mito” tiene la categoría de Teología, Sagrada Escritura o Palabra de Dios. Así, el clero que en cualquier momento se expresa en forma negativa sobre los peregrinos y sus “leyendas”, no necesita temer la crítica del medio nacional y no siente la necesidad de la auto-crítica. La prensa, recurso del sector dominante, está a disposición del clero, más que de los peregrinos. En la temporada de los peregrinajes se lee, año tras año, sus orientaciones pastorales en que exponen: la primacía de Jesucristo (donde el peregrino se dirige a María), de los sacramentos (donde el promesero se inspira en bailes y cantos, mortificaciones y procesiones) y la Biblia (donde el devoto se guía por las leyendas populares marianas). En la religión católica que es bíblica y sacramental, el sacerdote como especialista del culto y representante de Jesucristo, ocupa una posición central de intermediario indispensable entre cielo y tierra. En cambio, el régimen religioso popular es democrático e igualitario y el peregrino en su devoción se dirige sin intermediario a su Virgencita.

**La Virgen Pachamama:** “La Virgen del santuario es el símbolo central del culto de los bailarines. Así lo es también la Pachamama en el culto aymara. La Virgen de Las Peñas que llegó desde Carangas, Bolivia, es la Pachamama “bautizada” y representa la fuente de vida y abundancia originarias del oriente según la cosmovisión aymara regional (cf. JvK, 1980, 306,ss). Ella es la expresión de haberse aceptado el nuevo orden cristiano, “porque el Dios de los españoles ha vencido y por eso tenemos que obedecerle”. Así es la filosofía de los aymaras altiplánicos

de Carangas que Ella encarna y que analizó Pauwels en su tesis doctoral presentada en la Universidad de Lovaina (Pauwels, 1983,111). Sin embargo, ella mantiene su carácter de Pachamama. Se identifica con la tierra, y en Las Peñas particularmente con el antiguo lugar sagrado y representativo de la fuerza y la fertilidad de la Santa Tierra: la peña que allí hace brotar “una agua sagrada y milagrosa para cualquier remedio”, según los peregrinos. La Pachamama vencida y bautizada sobrevive en la Virgen y, gracias a su gran capacidad asimiladora, tiene bastante poder y autonomía. Dejó morir a la señora del gobernador y salvó al curandero quien representa la opción sincrética aymara que es: andinizar los elementos cristianos escogidos y bautizarse para sobrevivir. La Virgen mestiza exige respeto y hasta los criollos han de rendirse ante Ella. Es milagrosa, sigue dando vida y fuerza a la feligresía, fertilidad a sus campos y ganados. En cambio, resiste a los planes de los criollos que la quieren llevar por la fuerza al convento. La Virgen de Las Peñas rechaza la fiesta suntuosa del vecino rico y prepotente de Carangas. Ella rechaza también el culto ortodoxo criollo de la parroquia y del convento. Ella es más poderosa que la autoridad política y religiosa del régimen colonial. Se identifica con la tierra y con el pueblo de la tierra: los pobres, los de abajo en la estructura social colonial. En verdad, los Aymaras bautizados y sumisos, parecen estar abajo en la escala de la jerarquía y la estratografía coloniales. Pero secretamente, mimetizados en su ambiente y terreno propios, ellos podrían resultar más fuertes, contra todas las apariencias. La figura de “su” Virgen lo demuestra. Así interpreta también Fernando Montes (“La máscara de piedra; simbolismo y personalidad aymaras en la historia”, La Paz, s.a.) la visión aymara a partir de los grandes mitos andinos y los ritos aymaras. Lo que es más, la Virgen defiende y autoriza la anti-autoridad, el curandero, tildado de “brujo mentiroso y tramposo” por los criollos que manejan el poder en el régimen colonial. La Virgen elige en forma totalmente autónoma su sitio sagrado, expresando su preferencia para el lugar y para la etnia identificada con el lugar.

El antagonismo social que recuerda el mito de la Virgen de Las Peñas, ya no es aquel de la Conquista, entre “gentiles y cristianos”, sino de la Colonia, entre criollos y mestizos. Los primeros son los ortodoxos y aparecen en: el ricachón de Carangas, el gobernador y el cura de

Umagata y los frailes de Codpa; los segundos son el pueblo sincrético andino y, en este sentido, mestizado. Estos aparecen en: el alferez pobre de Carangas, viajeros, festeros, feligreses, en fin, el pueblo de la tierra y su representante, el curandero brutalizado por los criollos.

La virgen de los pobres venció y dió un brillo triunfal a su santuario preferido. En cambio un día de justicia divina, el templo de Umagata se quemó y el pueblo murió. En el peregrinaje al santuario de Las Peñas, los bailarines deben pasar por medio de sus ruinas diseminadas en la quebrada y no dejan de contarse, año a año, la gesta de la Virgen.

**Cristianismo mestizo:** “Observamos un mensaje muy acentuado en el mito de Las Peñas: la Virgen es decididamente mestiza. Los criollos deben reconocerla y respetarla y Ella se opone a los intentos de “blanquearla”, como dirían Octavio Paz (1981) y Pedro Morandé (1984). En este aspecto, el mito nos muestra también una pista valiosa para el análisis del esfuerzo popular en defensa de su identidad ético-cultural y su religiosidad sincrética ibero-andina contra la ortodoxia y la dominación cultural criollas. Mestizos y criollos son hijos de la Conquista y discuten - ante los ojos del analista - el derecho de representar la síntesis cultural latinoamericana, como dice Morandé (1984,153): “Mientras el mestizo es hijo directo del entrecruzamiento real entre indios y europeos, el criollo sólo lo es de modo abstracto: idealiza al indio e idealiza a Europa, para afirmarse a sí mismo como síntesis de lo mejor de ambos mundos, rechazando al mismo tiempo, al indio concreto y al europeo concreto. ... Hasta el día de hoy los países latinoamericanos tratan de ocultar su mestizaje y las oligarquías dominantes exigen a los mestizos aventajados, que aspiran a incorporarse a ellas, un verdadero proceso de “blanqueo” social y cultural”. En América Latina, la Virgen Mestiza se impone, sin escape posible, pero Ella es para el criollo “una compensación simbólica del tema originario de la madre violada y, de esta manera, una protesta criolla contra el acontecimiento histórico, junto a una no aceptación del mismo” (Paz, 1981, 77). En cambio, para el mestizo, Ella expresa la conciencia positiva de su identidad histórica y cultural, y el culto sincrético popular representaría una manifestación altamente expresiva del ethos cultural latinoamericano.

**La pregunta teológica:** “Con estos antecedentes, urge más una respuesta a la pregunta teológica dirigida al Aymara y al mestizo nortino: la Pachamama y la Virgen María, ¿son, o no son, similares, o casi idénticas? ¿Es, o no es, la Pachamama “una Virgen más” entre tantas otras: Lourdes, Candelaria, Asunta, Del Carmen...?”

Contrario a la opinión explícita o las sugerencias implícitas de muchos autores (como Tschopik, 1968: 153), el Aymara distingue claramente la Virgen María, madre de Jesucristo, de la “Pachamama” que es de origen andino y que es llamada también “Virgina” (Cf. D. Llanque, 1990: 74). Prueba de ello es el culto muy diferente e inconfundible que se rinde a cada una de ellas. Para María, el homenaje supremo es la Misa celebrada en su día, y en su honor, por el sacerdote católico, en el templo, con incienso y con textos, lecturas bíblicas, cantos y oraciones de la liturgia católica. Su imagen está presente y demuestra toda una iconografía de origen colonial-español. En cambio, para la Pachamama el homenaje supremo está en la huilancha, el sacrificio de sangre de un auquénido, acompañada de coya kupala untu”, y realizada en un “lugar fuerte” (sagrado) al aire libre y por un Aymara, sea “yatiri” - que es el sacerdote andino - sea anciano, o jefe de familia. La “Pachamama” está presente en la tierra misma, sin ninguna imagen o representación iconográfica. María, en sus múltiples invocaciones - Natividad, Candelaria, Asunta, Concebida - pertenece sin ninguna duda al “arajpacha”, el cielo. La “Pachamama” en cambio en sus múltiples presencias locales - la chacra, el bofedal, el campo, el ojo de agua - pertenece al “acapacha”, “nuestro mundo aquí”. No existen imágenes ni representaciones visibles de la “Pachamama”, pero el Aymara se la imagina como una mujer andina, vestida de aksu que lleva en su “llijlla” toda clase de cultivos y todo tipo de hierbas saludables y medicinales. Duda no existe: el Aymara distingue claramente la Virgen “Pachamama” de la Virgen María.

Sin embargo, parece que existe una similitud de funciones. Ambas tienen calidad de madre universal y virgen, y no se le reconoce esposo. Ambas tienen que ver con la vida humana. Una diferencia es que la “Pachamama” es también madre de toda la flora y fauna, mientras María no dispone sino en forma indirecta sobre la fertilidad del campo y del ganado. La maternidad universal (“madre de todos los hombres”) de ambas tiene también sus diferencias. La “Pachamama” cuida con

cariño maternal de la fertilidad y la salud, la alimentación, la vida y el bienestar de los “hijos de la tierra”, que la respetan. Su dominio es la existencia humana en el “acapacha”. En cambio, los misioneros españoles predicaron una maternidad espiritual de María que en el bautismo genera en el nuevo cristiano la “vida del alma”, destinada al cielo, “arajpacha”.

¿Cuál es el nexo entre ambas divinidades que ha dado oportunidad a la discusión entre teólogos y entre antropólogos? Hay un puente en el proceso de la incorporación de la Virgen María en el universo religioso aymara. El traspaso de las divinidades andinas al panteón andino no sucedió sin su “andinización previa”, tal como lo expresa Luis Valcárcel. El andino ha entendido e interpretado el mensaje de los misioneros en los conceptos propios de la cultura andina. Si María es la madre de los cristianos, si ella pertenece al “arajpacha” de los españoles y al conjunto divino vencedor de aquella terrible confrontación que fue la Conquista y que sujetó a las divinidades andinas, entonces ella ha de ser poderosa para defender la vida de sus hijos, asegurarles salud y bienestar. Al igual que el supremo Dios “Awki” y las demás divinidades del “arajpacha”, ella ha de ejercer su poder desde mayor distancia y sin intervenir en la tarea concreta y diaria de las divinidades avasalladas y cercanas del “acapacha”. Sin embargo, los Aymaras entendieron la prédica del doctrinero a su manera: a partir de sus principios andinos, como tinku, equilibrio, reciprocidad y simetría; a partir de la visión andina de maternidad y divinidad, vida y muerte, castigo y favor, ofrenda y bendición; a partir de sus conceptos mitológicos, como creación=parición, justicia = armonía cósmica, integridad = dualidad; a partir también del concepto de la unidad orgánica del mundo natural-humano-divino. A partir de su propia cosmovisión redefinió el Aymara la relación entre los humanos y María, relación expresada en una nueva mitología que es aymara-cristiana y vivida en un nuevo ritual del culto mariano que es andino-cristiano. Buscando fenómenos similares a través de la historia del catolicismo, podría hablarse de un (comienzo de un) “rito andino” en el mismo sentido en que se habla del “rito bizantino”, en los países del Balcán, o del “rito cóptico”, en Egipto y Etiopía. Se trata del cuerpo completo de la liturgia aymara-cristiana (Van den Berg, 1989), del que el culto mariano forma parte. El pueblo andino forjó su propia liturgia,

con elementos simbólicos nuevos, foráneos, pero entendidos según la simbología autóctona, realizados en sus templos rústicos, y sentidos en su corazón de místico andino.

Algunos elementos del culto mariano - como los adornos de flores y frutas, la quema de incienso, las aspersiones con agua (bendita), las procesiones con la imagen en andas igual como las momias de la familia real del Inca que presidían las festividades de la capital, fueron adoptados inmediatamente y con todo fervor. Otros elementos, originarios del ambiente agropecuario andino, como el baile y la música, los instrumentos musicales autóctonos, que tenían su propio simbolismo, fueron permitidos por el doctrinero. Los jesuitas entre ellos fueron los más dispuestos a adoptar, ya desde fines del s. XVI, elementos de la culturas autóctonas. Se buscaba cristianizar la cultura andina por la introducción de tales elementos "artísticos y en si neutrales" en el culto católico para orientarlos hacia la veneración de la Madre de todos los cristianos, y a pesar de su contexto originalmente "pagano". Antiguas metáforas cristianas con referencia a María - como "el lucero de la mañana que nos anuncia el sol de justicia, Jesucristo" - y expresiones poéticas originarias de la biblia - "hermosa como la luna" - reanimaron los antiguos conceptos mitológicos andinos e hicieron entender a la figura de María en una manera andina, "andinizándola" más; y hasta tal punto, que teólogos y sacerdotes puritanos tildaron a la religiosidad del Aymara de: producto de la ignorancia, de sincrética, de supersticiosa o de semi-pagana.

Para mestizos y Aymaras emigrados ya de sus comunidades y salidos desde hace varias generaciones del ambiente agropecuario, el mito de la "Pachamama" perdió su funcionalidad. Para la economía de pescadores, mineros, obreros fabriles de las ciudades, la vegetación y la fertilidad del campo ya no son intereses sentidos, y menos en una región desértica como es el Norte de Chile. No solamente la "Pachamama", todo el "acapacha" andino desapareció de la cosmovisión vigente en la ciudad. Sin embargo, algunas funciones de la "Pachamama", fueron trasladadas a la Madre espiritual de los cristianos, la Virgen María. En los santuarios populares de La Tirana, Las Peñas, Ayquina, donde llegan los descendientes de los Andinos, Ella es la cuidadora de la vida y la salud, la protectora en peligros laborales de mineros, pescadores,

fabriles, la favorecedora de comerciantes y viajeros. Para los peregrinos de los santuarios populares del Norte, el ambiente agreste de la precordillera - o de la cordillera - es parte integral de su peregrinaje porque representa sus raíces: de alguna manera los devotos de la Virgen vuelven a esos lugares en busca de sus raíces. Abundantes son los antiguos símbolos del culto mariano andino, que reviven durante la fiesta de los bailes religiosos en estos santuarios, llamados a veces "dispensatorios populares de salud". Los observamos en los cantos, la música, las danzas, en los adornos de la Virgen y en los trajes de los bailarines, en las promesas y en la estructura misma de la fiesta.

Las funciones propias de la "Pachamama" trasladadas ahora totalmente a la Virgen María, son funciones maternas con respecto a la salud, los problemas afectivos, el bienestar, los peligros; en breve, ella es antes que nada: la protectora de la vida humana en este mundo, aunque no se le niega la función de madre de la vida del alma destinada al más allá, función expresada en los títulos teológicos marianos como "mediadora de toda gracia", "corredentora", "madre de la Iglesia".

En grata memoria de Don Hilario Aica, de su fe indestructible y su devoción sencilla e infatigable, quiero dedicar este libro a su esposa, sus hijos, nietos y bisnietos; a los integrantes de su Compañía de Morenos; a los bailarines, promeseros y devotos del santuario de Livilcar y a las interminables filas de peregrinos que avanzan por el sendero de la quebrada hacia la peña sagrada de la Virgen.

Amsterdam, 8 de Septiembre, 1992

Juan van Kessel

**BIBLIOGRAFIA****Berg, J. van den,**

1989 "La tierra no da así no más"; los ritos agrícolas en la religión de los aymara-cristianos; Ed. CEDLA, Amsterdam.

**Kessel, J. van,**

1976 El desierto canta a María; 2 vols; Serie: la Fe de un Pueblo, NT 4-5; Ed. MUNDO; Santiago, UC de Chile, Fac. de Teol.

1980-a Holocausto al progreso; Los Aymaras de Tarapacá; Ed. CEDLA, Amsterdam.

1980-b Danseurs dans le Désert; une Étude de Dynamique Sociale; Ed. Mouton, Den Haag, Parijs, New-York.

1988 Lucero del desierto; mística popular y movimiento social; Ed. U. Libre de Amústerdam - CIREN, Iquique.

1992 Pescadores y Peregrinos de Tocopilla; Ed. El Jote Errante, Iquique.

**Llanque, D.,**

1990 La cultura aymara Desestructuración o afirmación de identidad; ED. IDEA-TAREA Lima-Chucuito.

**Montes, F.,**

s.a. La máscara de piedra; simbolismo y personalidad aymaras en la historia; La Paz.

**Morandé, P.,**

1984 Cultura y modernización en América Latina; ensayo sociológico acerca de la crisis del desarrollismo y de su superación; Ed. Pontif. Univ. Cat., Santiago.

**Pauwels, G.,**

1983 Dorpen en Gemeenschappen; een socio-cultureel versnderingsproces in Turco, een Aymara-dorp op de Boliviaanse Altiplano; Ed. Acco, Leuven-Amersfoort.

**Paz, O.,**

1959 El laberinto de la soledad; Ed. FCE, México.

**Tschopik, H.,**

1968 Magia en Chucuito; Ed. Instituto Indigenista Interamericano, México.

## PROLOGO

“HILARIO: “Por la polvorienta calle, lenta, bulliciosa, ya en aquellos años vejada por el tiempo, la camioneta dificultosamente enfrenta la Avenida de la Paz. Corre 1936 y la tranquila Arica es un rincón perdido, olvidado, feliz, de la patria chilena. La avenida trocó su nombre por Juan Noé, pero la vieja camioneta sigue vejada por los años y por cien tierras devoradas entre Chacalluta y la ahora bullente Arica. Su conductor es el mismo, con las mismas arrugas y con aquellos ojos vivaces y estrechos que semejan dos líneas indefinidas de quebradas y senderos. Hilario Aica, siempre al frente de su vieja reliquia, tiene el mágico poder de la evocación de los años fragantes de antaño.

En la inmensidad de la pampa que mediaba entre el Polígono y Chacalluta, donde aventurarse para nosotros equivalía enfrentar un mundo ancho y peligroso, la vieja huella sólo era frecuentada por los temerarios conductores de la época. Pinto, Don Pedro Alvarado, Pérez, Don Rigoberto Alvarado y este viejo de la evocación me semejaban titanes que con un desparpajo rayano en la locura se lanzaban al vértigo de la época y en pos de tierras desiertas. En esa huella ¡cuántos sueños hilvanó Hilario Ayca!.

¿Cuántas rutas perdidas entre los mil valles de su juventud aventurera desfilaron por su mente poblada de orégano, vicuñas, nieves, telares y sampoñas...! Sus manos curtidas, las mismas que arrebatan al aire las dulces melodías de sus cadenciosas canciones...! ¡La misteriosa llamada vernacular y el ancestro de sus mayores desparramados por el Eterno cuántas veces le acompañaron, muy quedos, asombrados, junto a su vieja cachurreta.

Los años vinieron quedos, sin contemplaciones y muy descaradamente nuestras sienas se poblaron del blanco inoportuno de las canas; las calles de nuestro viejo Arica se inclinaron al dulce tintinear de los dineros y cayeron las vetustas ventanas para transformarse en multicolores tiendas.

Las empedradas calles cedieron al cemento frío e inclemente para poder recibir en su lecho el suave recorrer de vehículos modernos. Hilario Ayca no cedió a la tentación: conservó su viejo carro y agregó más canas y más arrugas a su rostro enigmático. Y por allí va, hilvanando sueños, sembrando con su zampona el cantar ancestral y dejándonos el arte maravilloso de sus sonidos musicales.

Y seguirá trepando los montes, en octubre o en diciembre, o donde quiera que una Cruz seaalzada por los fieles y al lento caminar señalado por un bombo indómito, Hilario Aica guiará sus músicos y sus compañías, agachando su cabeza para alzarla con la fuerza incontrolable de su único idioma: su zampona...

(Tomado del diario "La Defensa de Arica", 5 de Junio, 1973).



Retrato de D. Hilario Aica.

## 1. LOS LAKAS

Cuatro casas tiene Hilario Aica en su chacra en el valle de Lluta y en Arica. En una de ellas, la de la Avenida Juan Noé, se realizan los ensayos de baile de la compañía que lleva el nombre de su fundador y patrón: “Compañía de Bailes Hilario Aica de la Virgen de Las Peñas, Sociedad de Socorros Mutuos”, así es el nombre completo que figura en el timbre, en los sobres y cartas de la Sociedad. Los ensayos, que preceden el peregrinaje anual del 8 de Diciembre al Santuario de Las Peñas, ubicado en la quebrada de Livilcar, tienen lugar en los meses de invierno y primavera; y en principio todos los días domingos. Es día de descanso en las chacras, donde trabajan los antiguos integrantes de la compañía.

Después del almuerzo se juntan los músicos con sus zampoñas, con caja y bombo y los bailarines. Varias otras personas domiciliadas en Arica mismo, acuden también, para observar críticamente el ensayo, para gozar una taza de chocolate con sopaipilla (que se ofrece a precio moderado y a beneficio de la compañía). Son los socios cooperadores y los integrantes de la directiva, ellos esperan la reunión de la sociedad que se realiza a continuación del ensayo.

En el amplio garaje de la casa, ante un altar de la Virgen adornado con abundancia de flores y luces, se mueven rítmicamente dos largas filas de bailarines, con el paso estilizado y elegante de los “morenos de paso” en perfecta sincronización con el ritmo de bombo y caja; y al son de las antiguas melodías altiplanicas que 8 o 10 sampoñas bajo la dirección de Hilario, producen con entusiasmo y dedicación. Dos o tres horas dura el ensayo de bailes y cantos; en el descanso que sigue todos se sirven chocolate que ha preparado Elena, la yerna de Hilario, “para cooperar” y “porque es para la Virgen”. Las sopaipillas calientes y fragantes hechas con harina y aceite aportados por los socios en beneficio del baile, son muy apreciadas por los bailarines; los músicos prefieren el buen vaso de vino que suele servirles Hilario en la cocina. “Soplar la caña da sed” y “hay que tomar para tocar bien”, “con un trago de caña suena mejor”. Aún sin estas explicaciones se sabe que el trago acompaña necesariamente la música. Los socios y bailarines empiezan la

reunión con sus largas discusiones y explicaciones, bajo la dirección de su presidente Canchaya, y su tesorero vitalicio, Adolfo, hijo de Hilario. Allí el intercambio de opiniones y la toma de decisiones se realiza en el estilo conocido de las reuniones populares de los puertos del Norte Grande en general, y de sus 150 sociedades de bailes en particular: un estilo similar a las deliberaciones del sindicato nortino. No así van las discusiones en la cocina entre los músicos. Aquí encontramos la conversación amena y alegre, las risas y tallas en un castellano cortado y con acento aymara; los músicos son todos originarios del altiplano, algunos de nacionalidad boliviana como su jefe mismo, Don Hilario. Los acuerdos se toman entre talla y talla, sondeando las opiniones en conversación informal; es Hilario quien los formula y por ello mismo, quien los ratifica. Hilario también quien, con autoridad pero sin sombra de autoritarismo, recuerda a su gente de sus obligaciones; y la reta con bromas y tallas, de manera que no deja lugar a dudas ni tampoco ofende; un modo de dirigir que extraños nunca podrán imitarle.

Al anochecer termina la reunión en el garaje, y socios y bailarines se van a sus casas. La mesa grande y redonda utilizada por la directiva es puesta para servir a los músicos una buena cazuela fuerte y nutritiva y con abundante choclo de la chacra; las señoras y niños de la casa comen en la cocina; porque aún después de la comida, la mayoría de los músicos se quedan para tomar y conversar. Toman hasta muy avanzada la noche; a pesar de la protesta de la Sra. Isabel, esposa de Don Hilario, que sin embargo, los atiende esmeradamente. Así corresponde entre hombres que son viejos amigos y parientes, paisanos todos; y esto lo hacen por decenas de años así, antes en la chacra de Hilario, y ahora en el garaje de la casa de Arica. Ahora como antes, toman y conversan, de los precios y del trabajo en el valle, de la política de hoy y de ayer; de la vida que es pena y alegría, suerte y fatalidad; se echan tallas y reviven en sus recuerdos los tiempos pasados, que llevan escritos penosamente en sus cuerpos y en sus caras. En estas sesiones del simposio se conoce la historia de Aica y su compañía.

Ese domingo de Septiembre de 1967, unos cuantos compañeros de la banda se fueron “temprano” para alcanzar la última micro para el valle de Azapa, donde viven y trabajan. Quedan los más “duros”: Manuel Aica, sobrino de Hilario, Yunga su mediero que es tuerto, los

Molina: Francisco el padre, que es macizo y fuerte como toro y Juan, su hijo; luego Beltrán, garzón en el tren Arica-La Paz, también tuerto, que esconde su defecto con lentes negros; Rosendo, obrero en una chacra en Lluta y finalmente Jacinto y su hijo, ambos músicos, el padre mejor que el hijo.

“Salud, no hay igual que Aica”, dice el viejo Jacinto.

“Salud”, responden sus contrincantes.

“No hay igual”, repite Manuel, sobrino de Hilario.

Hablan de curanderos y milagros, de peregrinos y santuarios; de Fiestas grandes y Fiestas pobres; de comercio, viajes y contrabandos. Durante las noches como hoy, en que los músicos de la banda de zampoñas descansan y toman, se pasa revista en todas sus facetas a la vida del Indio de Carangas y de Arica, de Lluta y Azapa. Así celebran y se estrechan los lazos de amistad de casi 60 años, alrededor del “dueño de la compañía”. “No hay igual que Aica”, es en realidad un dicho con que-desde Carangas hasta Arica-los paisanos suelen expresar su aprecio y respeto al que de hecho para ellos hace las veces de un cacique en Carangas, y de un cónsul en Arica. El dicho se escuchó por primera vez cuando en los años 50, Hilario realizaba heroicas hazañas bajo Paz Estensoro, encabezando a los Aymaras de Carangas en su lucha emancipadora. En todo el Depto. de Carangas se conoce a Don Hilario. En el pueblo de Chijino y sus alrededores viven muchos de sus parientes; “allá somos más de mil; hay muchos Aica”. Pero en el Depto. de Arica los parientes de Aica suman también unos 110.

Chijino Antiguo, el lugar de origen de los Aica, donde nació Don Hilario, está situado en el Altiplano Boliviano, a una altura de 4.100 mts. a unos cuantos kms. “viaje de un día”, al norte de Curahuara, Carangas. Alrededor de 1902, presunto año del nacimiento de Hilario, los aymaras que pueblan la región se mantenían económicamente por medio del pastoreo tradicional de lamos y ovejas y por una escasa producción agrícola de choclo, quinoa y papas; vivían en una completa pero penosa autarquía. A pesar de las obligaciones tributarias debidas a los “vecinos” y a la iglesia; y a pesar del control administrativo de las autoridades civiles, que-además-eran los representantes de aquellos “vecinos”. Esta

situación de auto-suficiencia que Don Hilario recuerda de su niñez, duró hasta la presidencia de Paz Estensoro, y la destaca con orgullo como prueba del ingenio del indio “que no depende de nadie; que todo lo hace él sólo”. Aica piensa en el aspecto positivo de esta situación de la dominación de los blancos y de la aparente independencia del indio en sus regiones de refugio: las zonas pobres, hostiles, montañosas.

Allá el indio producía todo lo necesario para su vida. Tenía sus pobres chacras y el rebaño le producía carne, y mucho más que solamente carne: lana y cuero. La lana era la materia prima para su ropa, y sus frazadas, cordeles y hondas; y el cuero lo utilizaba para confeccionar ojotas, cordeles, ligaduras de herramientas y en la construcción de su casa. El llamo le servía, además como animal de carga. El rebaño constituía la riqueza de su familia en una economía premonetaria. Loza, cucharas, cuchillos, todos los utensilios de cocina se fabricaba el indio en sus regiones de refugio. Su culto a la Pancha Mama y los Santos lugares, y al Señor de Arajj Pacha, sus fiestas y costumbres, y su idioma le mantuvieron la identidad y la conciencia Aymara, y - para Hilario-el orgullo de ser indio. Por eso aprecia la antigua manera de vivir y las costumbres de su gente. Así, p.ej. el Ayne, la buena costumbre de la ayuda mutua en la comunidad para construir una casa, una pirca, un camino, para arreglar el templo del pueblo; para limpiar los canales. “En las fiestas, también todos cooperan, todos se ayudan, porque es costumbre”. Hilario, tomando y conversando, canta la gloria del pasado y cuenta de la ayuda que las familias brindan a la pareja joven, tanto en la construcción de la casa, como en la primera siembra de la chacra que el padre del novio le asigna. Escuchándolo bien, se nota pronto que no eran del todo “tiempo de oro”, en los que pasó Don Hilario su niñez. Esa independencia era en realidad más bien esclavitud, en que los indios, marginados completamente y esclavizados, solamente sobrevivían gracias a su adaptabilidad al ambiente natural, y a su capacidad tecnológica autóctona. Hilario cuenta que en esos tiempos el indio no tenía derecho de aprender castellano, ni de hablarlo. El patrón y las autoridades civiles podían castigarlo por tal atrevimiento, con palabras o reclusión. El indio no tenía derecho de ir al colegio. Don Hilario es analfabeto. El indio no podía hablarle al “vecino”, esto es al blanco del pueblo, sin que éste le preguntara primero y entonces tenía

que hacerlo con el rostro desviado. No podía recibirle algo. "Al sirviente indio le correspondía un pan todos los días. Se lo daba el mayordomo del patrón. Debía agacharse así, con el rostro desviado y las dos manos arriba, sin hablarle". Cuenta Don Hilario de la propia experiencia de su niñez.

Su pariente Jacinto, uno de los músicos, cuenta la historia de su partida del pueblo, que recuerda la caza de esclavos africanos del siglo 17. "Tenía unos 13 años. Una vez, un vecino rico me vió y me dijo: ¿Cuándo vamos a la azufrera a ganar dinero?."

Era trabajo malo y pesado, y la gente se enfermaba, y no le daban de comer carne. Era Don Pedro. El pensaba que yo le digo: "Sí Señor" no más, pero no le digo "Sí Señor", yo le digo: "Dígalo a mi padre, Don Pedrito". Para escaparle le digo, pero Don Pedro comprendió que yo no quería ir a la azufrera. Así que me golpeó y me llevó a su casa. Me amarró las manos y los pies, así, como llamito me amarró (Jacinto se sienta en cuclillas y recoge sus brazos en el pecho, demostrando la situación incómoda) y me tumbó y me pegó en todas partes. A patadas me pegó.

Por eso siempre me duele aquí (indica su costado izquierdo) y todavía me duele, y el vecino tomando trago y a cada trago golpeándome. Así era".

En estas condiciones llegó Jacinto, uno de los más antiguos músicos de la compañía de Aica, buen tocador de zampoña, a Chile, a una mina de azufre, "pasadita la raya" (la frontera entre Bolivia y Chile). Años más tarde escapó de ahí y buscó trabajo en el valle de Lluta en una chacra. Las nuevas leyes de su país dan garantías contra el trato abusivo del indio, pero Don Hilario y su gente no tienen confianza en la letra de la ley. El indio sabe que su enemigo-si es blanco-siempre encuentra un pretexto para castigarlo brutalmente. Nadie necesita recordar con palabras el caso de Candelario, un pariente lejano y amigo de la casa. Ese hombre colgado por 3 días a sus manos amarradas. "Ya tenía las muñecas peladas, igual que burro". Fue castigado así porque "un vecino lo acusó de comunista, pero el pobre ni sabía qué era comunismo; pero los indios no tenían derecho a hablar". Esto sucedió hace 5 años. Su

hermano Braulio lo supo. “Braulio tenía una metralleta, guardada del tiempo de Paz Estensoro y fue a la casa donde tenían a Candelario colgado y dijo: ¿Dónde está mi hermano?, si no lo sueltan, los mato a todos. Así que se asustaron todos y lo soltaron y se fueron de Bolivia. Candelario tiene las muñecas marcadas con unas cicatrices muy feas.

Don Hilario y sus comensales recuerdan muy bien su condición de semi-esclavos. Cuando hablan del tema de su pasado, dominan perfectamente sus emociones, pero tales recuerdos, que tienen todos y de múltiples oportunidades, los marcan profundamente.

Todavía consideran a los blancos como “otra gente”. Ahora, Don Hilario, Jacinto y los demás músicos, hablan el castellano, se visten como blancos, tienen una economía monetaria, y mandan a sus hijos al colegio. Pero a pesar de esta emancipación, conquistada a duras penas, y según Don Hilario-acabada en 1955 por su gran presidente Paz Estensoro, llamado “padre de los Indios”, los Aymara-y entre ellos Aica y sus músicos-son en general profundamente desconfiados. Sin ser revanchistas ni agresivos, son extremadamente cautelosos y reservados en su trato con la gente de la ciudad, aún viviendo desde hace tiempo en Arica.

Luego de la conversación, de antiguos recuerdos, que versan sobre los rebaños del templo, que existían en Carangas, y que significaban un tributo laboral muy grande para los indios. “A la Santa Iglesia se le debe respeto, porque es de Dios”, dice Hilario cuando siente un tono de crítica. Lo dice a partir de duras experiencias de su propia niñez. Cuenta, de ese tiempo, que el Mayordomo del templo asignó a su familia 5.000 animales para pastorear por un año. Todos los años en la fiesta del pueblo se asignaba la tropa a otra familia. “Había que pastorearla así por turno, una familia un año. Eran los corderos de Dios. Yo tenía 8 años y ese año el Mayordomo nos dió los corderos. Todos pastoreamos mil corderos: Padre, Madre, mi hermano mayor, la hermana también y yo. Sufrimos mucho todos. Si se perdían corderos era pecado. Había que reponerlos. Eran de Dios. Ahora ya no existe eso. Me aburrí y me fui de la casa. Allá llegué en otra pampa, más allá de Curahuara. Había una mujer buena que me dió pan y me pregunta ¿Qué quiere? ¿Quiero

trabajar? le digo, y ella me dejó pastorear su tropa, que eran poquitos no más...

Aica descansa un rato de su historia, como meditándola y luego continúa.

“Allá yo tocaba zampoña, todo el día. Tenía la boca hecha para tocarla, lo hacía con los niños o solo. Andaba tocando la kena también y la tarka. La tarka es para el Carnaval. Los que la tocan lo hacen con cuero de pantera en la espalda. Suena muy fuerte la tarka. En Curahuara bailan también el baile del toro”.

Al tiempo después-será un año-vino un primo hermano a buscarme. Tenía tres años más que yo. Decía ¿Han visto mi hermano pasar por aquí? ¿Qué tiene pantalones negros con rayas así?.

La gente de Chijino tenía así los pantalones, los de otro pueblo tenían otro; y así todos. Me vió y me dijo: ¿Hermanito, cómo estás? Vamos lejos



D. Hilario Aica y su joven esposa Isabel, junto a su primogénito Santos en la Chacra en Lluta; A.D. 1942.

no más. Vamos a trabajar al otro lado de la raya. ¿Vamos hermano, le digo yo?. Silencio, Aica queda pensativo por unos momentos; toma y sigue su relato: “Era lejos, era camino de 12 días. En el camino nos dió hambre, vimos un rebaño sin pastores al lado del camino. Agarramos un llamito chico. Lo tumbamos allá mismo y lo carneamos, al lado del camino. Fuimos por un pedregal, nos escondimos de día entre las piedras y andamos de noche hasta que llegamos a Putre, y a Belén; y de allí bajamos al valle (de Lluta). Me arrepentí mucho. Sufrí hartito en el camino. A ratos mi hermano me cargaba sobre sus espaldas. Trabajamos allá en una chacra del valle.

Al año, mi hermano se aburríó. Quería volver a su pueblo. Yo no quería, porque me recordé del viaje que me cansé mucho. Quedé por un año más y después me aburrí también. Me despedí y tuve 25 pesos. De ahí fui trabajando de una a otra chacra en el valle más abajo, hasta ser mayor de edad...” Hilario tiene buena conversación, sus amigos lo escuchan por que tiene gracia, y por respeto también, ya que “Aica ha vivido mucho y sabe”.

Aica sabe tomar también. Toma mucho sin perder el control, cuando los otros ya están curados y dormidos. Su historia despierta recuerdos y fantasías melancólicas entre los amigos-músicos, que por las experiencias sufridas en su propia niñez, se imaginan fácilmente las precarias condiciones de vida del niño pastor de Carangas, y del niño obrero de Lluta.

Ya son las tres de la madrugada. Las pausas de Hilario se han ido alargando, y las tallas que sus contrincantes se echan, salen cada vez más lentas y pesadas. Finalmente Don Hilario guarda silencio, y a los pocos minutos, viendo que dos o tres amigos ya están dormidos pesadamente, que los más duros, como “el viejo Molina” y Jacinto sólo tienen palabras de borrachito, se levanta y dice: “ya es tarde”. Despierta a los curaditos y les indica unas esteras de totora que estiran en el suelo del garaje. Se tapan con un poncho y siguen durmiendo inmediatamente. Hilario se retira a su dormitorio, para levantarse apenas 2 horas más tarde. En la madrugada se recupera con una comida contundente y parte en su camioneta Ford 1934 a Lluta, para ordeñar las vacas.

## 2. FIESTAS Y FE

En la chacra abunda el trabajo: alimentar el vacuno, pastorear los corderos y los cabros; regar los sembrados; preparar la tierra en un rincón; cosechar el choclo en otro; cortar la alfalfa en otro. Pero Don Hilario se toma tiempo para almorzar descansadamente, y cuando hay visita y un buen vaso de vino, la sobremesa puede alargarse. Así cuenta de su primer viaje al Santuario de Las Peñas, que por muchos años había estado clausurado por las autoridades chilenas, después de asumir el mando en la zona que fue territorio peruano. Buen conversador, por su estilo pintoresco y sugestivo, su lógica emocional más que racional, con la atención directa y viva para el detalle que caracteriza al hombre de la cordillera, relata sus recuerdos de hace casi 50 años:

“Lo que pasaba era que trabajábamos donde Cornejo. El tenía y suministraba al pueblo, leche, carne, y otros, que llevaba todos los días. El dijo que se atrasó un poco, serían las ocho o nueve, pasando el río se paró, entonces vino una manta blanca y se puso a mirar, de repente vino una gran crecida del río, (el río San José, del valle de Lluta), llevándose todo: los caballos, la comida, incluso la ropa y quedó en una roca en el medio del río, pero el agua se repartía en dos partes es decir, hacia el norte y hacia el sur. El no hallaba que hacer en ese momento; lloraba, callaba, estaba sin ropa y un momento se cuelga de la Virgen de Las Peñas, ahí llora. En ese tiempo estaba prohibido ir allá. Después se dirigió al pueblo. Allí llegó más o menos a las 11, tiritando de frío. Llegaron gentes, algunos le prestaron pantalones, otros camisas”.

A la hacienda (donde trabajaba) llegó más o menos a las 12. Allí contó lo que le había ocurrido. Al otro día todos preguntábamos, entonces él dijo que había hecho una promesa a la Virgen de Las Peñas. Llorando nos dijo que lo acompañáramos, que íbamos a formar una compañía. Entonces el patrón dijo: ¿Cómo van a ir cuando está prohibido?, ¿Se los van a llevar presos a todos?.

Ensayamos todas las noches. Algunos tocaban zampoña y viento, otros pitos... Había un señor que era muy buen músico, porque tocaba zampoña y viento, él nos enseñó todas las noches. Era como una escuela, porque habían algunos que no sabían tocar. El patrón era muy buena

gente. Nos dijo que teníamos a disposición burros, caballos para ir. La promesa era ir a pie. Los burros se ocupaban para llevar agua y otras cosas más. Entonces pedimos dos burros para llevar agua.”

“A la primera parte que llegamos fue a los pies de un cerro llamado Cuesta Blanca. Terminamos de subir la cuesta a las 6 de la mañana más o menos. Después había una pampita, la cual demoramos de atravesar como tres horas. Había una cruz grande, en esa cruz, a los pies, hicimos una fogata y jugamos. Ahí almorzamos y después comenzamos a andar. Un poco más allá descansamos y continuamos el viaje. De ahí hay que sacarse los zapatos, porque hay mucho que andar. Así que todos nos sacamos los zapatos ya que estábamos acostumbrados a andar sin ellos en la chacra.

En la mañanita, como a las 7, entramos a la quebradilla: entra y sale, entra y sale. Habían partes difíciles que había que empujar los burros para que pudieran pasar. Más o menos salimos de la quebrada a las 8 de la noche. Ahí alojamos, ya que no pudimos bajar porque la bajada era muy peligrosa. Por la gran cantidad de piedras el viaje se hizo difícil. Había que ir salteando las piedras. Habían tremendas piedras que teníamos que pasar y a las señoras que iban se les hacía muy difícil. Al otro día nos levantamos, hicimos desayuno y bajamos; baja, baja, baja..., hasta que llegamos a un campito donde alojamos”.

“El Caporal dijo: ¿Aquí hay peligro, quién puede ir a ver si hay carabineros?. Todos gritaban: “Vamos no más”. Como todos andamos sin zapatos nos hacemos pasar que andamos buscando trabajo. Entonces había un español que no recuerdo el nombre, quien preguntó: ¿Qué hacen ustedes?, ¿buscan trabajo?. Todos contentamos: ¡Sí Señor! . Pero había uno en el grupo, más educado, que se acercó y le dijo: “Venimos a ver si podemos visitar a la Virgen y los otros están escondidos en el río”.

“Dijo él: Muy bien entonces, yo soy aquí juez; no hay carabineros, hace dos años que los retiraron. Preguntó cuantos éramos en total y nosotros le contestamos que éramos treinta”.

“Al tiro una señora nos preparó unas sopaipillas. Había unas campanas y una higuera. Luego mandamos a buscar a los demás que estaban en el río. Después nos pusimos a tocar; toca que toca.

No estaba el Caporal, él llegaría más o menos a las ocho”.

“Decía una señora: ¡Es una banda muy linda... muy linda! . Decimos entonces nosotros: ¡Vamos a hacerle una entrada a la Virgen! . Hicimos la entrada. Sacamos la procesión y cantamos. Entonces la señora esa nos dió de almorzar. Entonces decimos: ‘A las 6 de la mañana partiremos al Santuario’. Luego nos pusimos a tomar vino. Para arriba partimos temprano. Llegamos a las 9 de la mañana. Lo hicimos tocando. No había más gente que nosotros. Dejamos a un lado los burros para ir a la Iglesia. Había una señora llamada Natia Rojas. Ya era avanzada de edad; era viejita. Dijo: ‘Yo voy a abrir la puerta; pasenme el martillo; échenme toda la culpa a mí’ . Así que ella tomó el martillo y abrió la puerta de la Iglesia. Todos nos preocupamos de hacer aseo: barrer, limpiar la Virgen con algodón. Llegaban a pelear por limpiar la Virgen. Así que sacamos la Virgen para abajo, donde había una piedra grande, para colocarla allí. Atrás venían los burritos cargados y las gentes, cantando como procesión. Había un pobre que lloraba mucho. Cuando fuimos a almorzar no habían cucharas. Teníamos que turnarnos para hacerlo.

Había un hombre que vió que teníamos problemas con la comida. Así que nos dijo que no nos preocupáramos; que a la tarde tendríamos comida y toda regalada. Después hicimos fiesta todos.

Sacamos la procesión por un cerro pelado y alto que si uno se acuesta parece que se le viene encima”.

“Estuvimos más o menos una semana, para venir al año después. Trayendo como uniforme pantalón blanco, zapato huai...El primer día teníamos que hacerlo con terno negro y zapatos negros.

Al otro año vinimos nuevamente, pero esta vez teníamos mucha más gente que los otros años. Incluso venía un Padre Español, llamado Lorenzo. Entonces salió a hacernos callar. No quedó conforme con eso, sino que también repartió algunas cachetadas. El Caporal era educado. Después que terminó la misa, llamó al Padre a un lado y le dijo: ‘Mire

Padre, tenemos que ponernos de acuerdo como vamos a hacer la fiesta de acuerdo como Ud. la vea'. 'Conforme', suscribió el Padre. Llamamos a todos para decirles como se iba a hacer la fiesta."

"Se acordó que a las 11 de la noche se terminaba la bulla. A las 5 de la mañana se tocaba diana y se podía empezar a tocar todo el tiempo que quisieran; ir a tocar a la Iglesia, tocar en su local, tocar diana, etc. Todos quedamos de acuerdo. Luego acordamos hacer una "pisa-pisa" en el lugar donde estaban los carabineros antes. En ese mismo lugar se podían reunir para bailar todo lo que quisieran. En ese mismo lugar se podía almorzar, comer, y así...; donde se preparaban asados de corderos que las mujeres regalaban en ese lugar. En ese lugar se hacía la contradanza y el baile. No se bailaba con público, sino con otros bailes. Esto duró dos días."

"Al segundo año vinieron de Tacna, a los cuales les dimos la preferencia para que fueran ellos los primeros. Después vinieron de Azapa, de Arica, y así...Venían en un montoncito. No sabían lo que era fila."

"Antes, la Virgen se sacaba tres veces. Ahora se saca una sola vez."

"Los primeros tiempos venían muy pocas personas; más o menos 300. Ahora vienen miles. En los primeros tiempos el trayecto se hacía en burro o a pie. Ahora hasta cierto punto no es sacrificio, ya que se lleva de la casa todo tipo de comodidad. No como antes, que había que ir cargado con sacos a los hombros llevando todo lo necesario.."

En seguida, la conversación versa sobre las creencias referentes a la Virgen de Las Peñas y deja ver la fe de Don Hilario.

Dice: "La gente hacía sacrificios, andando de rodillas por las piedras hasta que sangraban. Tenían mucha fe en la Virgen. Algunos iban a cazar palomas con escopetas. La gente les decía que eso estaba mal, pero no hicieron caso. Se reían de ellos, pero fueron castigados, porque uno de los muchachos que andaba en lo mismo los baleó al poco tiempo. Era un sirviente. En este accidente murió. El otro al poco tiempo también murió. Ese fue un castigo patente. Antes la Virgen era más castigadora, pero ahora no. Se decía que los que estaban amancebados, debían estar

lejos de la Virgen, de la Iglesia, porque la Virgen era muy castigadora. No debían ni acercarse a la Iglesia ni siquiera verse por esos lados.”

“También se decía que los que allí se casaban, al año después moría uno de ellos, ya fuera el hombre o la mujer. Esto yo nunca lo ví, pero nadie quiere casarse allí. Yo tenía un amigo, Cárcamo, éste muy calladito se casó. Yo le dije: ¿Para que te casaste aquí?. El me dijo: ¿Pero porqué?. Yo le contesté: ¿Qué no sabes que la Virgen castiga al que se casa aquí?. El me dijo: ¿Pero porqué?. Yo le dije: ¿Aquí se habla mucho de eso, tendrías que haberte casado en otra parte?. Me contestó: ¿Así que voy a morir?. “Dios quiere que no; pero la gente antigua me ha contado que es malo casarse acá, dicen que al poco tiempo de llegar acá se muere.”

“Uno ha venido tanto tiempo que ha visto lo que ha pasado que no queda duda que es castigo de la Virgen sobre los que pecan.

Uno le tiene miedo a la Virgen. Por eso cualquier cosa que promete debe cumplirla, por eso yo la respeto mucho”. Son multiples los ejemplos que Don Hilario se recuerda de castigos patentes de la Virgen: Genaro Montenegro que se portó sin respeto en el santuario y allá mismo tuvo un accidente. Milicio Quispe que se perdió en los cerros; estaba enojado con la Virgen porque no le cumplió lo que pedía. Otro hombre que quedó ciego.

Edelberto Basso que era el poeta del baile de Aica y “tocaba la caja; estaba borracho en el santuario y se fue de allá sin respeto. Dijo a la Virgen: ‘me voy y no vuelvo más’. Así fue.

A la vuelta del primer lomito (del cerro) se cayó y se quebró una pata. Tuvieron que hacerle una camilla para llevarlo para abajo”. “Yo tenía un hijo que era muy católico, igual a mí, pero desgraciadamente se lo llevó la Virgen antes que pecara”.

Eso fue lo que le dije a mi señora. Para mí era un hijo querido, muy católico. Bailaba. Lo sentimos mucho, pero había que conformarse”. La muerte de su hijo preferido Santos, marcó profundamente la vida de Don Hilario y su esposa Isabel, pero no afectó su fe en la Virgen, quien fue la que se lo llevó.

Al contrario, el hecho afirmó su fe y su respeto por Ella.

Tampoco le afectan las palabras de aquella “gente que reniega contra Ella”. “Allí está Anastasio, el hijo mayor de mi sobrino Donato, es el único Canuto de la familia”. “Ellos dicen: ‘Es una mujer como cualquiera’, pero yo digo: ¿Cómo?, Ella es la Madre, hay que respetarla, se le debe respeto”, y pasa a defender su fe contra los protestantes. “La imagen es de piedra, sí. Que la imagen no es la Madre. El espíritu de la Virgen está allá, así es..”

La Madre... Lo dice en un sentido pleno, universal. No: una madre, y no solamente la Madre de Jesucristo o Madre de Dios.

Una respuesta estereotipada tiene Don Hilario también a las críticas que le llegan a veces de parte de la ortodoxia católica, y que un día le lanzó la catequista del Sr. Obispo, la Srta. Paula, abogando por una devoción más cristocéntrica. “el viejo Aica le respondió: “Sabemos que Nuestro Señor es Dios.

En el Santuario (de Las Peñas) está el Cristo también presente en el Calvario. Nadie lo atropella. Lo respetan mucho y le bailan también al pie del calvario”. “Pero esos días de fiesta son para la Virgen no más; sólo tres días, no más..”

Para Don Hilario la maternidad universal y cósmica de su Virgen no está en contradicción con la supremacía única y absoluta del “Señor”, Dios, y así se apoya en la tradición Aymara. Para Aica, María es Madre en un sentido pleno y universal. Ella es la madre del universo, en un sentido cósmico. Ella es la que hace crecer las plantas del campo: pastos y sembrados. Ella da fertilidad al ganado y la tropa crece y se multiplica. Ella asegura la suerte y la riqueza al que cumple religiosamente sus obligaciones rituales. En particular hace crecer también las yerbas medicinales en el campo, tan benéficas y necesarias para el hombre de la cordillera, y, más aún, enseña milagrosamente y en sueños cual yerba sanará al enfermo y donde la encontrará.

Estando bien con la Virgen y cumpliendo fielmente con Ella, siempre le va bien a uno en los negocios. “A mi siempre me ha acompañado”, dice Don Hilario. “Toda mi riqueza viene de la chacra, Ella es la madre de

todo". Se refiere a sus casas en Arica, su carnicería, su quinta de recreo, su lechería, y en general también al prestigio que le dan la Compañía de la Virgen y sus hijos "bien educados": Adolfo que trabaja como cajero en el Banco, y Kenny que trabaja en Estadística del Servicio Nacional de Salud. Don Hilario es consciente que debe su suerte a la Virgen, la Madre Universal que, traducido en Aymara, es "Pacha Mama". En esta calidad le tiene una fe absoluta e inquebrantable desde chico a la Virgen de Las Peñas, allá en una angostura de la quebrada de Livilcar, donde el río empuja impetuosamente sus aguas fértiles. La roca misma, y su efigie es un relieve tallado en la impresionante peña. Don Hilario recuerda vivamente los rezos y las lágrimas de los indios, que lloraban ante esa roca: "Yo quiero choclo, mamacita; así tan grande lo quiero". "Y quiero cordero, mucho cordero".

"Dame doce canchas" (corrales de corderos). También le rogaban por salud y así suele hacerlo Don Hilario también. El día que su yerna Elena lo retó por descuidar su salud, le respondió: "La Virgen tiene que cuidarme y sanarme".

Con mucho respeto Aica recuerda a su amigo Alejandro Beizán, de Carangas también:

Era muy devoto de la Virgen de Las Peñas. Traía (en los años veinte) ganado de Bolivia. Lo vendía en las salitreras. En tropas grandes, de 300 bueyes los traía, todos juntos. Para pasar la frontera mandaba la tropa con los vaqueros por un desvío. El iba al retén con un peón y con vino y dos corderos de regalo. Allí se sentaba a comer y a conversar con los carabineros. Comían hartos del asado; come que come, no más. Simulaba que quería entrar, él no más y el peón, al país, con el regalo comprándose ese favor. En Las Peñas, ya estaba a salvo. Siempre daba las gracias a la Virgen. En tiempo que la Iglesia estaba cerrada todavía, él abría el techo para entrar. Le ponía mucho dinero. Miles de pesos. Me decía: ' Aica, yo tengo todo, todo lo que hacía en el santuario ( ) : casas, ganado, todo. Le pedí a la Virgen ganado. Allá lo tengo. Miles de ovejas tengo allá, en la montaña. Y allá en otro corral el vacuno. Ahora voy a pedir chacra'. En el mercado de las baratillas, hacía la compra con piedrecitas blancas; miles de corderos compraba. Así hacía. Y compraba chacra, chacra grande y bonita (con baratillas). Al año, (la Virgen) le había dado todo el terreno

que pidió, y con mucha suerte en la compra. Después pidió cosas. Me dijo: 'Aica, la Virgen me dió todo, todo, todo. Ahora la única cosa que le pido es que me dé salud, ya soy viejo. No necesito más que salud'. Así decía, murió en Tacna".

Beizán, para Don Hilario, era gran hombre, realizado en todo aspecto, por su fe en la Virgen. El, por su parte, siempre le ha respondido, cumpliendo con el santuario. No solo le dejó mucho dinero a la Virgen, sino "dejó recuerdo en el santuario".

"Hizo mucho adelanto. Mandó hacer la plaza chica a la puerta del templo. Mandó hacer 300 esteras de totora (para servir de cama a los peregrinos), pero después las dejaban botadas y se fueron perdiendo. Tenía que estar recogiénolas, pero se perdieron.

Puso también el motor de la luz (generador de electricidad) en el santuario.

Quería hacer una capilla al frente (en la peña al otro lado del río) para la gente, para prender allá sus velas ( ).

El único alférez que valía era Beizán no más. Ayudaba a limpiar la iglesia. Ponía dos, tres hombres a trabajar en el santuario, y así..." ( ).

La fe de Don Hilario en la Virgen se complementa con algunos elementos más. Respeto a los curas y a la Iglesia Católica-la jerarquía-porque "ellos están puestos en su cargo por el Señor" y "tienen poder de sacramentos y bendiciones, recibido de Dios".

Respeto los templos católicos porque es "la casa de Dios y de los santos". Respeto al sacramento del bautismo y al Señor crucificado, y para los agonizantes encuentra "muy necesario que le pongan los óleos". (el sacramento de la extrema unción). Se identifica lealmente con la iglesia católica, pero esto no le impide criticar a los curas por asuntos de dinero y por falta de respeto a las tradiciones que deben observarse en el Santuario de Las Peñas.

La Pasión de Jesucristo es para él una pieza básica de su creencia y el fundamento para su ética india del sufrimiento y la paciencia. Un día se encontró con el anciano Don Pedro, italiano de nacimiento y

propietario de una chacra grande y fértil en Lluta, donde Hilario en su juventud había trabajado en mediería por tres años seguidos. Dos meses antes, le habían amputado una pierna a Don Pedro, lo que lo dejó muy desmoralizado. Don Hilario le animó: “Paciencia, Patroncito, Nuestro Señor Jesucristo sufrió mucho y el pueblo se burlaba de él. Allí no más estaba sentado, sin palabras. Burla no más”.

El Bautismo del niño chico es la ceremonia religiosa indispensable, que da la plena existencia al ser humano y le protege del diablo y cualquier mal. El Bautismo es lo que distingue el nacimiento de un ser humano (un “cristiano”) de una parición de ganado; el bautismo es indispensable. La señora Creencia, amiga de la casa, que es del valle de Lluta, tiene 4 niños menores de 7 años, pero solamente bautizó al mayor, porque su esposo “no cree en nada”, y también por dejación de la señora. Para Don Hilario, tanto incumplimiento es un gran perjuicio para los chicos y clama por el castigo de Dios sobre ellos. Un día viene la señora con su niña a saludar a Doña Isabel, y Don Hilario le pregunta, sin ser intruso y en el tono del buen patrón que se siente responsable: “Cuándo van a bautizar a la imillia”<sup>1</sup>

“No sé” le responde Doña Creencia sintiéndose incómoda. Don Hilario le hace ver el riesgo que corre por su dejación: “Puede enfermarse la niña y hasta morir”.

Esta es la fe de Don Hilario: firme a toda prueba, como la misma peña del santuario, y profundamente enraizada en la doble tradición: aymara e hispano-católica. La fe en la Virgen y en Dios es la base de su cosmovisión y de su existencia. La Virgen es, para él, la fuente de su bienestar. Ella le garantiza, por otra parte, su identidad religiosa y cultural, desde su niñez en Carangas y su juventud en la quebrada de Lluta. Sus obligaciones hacia ella son: el fiel cumplimiento del ritual de la peregrinación anual al Santuario, con todo lo que esto implica en sacrificios y gastos por la mantención y presentación de su Compañía, y además, la firme adhesión afectiva a su Virgen y la defensa de su fe integral. Como buen patrón, responsable de su numerosa familia y clientela, el ejemplo de esta fe, acompañado de los buenos consejos para acudir a Ella y cumplirle, no deja de tener su influencia positiva a favor

1 Niña.

de la mantención de esa fe, y este celo, siempre inofensivo y tolerante, procede de su experiencia religiosa “comprobada”.

La moral de su vida privada, del comercio, del matrimonio, etc. nada tiene que ver con su fe en la Virgen y es muy distinta de sus obligaciones hacia Ella. Al contrario, la suerte en el negocio, debida a Ella, se realiza a través de la inteligencia del comerciante astuto, que sabe aprovecharse plenamente de la oportunidad que le ofrece el desprecauido. La falta de respeto en todo lo que se refiere a la Madre y su Santuario se castiga duramente. Pero también tendrá castigo la maldad, como es: el robo, los pleitos mal intencionados, las falsificaciones y engaños y las extorsiones a los pobres. Igual castigo espera al que es malo con los amigos; al que es apretado negando la limosna al pobre que pide y la hospitalidad al viajero que pasa. Todo esto, para Don Hilario es la fe católica.

### 3. LA HISTORIA DE AICA (1900-1973)

La historia profesional de Don Hilario son largas aventuras, en que el niño emigrante de Carangas, en su lucha por la supervivencia y superación desarrolló la agilidad y viveza del empresario, el oportunismo y moderación del político; y, finalmente, la prestigiosa generosidad patronal frente a una numerosa clientela.

En 1910, con sus 8 años, llegó acompañado de su hermano de 10 años, a una chacra en el valle de Lluta, más arriba de Molinos, donde se encontraron con seis parientes de Carangas. Trabajaban los campos de los chilenos; por la comida y unos pocos pesos para todo el año. Cuando terminaron de cosechar, los parientes volvieron, pero Hilario, que había sufrido mucho por el viaje de 12 días a pie, no quiso regresar; se quedó un año más, ganándose 1 peso mensual.

Volvió en 1912, a su pueblo de Chijino, con un saco de maíz tostado y chuño para el largo camino y con 25 pesos en el bolsillo. Pero al año siguiente regresó a Chile y volvió a trabajar en diferentes partes del valle, ahorrándose los pesos de su pobre salario; y pronto, trabajando un pedacito de tierra en mediería con su patrón, ya sintió el gusto empresarial del esfuerzo, el riesgo y la ganancia. Fue a la ciudad, Arica, y vendió bien su primera cosecha de choclo. Volvió a tomar una mediería en el valle, pero más cerca de la ciudad, y le fue bien. Creció fuerte y robusto, era empeñoso, tomaba trabajitos de electricista y aprendió a manejar auto. Ya no quiso trabajar “apatronado” en las chacras, sino en mediería, y luego en una chacrita arrendada. En 1920, a los 18 años, volvió a su tierra, a buscar un primo, Victoriano, para trabajar junto con él. Los dos se entendieron bien en el trabajo. Hilario había aprendido bien el castellano y sabía tratar con otra gente. Vendía en la feria el producto de la chacrita y sacaba buen precio. El año siguiente, en los meses de invierno se ofreció como chofer de taxi a un propietario; dijo que era mecánico., pero aprendió mecánica a partir de ese día; como taxista hizo viajes a Iquique y a los campamentos salitreros, por pésimos caminos. Su espíritu aventurero y empresarial le indicaron la huella del éxito. En 1924, volvió a su pueblo, para buscar más gente “ven a trabajar conmigo y ganas dinero, para que quieres trabajar a otros; ven conmigo

no más". Ya sabía el trabajo y lo enseñó a sus parientes. Sabía tratar con su gente, y con los ariqueños.

En 1926, se compró su auto propio, grande, rojo, para 7 pasajeros, y lo trabajó como taxi: transportaba para los militares chilenos; varias veces, personas y cosas en condición de "contrabando" y le dejaba dinero, "me sacaba dinero por patudo y con pillería". Ese año, también arrendó una chacra de 20 Has. en el Km. 12 de Lluta, para trabajarla con su gente. La chacra era propiedad del Sr. Espinoza, de Azapa, padre de su futura esposa: Isabel. Todos los años viajaba al Santuario de Las Peñas, acompañado de sus amigos y paisanos, para suplicarle a la Virgen y darle las gracias, porque le iba bien, año tras año; tenía muchos amigos y era bueno para tomar. Los días domingo se dedicaba a ello en Poconchile, o a veces en Arica. Sus amigos, todos gente de Bolivia que trabajaban en el valle, lo apreciaban y lo defendían en discusiones y peleas. Pero un día se dijo: "que estoy perdiendo el tiempo y gasto mi dinero no más..no está bien así". En vez de ir al pueblo para tomar, invitó a sus amigos a su chacra; se ponían a tocar zampoñas y a cantar; y así se formó en 1924 la Compañía de Las Peñas.

La chacra de Espinoza era de muy buena tierra; el alfalfa crecía hasta un metro de altura. Transformó una parte, que estaba cubierta con caña y chilca, en tierra de cultivo; cuando arrendó la chacra tenía una vaca, un burro y dos chanchos. También había pollos en la chacra que eran propiedad del dueño y que criaba su hija, la Srta. Isabel. Pero Hilario quiso trabajar con ganado grande; se juntó \$1.500 y salió a Arica, donde se encontró con un amigo, Gerente de un Banco. Le invitó a una buena comida con harto vino, y ahí se consiguió un préstamo del banco para comprar sus primeras vaquillas. En pocos años tenía 70 vacas lecheras y 6 operarios trabajando; además se había arrendado la chacra vecina de 35 Has. En camión llevaba la leche todas las mañanas a Arica. No había control, y todos los lecheros mezclaban bastante agua con la leche; Hilario también. De repente, S.N.S. empezó a controlar la leche; casi todos los lecheros cayeron, pero Hilario no, porque lo supo a tiempo. Después se decía en Arica: "Aica tiene la mejor leche".

Se compró inmediatamente un instrumento para medir la ley de la leche, y desde entonces le agregaba solo el agua hasta marcar el nivel

admitido. Escapó varios pleitos, “porque la cabeza era ágil y trabajaba bien”; así un pleito por aguas de riego que le hicieron. Felizmente lo ganó, porque le habría costado mucho en caso de perderlo; y otro pleito por cobrar un peso por la leche, cuando su precio era 60 centavos; se le permitió cobrar ese precio por dejar la leche temprano a domicilio del cliente. En 1932, se arrendó también una chacra de oliveros, grande, pero en mal estado. La trabajó bien; y el primer año ya arrojó 350 quintales de aceitunas; el precio del arriendo era 45 quintales.

Cuando Bolivia se preparó a la guerra del Chaco, el Cónsul de su país llamó a todos los jóvenes bolivianos para defender su patria contra los Paraguayos. Don Hilario, ahora de 31 años, se inscribió también. Recibió un poncho abrigador a modo de uniforme, y tuvo que viajar a su país. No le entusiasmaba mucho tener que abandonar sus chacras; fue a despedirse de sus múltiples amigos en Arica; entre ellos el Gobernador; éste le dijo: “Para qué vas a esa guerra, quieres que te mantén. Quédate aquí, yo te ayudo”. El Gobernador era buen amigo. Hilario se quedó.

Durante 10 años, la lechería arrojó buena plata. El dinero fue invertido en la compra de un sitio grande, en la calle principal del comercio en Arica.

Allá construyó Don Hilario una casa con “Quinta de recreo”, la casona tuvo 19 piezas y una sala grande con 14 mesas. A la vez, compró maquinaria para su chacra: sembradora, segadora, tractor y segundo camión; y en vez de la casa sencilla de caña y barro, empezó la construcción de una casa de campo, una verdadera casa patronal, con 12 piezas y una galería, y con 2 patios cerrados. Esto era el regalo de bodas para su novia. En 1939, se casó con la Srta. Isabel Espinoza, mulata con una buena educación, hija de antiguos propietarios de Azapa, alta, buenamoza y muy trabajadora. Ella aportó también una chacra sembrada y ubicada en Sobraya, que era de su difunto padre y que esperaba la repartición, junto con el resto de la herencia.

Isabel, explotó en los años siguientes las chacra de Sobraya, y cuidó la crianza de gallinas y corderos en Lluta. En 1939 también, la chacra en Km. 12, pasó a ser propiedad de Hilario y su esposa.

Ambos trabajaban y tal vez Doña Isabel más que Don Hilario.

Este se dedicaba a la comercialización del producto, y a la vida social que ello exige; Don Hilario siempre cuidaba sus amistades, tanto los amigos de influencia como sus paisanos, que en gran número trabajaban como obreros en los valles de Lluta y Azapa. Hilario hacía las veces de Cónsul para ellos, interviniendo en casos de abuso patronal y de trámites legales. Estos casos eran múltiples, ya que el boliviano, muchas veces analfabeto, sin documentos legales y sin experiencia de contratos laborales, era una presa fácil para los patrones abusivos. Esto le procuró una numerosa clientela que le solicitaba ayuda y consejo, en cambio Hilario, alcanzó gran prestigio entre su gente; su fama se extendió en los valles de Azapa y Lluta y en todo Carangas. Por eso las autoridades chilenas empezaron a tomarlo en cuenta, y lo trataron con consideración. Don Hilario por su parte mantuvo su estilo de vida de siempre: hospitalario, bueno para la conversación, para tomar y compartir con las amistades; vivo, ágil en el comercio y las transacciones y siempre bien informado; de aspecto descuidado, con modales y presentación de campesino poco cultivado, con su mal castellano y su buen humor. En su apariencia no se distinguía en nada del simple obrero del campo. Pasaba mucho fuera de la casa, y dejaba cada vez más la administración de las chacras a su esposa. Sus hijos crecieron y llegaron a la edad escolar: Santos, el mayor, nacido en 1938; Adolfo en 1944; y finalmente Kenny en 1948. La educación de los niños fue motivo para Don Hilario de trasladar su hogar de Lluta a Arica; la familia se instaló en la "Quinta de recreo", pasaba todos los días por las chacras y en la noche trabajaba en la "Quinta" atendiendo el bar. La Sra. Isabel, a cargo del restaurante, trabajó mucho en esos años y dejó a sus hijos a una niñera que los criaba.

La "Quinta" no dejaba las ganancias que se esperaban, y era una explotación peligrosa para sus dueños, por los excesos del alcohol. Una vez intentaron matar a Don Hilario para robarle su dinero. Por eso compró otra casa en el centro y empezó un negocio de abarrotes. Hilario vivía su vida independiente, y no solía dar cuenta en casa de sus asuntos privados, negocios y amistades. Las relaciones entre los esposos Aica, y de ambos con sus hijos, siempre fueron de mucha reserva.

En 1953, se decidieron a terminar la explotación de la Quinta de recreo, y la casona fue dada en arriendo; al mismo tiempo, estableció

Don Hilario en Av. J. Noé, una carnicería bien equipada, que la Sra. Isabel trabajó hasta 1973, dedicándose personalmente a la educación de sus hijos; éstos estudiaron en el colegio particular de los padres españoles, y, posteriormente, en la escuela comercial. En las chacras quedaron parientes de Don Hilario, pero con la ausencia de la Sra. Isabel y las “vueltas patronales” de Don Hilario, éstas produjeron mucho menos que en los años 30 y 40.

Cada 2 ó 3 años Don Hilario viajaba a su tierra, y así mantuvo contacto con su gente. Compartió con ellos la ilusión de la emancipación del indio campesino, estimulando el movimiento con su presencia y entusiasmo a los indios de Carangas en ese sentido. Fue así que en 1953, se inscribió como militante en M.N.R. de Paz Estensoro, el “Padre de los Indios”. Fue el mismo Candidato Presidencial, quien al visitar Carangas, le pidió personalmente se hiciera cargo de su campaña allí. Le hizo una campaña electoral muy exitosa en Carangas; de ese tiempo recuerda muchas anécdotas. Así cuenta: “En Curahuara habían unos 40 hombres encerrados en la cárcel; había muchos Aica, estaban allí por comunistas y revoltosos. Fuí con una tropita de hombres al alcaide; teníamos armas; fusiles todos, así que el Alcaide se asustó. Le digo: ‘Ud. tiene que dejar libre esas gentes que son todos del campo, que saben ellos de Comunismo’. El Alcaide pensaba que yo venía de La Paz, le hablé castellano no más; primero no quiso. Le digo: ‘Le doy 5 minutos...,ya le quedan 4 minutos...’ Le digo a un hombrecito: ‘Anda a buscar un fierro para abrir el candado’. El Alcaide tuvo miedo. Me dice: ‘Voy a tener que informar al Gobierno en La Paz’, le digo: “El Partido es rico; me va a pagar abogado bueno”. Mandó al guardián a abrir el candado y soltó la gente; salieron gritando: ‘No hay igual que Aica’. El Alcaide después supo que yo también era indio; se pegó en la cabeza y decía: ¿Cómo un indio me hizo esa jugada?. ¿Cómo es posible?.

Hilario, alto y robusto, vestido correctamente con ropa de ciudad, y hablando castellano, lo había impresionado, con su comitiva de indios, ocupaba por un hacendado. El latifundista vivía en La Paz. Don Hilario y su gente sacaron al administrador de la casa patronal. Cuenta: “El administrador era malo, muy malo el hombre para la gente, le digo: ¿Qué va hacer Ud.?. ¿Usted es uno, y nosotros somos muchos, muchos?. Le digo a la gente: ‘Anda no más, saquen las tablas de la casa, todas. En

un día sacaron toda la casa y todo, todo; tablas, palos, toditos, no quedó nada. Les digo a la gente: 'Cuidado, hay que hacer algo; ustedes dan vuelta la tierra y ustedes ponen allí las matas de papas, sáquenlas no más de la chacra'. Ya, todo listo, hay que aporcar las papas ( ).

Vino la lluvia y salieron bonitas las papas. A la otra semana vino el patrón de La Paz, con su abogado, y me dice: "¿Qué has hecho?; le digo: ¿Qué quiere?, dónde está la casa?; aquí no hay casa, hay papas no más."

"No hay igual que Aica". En la campaña electoral de Paz Estensoro, Aica se manifestó como Líder de indios con mucho arrastre e influencia. Después de las elecciones victoriosas, el Partido, le ofreció una hacienda como regalo, pero Hilario no quiso recibirla. Decía: "Yo tengo mi chacra allá, no quiero más; en este país mueren los ricos". Así volvió a Arica, en 1956. Al año siguiente con oportunidad del encuentro de los presidentes de Chile y Bolivia en Arica, la colonia boliviana insistió que Don Hilario fuera a la recepción de Paz Estensoro. Primero no quiso; después se dejó convencer, y le quedó la satisfacción que su presidente lo reconoció, y lo trató públicamente con distinción.

Los siguientes 10 años fueron años de problemas y lento retroceso económico. Los gastos para la mantención de dos hogares eran elevados; y las chacras no daban todo su rendimiento por falta de un control estricto.

En 1959, un cuñado de Doña Isabel, vendió por su cuenta, a un diputado liberal, la chacra de la familia en Sobraya, que ella explotaba. Don Hilario hizo una denuncia; pero perdió el pleito que duró 4 años, y que costó un dineral. La razón fue que no había escritura de la chacra, y se supone que el diputado hizo desaparecer la escritura depositada en el archivo. "Pero aquí en la tierra se paga todo", dice Isabel. "El cuñado murió asfixiado y el diputado murió muy feo, murió en la calle".

En 1963, se enfermó Santos, el hijo mayor y preferido de Don Hilario. Era el primer guía en la Compañía de la Virgen y administraba el emporio. Murió en 1964, en un Sanatorio de San Bernardo. Dijo Don Hilario a su señora: "No llores. La Virgen se lo llevó antes que pecara,

hay que conformarse". Dice la Sra. Isabel: "Le duele mucho a Don Hilario que murió lejos; cuando se cura, le da pesadilla".

En 1965, se enfermó el segundo hijo, Adolfo, y tuvo que hacerse un tratamiento durante varios años en el mismo sanatorio. Kenny, el tercero, también se enfermó de los pulmones, pero no quiso ir al Sur. Se cuidó en casa.

Adolfo se casó en 1968 con Elena ("con una chilena" dicen sus padres que nunca han sido muy felices con su yerna) y tuvo una hija, Fanny.

En 1973, la Sra. Isabel dió la carnicería en arriendo a otra persona. Se sentía cansada, no congeniaba con su yerna que vivía en la misma casa, y se fue a Lluta, a la chacra en Km. 12, para atender a Don Hilario. Este por su edad de 70 años ya necesitaba más de su presencia y atención. Sin estar en retiro, Hilario se ocupó desde 1966, exclusivamente de esta chacra de solo 20 Has., ayudado por un operario, Yunga, y un mediero, González. Allá tenía unos 60 corderos, 15 vacas, gallinas y patos. Sembraba choclos y alfalfa; con su camioneta Ford 1934, llevaba el producto 3 veces por semana a la feria de Arica donde tenía un puesto de ventas, atendido por un pariente. La chacra estaba equipada con un camión de los años 30; un nuevo tractor Ford, de peso mediano, unos arados y rastrillos, una segadora y los restos de la maquinaria agrícola, occidada y arruinada, que dan testimonio de un pasado dinámico y prestigioso.

Don Hilario y Doña Isabel pasan sus días ocupados; a veces sus hijos vienen a ayudarles, en la siembra y en la cosecha, y en la limpieza de la acequía. Los ancianos viven de su recuerdos e ilusiones, más que del fruto de su trabajo.

En su carrera tan variada, Don Hilario supo jugar en muchas canchas. La política para él solo tuvo importancia práctica en su oportunidad; una ideología o partido político han sido de utilidad pasajera; la vida social con sus amigos de la ciudad la consideró muy necesaria, pero nunca ha significado para él un valor intrínseco o permanente, sino más bien un juego con fines tácticos; sus actividades en la ciudad (taxista, electricista, quinta de recreo, emporio, carnicería) han tenido solamente

interés pasajero a lo sumo fueron de un interés estratégico para el empresario. Lo único de valor económico y social intrínseco y definitivo para él es siempre la chacra, porque es la fuente de riqueza y prestigio. "Allá empieza todo", suele decir.

Otros fundamentos firmes para su vida fueron: su clara indentificación Aymara y su religión. Aquella "fe en la Virgen" incluye toda una religión y cosmovisión sincretista y agraria, en perfecta armonía con la cultura altiplánica y la explotación rural, que le ha brindado la energía espiritual y moral para mantenerse y superarse continuamente en los remolinos del proceso de cambio acelerado producido en la intersección del sector rural-urbano.

Su máximo anhelo, con realismo de agricultor, fue la educación de sus hijos, no para que fueran su doble, sino "para que fueran otro".

#### 4. EL BAILECITO (1924-1962)

El primer peregrinaje que hizo la compañía improvisada desde Molinos al Santuario de Las Peñas-“cruzando cerros y pampas” según la letra del canto-era un viaje de aventura y atrevimiento y con riesgos serios por la infracción contra la orden de clausura. Una herradura que cerraba la puerta del templo con sello del gobierno chileno fue rota por la fuerza. Para la compañía fue una gran experiencia de entusiasmo y de apoyo de parte de los lugareños, los habitantes de Livilcar, Husipa y Umagama. Fue, sobre todo, la satisfacción de una angustia religiosa y un deseo de cumplir con la Virgen que con la terrible avenida de las aguas del río había mostrado una vez más su gran poder y su misericordia al compañero, despertando también entre los demás amigos la conciencia de sus obligaciones hacia Ella.

La fuerte experiencia religiosa y la exuberante alegría-dos aspectos de una misma vivencia, se acompañan constantemente y en todas las celebraciones religiosas de los Aymaras del Altiplano-provocaron el deseo de volver a experimentar la vivencia colectiva de la fiesta que diluía por unos días el aislamiento y la soledad de los desterrados de Carangas, compartiendo los ricos asados que recordaban sus fiestas del floreo de ganado y de los santos de la comunidad, tomando alcohol y mascando coca, tocando las antiguas melodías con las zampoñas; esa música que por el particular efecto del instrumento indígena, unifica íntimamente la conciencia psicológica de quienes los utilizan.

Así fue que el próximo año volvieron al Santuario. Nuevamente fueron bien recibidos en la quebrada. El entusiasmo se renovaba cada año, al acercarse el mes de Diciembre y el día de la Purísima. Hilario Aica, excelente tocador y buen compañero, joven y dinámico, animaba la compañía. A partir de 1924, ya tuvo su propia chacrita y su casa de caña y barro, lo que le permitió invitar a la tropa los días Domingo, a comer y a tocar. En Livilcar decían: “La tropa de Aica es buena” y le llegó una invitación del Alférez de San Bartolo, para tocar en la fiesta del santo patrón del pueblo, que se celebra el día 24 de Agosto. El Alférez los “atendió como reyes. Por eso tocaron hartos y muy bien. Porque la gente estaba contenta y había entusiasmo.” Pero tocaban también en el

valle de Lluta, en la fiesta grande de Poconchile, el 22 de Octubre, día de San Jerónimo, y en la fiesta de la Virgen Peregrina de Molinos, que se festeja el día 9 de Septiembre.

“Andrés Baluarte, de Azapa, juntó también una compañía y fue a la Virgen de Las Peñas. Eran puro negros no más; tenía harta familia mi compadre. Me dice: ‘Aica, ven a la fiesta de San Miguel, te vamos a recibir bien’. Así fueron con la compañía al valle de Azapa, a la fiesta del Santo Patrón, 29 de Septiembre; y en los años siguientes, animaron con su presencia la fiesta de las Cruces de Mayo, que se celebran en todo el valle de Azapa.

Se divulgó la fama de la Tropa de Aica, porque tocaban bien y hubo invitaciones a fiestas grandes y famosas como la de San Martín, patrón de Codpa, que se celebra el 11 de Noviembre, y donde corría en abundancia el pintatani, el más rico de todos los vinos; dulce, fuerte, sano. En Codpa, conocieron también al Padre Braulio, en 1931, y “se rieron mucho, porque el padre tomaba mucho vino. Estaba borracho igual que la gente. Pero al otro día, retó a los muchachos porque tomaron mucho vino y porque tocaban todo el día y no le dejaron dormir la siesta.”

Las fiestas de la cordillera eran “bonitas, pero pobres”. Viajaban a Cariquima y a Belén, y a la Virgen de los Remedios en Timanchaca, muy alto en la cordillera. Allí encontraron nuevamente al Padre Braulio que atendía la fiesta. “El padre tenía frío. Tomó harto vino por el frío. Toma que toma. Se enfermó. Se fue a dormir no más. Dijo: ‘Mañana hacemos la procesión; vuelvan mañana. Váyanse no más, porque estoy enfermo.’ Y se fue a acostar.

Dijo a la gente: ‘Vamos muchachos, saquémosla no más (scl. la Virgen en andas). Así es nuestro modo y costumbre; porque hoy día corresponde la fiesta’. La gente del pueblo estaba muy de acuerdo conmigo. “Hilario tomó la responsabilidad de la procesión contra la voluntad del padre Braulio”.

En la Compañía de Aica estaban, desde sus comienzos, Don Ezequiel Cayconte, Don Samuel Canchaya y Hugo Gómez, (quien, por un motivo desconocido, nunca tuvo el epíteto de “Don”). Don Hilario dice: “Buenos amigos. Todos gente de mucha fe, me acompañaban siempre. Gómez

era grande, macizo; tenía buena figura. Por eso acordaron que él tuviera la vara ( ), para presentar la tropa.

Caporal dicen (ahora). Cayconte tocaba la matraca, no más. Tuvo que ponerse delante (a la cabeza de la fila), y Canchaya también, para marcar el paso. Cayconte hacía ropa para la gente, era sastre. Pantalones blancos para la fiesta, todos. Así tenía que ser. Blanco todo, con la camisa también, para el día de la fiesta, y con una cinta de seda, así, todos parejitos.”. Lo cuenta como si fuera una historia ajena pero, él mismo, era el hombre central de la compañía, aunque nunca le gustó figurar en el primer lugar. Más bien actuaba en segundo plano. Sin embargo, en todo el valle de Lluta, y en Azapa, en las quebradas y en la cordillera, siempre la gente decía: “...la banda de Aica”.

La banda en formación ceremonial se componía en primer lugar del Caporal. Este dirigía sin palabras, y solamente con indicaciones de la vara, dos largas filas de hombres. Primeros venían: Edelberto Baso, el poeta de la tropa, que hacía los cantos y que llevaba el bombo, y Valerio, un pariente de Aica que tocaba el tambor. Detrás de ellos venían, de par en par, ocho, diez, hasta doce hombres que llevaban matracas para marcar el ritmo en las procesiones y los bailecitos, un ritmo de marcha o de trote, al compás del bombo.

Los dos primeros de ellos, Cayconte y Canchaya guiaban las filas y “cantaban fuerte y bonito”. Su función era, cantar los saludos a la Virgen y los Santos, mientras que la tropa repetía, sucesivamente, cada frase en coro; además dirigían los movimientos de las filas en las contradanzas<sup>2</sup> tal como sucede hasta hoy día. Detrás de las matracas “venía la gente que toca cañas. Eran muchos. Había doble tropa (24 personas) y más todavía. “Don Hilario encabezaba las zampoñas y controlaba los músicos. Preocupación constante era que no tomaran en exceso antes de haber cumplido con sus obligaciones en la fiesta. Entre los antiguos músicos estaban Yunga, ciego de un ojo y muy aficionado al vino, siempre masticaba coca; Jacinto y Máximo Aica, sobrinos de Hilario, y Donato que también era pariente; luego Aranibar (“El Ajurdo”, le decían) y Rosendo. “Había gente de Bolivia y Chilenos, pero más de

2 “Contravanza”, se dice en el baile, pero suponemos que esto es una transformación popular de la palabra “contradanza”.

bolivia. Todos trabajaban (chacras) en el valle, unos en Molinos, otros en Poconchile, otros más abajo. Las cañas traían de Bolivia.”

Desde chico tocó también Pedro Rivera, era hijo de un comerciante de Arica y una Codpeña, tenía como sobrenombre “Chinche”. Don Hilario, en uno de sus primeros viajes al Santuario de Las Peñas, fue su “padrino de oleos” (de bautismo) y desde entonces, se trataron mutuamente como “padrino” y “ahijado”, cumpliéndose hasta hoy día con el debido respeto, aún cuando Pedrito es ahora Don Pedro, jubilado, después de 55 años de trabajo, en el Ferrocarril.

La Compañía de Don Andrés Baluarte se mantuvo pujante y creció mucho. Don Andrés, dueño de una chacra grande de olivos y frutas, tenía muchos parientes en el valle de Azapa, desde Arica hasta Sobraya y más allá. Los Baluarte, todos negros y mulatos, “era gente antigua del valle, muy trabajadora y rica, y todos tenían su chacra muy bonita y bien trabajada. La Compañía de Baluarte nunca ha tenido cañas; tenía matracas, no más, y tenía como banda de guerra, con corneta, muy linda. Después llegaron otros y otros. Los Canarios, hijos de Codpa, los de Livilcar, y otros. Venían de Tacna también. Esos dejaban mucho dinero en el Santuario. No así los chilenos, porque son apretados. Todos los grupos llevaban estandarte. Decían los muchachos, nosotros también vamos con estandarte, no importa (el precio), se hace no más”.

Don Hilario, como dueño de la tropa, cargaba con muchos gastos. Atendía su gente los días Domingo, con comida y trago, y también durante los viajes al Santuario. Allá, en los días de fiesta, comían hartos: cuatro o cinco corderos, y bastante vino. Cargaba voluntariamente con todos los gastos, como corresponde al jefe de la tropa, y lo hacía en homenaje a la Virgen, un homenaje sumamente costoso, pero “en cambio, la Virgen siempre me cumplía, y había que cumplirle también”. Los viajes a fiestas por invitación de Alféreces, no costaban nada al jefe de la tropa. En cambio, todos los años, tenía que comprar una nueva tropa de cañas; las matracas que mandó hacer, duraban muchos años. El estandarte, que los compañeros querían para no ser menos que las otras tropas, venía también a cuenta del Jefe.

En los tempranos años de la Compañía, se carecía de una organización formal y no había continuidad en las actividades. Cada año, al acercarse la fiesta del Santuario, el entusiasmo, la devoción y la costumbre, juntaban nuevamente a los compañeros del conjunto de Aica; éste, por su personalidad de líder natural, se hacía cargo de organizar el peregrinaje con la experiencia, generosidad y devoción que lo caracterizaban. Por otra parte, Don Hilario, sabía cuidar sus intereses económicos, y cedía voluntariamente, a cualquier promesante, el honor y el cargo de “llevar el baile”. Así se llamaba la obligación contraída libremente ante la Virgen, de costear viaje y estadía del baile al santuario, y de presentar allá la Compañía, como prueba de insigne devoción y esfuerzo sobresaliente, para honrar a la Virgen Milagrosa; y para obtener su protección especial, su ayuda particular en un problema personal o familiar, o en acción de gracias por un milagro obtenido de Ella ( ). Así, el antiguo amigo y compañero de Hilario, Don Ezequiel Cayconte, se hizo cargo del baile durante tres años seguidos.

En 1949, sin embargo, se creó una organización permanente y formal en la Compañía. Actualmente se acepta como fecha de fundación de la Compañía, el día 8 de Diciembre de ese año. A partir de este año, y más aún, del año 1950, se celebraron reuniones periódicas. En 1950, bajo la influencia de las necesidades sociales y la corriente de mutualismo que conoció Arica, cuando se desarrolló de pueblito a ciudad, se formalizó también la sociedad de Aica, como “Mutualidad”. Así se organizaba y extendía la generosa ayuda humanitaria que, en casa de Don Hilario, numerosos obreros campesinos, encontraban desde hacía 30 años. Con el traslado de su domicilio a Arica, Don Hilario tuvo, además, una clientela de obreros urbanos que buscaban auxilio en sus problemas. El Acta de Fundación de esta Mutualidad dice:

“El día lunes, 23 de Noviembre 1950, en casa del Sr. Hilario Aica, se reunió un grupo de simpatizantes con el propósito de formar una Compañía de Morenos Religiosos y Socorros Mutuos... Se acordó en primer término elegir una directiva quienes regirían por el período comprendido entre 1950 y 1951.

Por acuerdo unánime de la sala se concretó el acuerdo de llevar el nombre del socio Sr. Hilario Aica, por sus dotes humanitarios y

abnegada labor social. Desde ya la institución quedó bautizada con el nombre de “Sociedad Virgen de Las Peñas y Socorros Mutuos ‘Hilario Aica’”, cuyas principales finalidades se basarían en una amplia labor social y mutualismo cuyos beneficios serían en bien de los socios...”

Don Hilario siguió siendo el soporte firme y duradero de la sociedad renovada, pero sin participar jamás en los cargos titulares de presidente, secretario, tesorero y director. No le gustaban las funciones representativas y el actuar en primer plano enfocado por la publicidad. Además, por ser analfabeto, estas funciones le habrían causado problemas continuamente.

La primera lista de socios contiene 102 nombres, de los cuales 32 son apellidos indígenas como: Mamani, Huanca, Huancacunano, Quispe, Condori, Sajama, etc. Las profesiones de estos socios ya no son exclusivamente del sector agrario; en su mayoría son: comerciantes, choferes, carpinteros, jornaleros, trabajadores portuarios y otros empleos de la clase obrera urbana. Gran parte de ellos, no tenía ninguna manda u obligación moral de hacer el peregrinaje al Santuario de Las Peñas, de modo que tal vez, una cuarta o tercera parte de estos nuevos socios no hacía el viaje anual con la compañía a Livilcar.

La Sociedad de Socorros Mutuos, anexo Compañía de Baile Religioso, hizo gran empeño para realizar sus objetivos bajo la dirección de los Señores Calvo y Villarreal y, posteriormente, Heriberto Basso, en el puesto de secretario. Para realizar su labor administrativa, mandaron imprimir sobres y papel carta, fichas y formularios para la solicitud de incorporación y, naturalmente, un timbre de goma con el nombre y la fecha de fundación de la mutualidad. Los beneficios que la sociedad ofrecía a sus miembros eran de ayuda financiera en casos de enfermedad y fallecimiento. Se costeaban consultas médicas y remedios, urnas mortuorias y funerales, y, a condición de una cuota mensual especial, también ofrecía derecho a mausoleo. En casos especiales de desgracias, p.ej. incendio en la casa de un socio, o desastres generales, p.ej. terremoto, la mutualidad aportaba también su ayuda. Modelo para su organización y forma de operar eran los “Estatutos Reformados de la Sociedad Chilena Unión de Socorros Mutuos”, fundada en Arica el 25 de Octubre de 1891.

Cuatro años después de su nacimiento, el 12 de Junio de 1954, la Sociedad de la Virgen de las Peñas y Socorros Mutuos 'Hilario Aica' ", estaba presente en la fundación de la Federación Provincial Mutualista de Arica. De los años siguientes existe una correspondencia regular de la sociedad con el Sr. Bernardino Guerra, Diputado por Tarapacá, y que se relaciona con el "Proyecto de Ley que crea la Confederación Mutualista de Chile". Por motivo de este proyecto de ley se desarrolló en Arica, a nivel local y provinial, y luego en Iquique a nivel nacional, una extensa serie de reuniones y un congreso, en que participaron siempre los delegados de la "Sociedad Aica", tal como la llamaban brevemente.

Posteriormente, por la nueva legislación social general de Chile, las Sociedades de Socorros Mutuos, carecieron de razón de ser y, prácticamente, estuvieron condenadas a desaparecer. Pero la "Sociedad de Aica", siguió su existencia como Sociedad Religiosa de Las Peñas, continuando oportunamente y para el reducido número de sus socios y balilärines religiosos, la tradicional labor humanitaria, aunque en forma incidental y particular.

La sociedad religiosa volvió a organizarse, junto con las otras compañías del Santuario, en la "Asociación de Bailes Religiosos de Nuestra Señora de Las Peñas, Fiesta Chica" ( ), Asociación que tuvo la asesoría eclesiástica del parte del Sr. Obispo. La falta de poder decisivo, de unión interna y autoridad firme en esa asociación, y el tutelaje eclesiástico que la controlaba, fueron las razones porque Don Hilario nunca se sintió muy identificado con ella. Acordó voluntariamente la asistencia de sus delegados a todas las reuniones de esa asociación, y el cumplimiento estricto y puntual de todas las obligaciones con ella, pero decía, para indicar su falta de autoridad: "Allá, no hay nadie que dice ¿Qué hacemos? "

Hasta 1962, la Compañía de Hilario viajó todos los años, sin interrupción, a la fiesta del 8 de Diciembre, fecha que, según él, es la auténtica para celebrar la fiesta de la Virgen. Igual hace la Compañía de su compadre Andrés Baluarte, quien apadrinó, allá en el santuario, a los hijos de Don Hilario. Referente a la fecha de la fiesta, cuenta: "Una vez, hubo una gran avenida de aguas, así que la gente tuvo miedo que el río podía asaltarles. Por eso fueron en Octubre, para la fiesta grande.

Así hicieron los Alféreces, pero la gente de antes decía que la verdadera fiesta era del 8 de Diciembre. Una vez vino río grande. Dejó aislada toda la gente. Hubo hambre, entonces se acordó hacerlo en Octubre. Pero el 8 de Diciembre es la inmóvil. Yo creo que esa debe ser la verdadera”.

En el transcurso de medio siglo, cambió gran parte de los músicos de Aica. Algunos volvieron a su patria, Bolivia; otros, simplemente, dejaron de ir al santuario; otros murieron; otros siguieron, y con los años venían acompañados de sus hijos. Así Molina, cocinero en el casino de Arica por muchos años, trajo a su hijo Juan. Y así también, Jacinto, Pedro, Valerio, Donato y Máximo Aica (“los chingolo”) trajeron sus familias a la compañía. Samuel Canchaya trajo sus hijos y después sus nietos. Cuando murió Gómez, el primer caporal, siguió su hijo en la compañía y Cayconte le sucedió en su puesto. A su vez, Don Ezequiel, a medida que pasaba el tiempo, cargaba cada vez más a menudo, la responsabilidad de los ensayos y presentaciones en las fiestas del valle, a Don Pedro, el ahijado de Aica. Don Hilario trajo a sus hijos Santos, alto, macizo y de buena presencia, como él mismo. Por su voz, potente y armoniosa, Santos ocupó, desde sus 16 años, el puesto de primer guía y cantor, junto con Don Pedro. Hacía también las diligencias y trámites para la compañía. “Trataba con los Curas y con las Autoridades, porque tenía educación”, dice Hilario. Además de esto, Santos se ocupaba de los ensayos de varias nuevas contradanzas y aumentó mucho el prestigio de la compañía, porque ensayaba con éxito para una buena presentación. Su enfermedad y muerte en 1963, fue un golpe muy fuerte para toda la compañía, y dejó a sus padres muy desmoralizados. En 1963, Hilario no tuvo ánimo para subir al Santuario con la Compañía. “Estamos con duelo, no vamos este año”, decía. Nadie dudaba que fue la Virgen la que se decidió a llevarse a Santos. El porque, es pregunta inútil e insensata. Sería muy atrevido exigirle una explicación por la desgracia que Ella mandó sobre la casa. Hilario nunca se puso atrevido, al contrario, la seguía respetando igual y más que antes. Menos pensaba en castigar a la Virgen o en desquitarse de Ella por la muerte de su hijo, el mejor y más querido de los tres. “Eso hacen los que no tienen fe... Ella siempre se lleva lo mejor”, dice Hilario con pena. En los años que siguieron, dejó la compañía en receso. La economía de la casa tuvo un retroceso;

los pleitos costaban mucho dinero; se enfermaron sus otros hijos; las chacras no se explotaban con la debida atención.

Cuando su segundo hijo, Adolfo, se agravó de su enfermedad; el padre, en la angustia de perderlo también, prometió a la Virgen volver a verla con su compañía, apenas se recuperara el joven. Así fueron nuevamente en 1966, después de tres años de ausencia y receso de la compañía.

En esos años, la Tropa de Baluarte tuvo un golpe más fuerte todavía, cuando murió Don Andrés. Pero su hijo Domingo, tomó en herencia la vara y la responsabilidad de su padre, que así lo había ordenado, y llevó el año siguiente la compañía al santuario, a pesar del duelo, y con inmensa pena y angustia. Tanto fue su dolor por los recuerdos de su padre en el Santuario que, allá, tuvo un ataque muy fuerte, al finalizar la fiesta y despedirse de la Virgen.



Aica y usu takitas en "traje de gala", ante la virgen de Las Peñas.

La Compañía de Baluarte ocupó desde ese año, el primer lugar en la fiesta, que corresponde al grupo más antiguo y que implica el privilegio de sacar la Virgen de Las Peñas en procesión. Hilario, después del receso de su compañía, se conformó con el segundo lugar. Cedió el honor de la primera antigüedad en recuerdo de su gran amigo y compadre Don Andrés que, junto con él, había cumplido, durante casi cuarenta años, el homenaje más completo y afectuoso de presentar su compañía a la Virgen de la quebrada, tan querida y respetada.

## 5. ROSTROS Y CRÓNICAS (1966-1972)

Don Ezequiel Cayconte, uno de los más antiguos compañeros de Don Hilario en el baile, era llamado cariñosamente “el abuelito”, por la gente nueva. Todos lo consideraban como una reliquia, y le concedían toda clase de permisos y excepciones por sus largos años de servicio en la Compañía. Nunca pagaba las cuotas que se exigen de los miembros, desde la reorganización del baile, en 1968, tampoco pagaba su pasaje al Santuario, sus aportes en víveres para las fiestas; sus tarjetas de adhesión, sus números de rifas, etc. Don Ezequiel, desordenado y variable como el viento, entraba y salía de las reuniones y ensayos según su estado de ánimo, y hablaba en la asamblea según los impulsos de su inspiración emocional y su vanidad algo ingenua, que lograba captar la benevolencia de la gente. El abuelito gozaba de un prestigio muy particular tanto en el baile como en la 2da. Compañía de Bomberos de Arica, que él, junto con Don Hilario y otros, fundó hace más de 50 años. Una considerable cantidad de medallas decoraban su pecho en los días solemnes, y en las paradas de la 2da. Compañía, y seis diplomas de honor adornaban su pequeño taller de sastre (su profesión era pantalonero) junto con los retratos de sus padres y abuelos, y por lo menos cincuenta fotos de su juventud. En su taller guardaba celosamente los recuerdos del pasado, y entre éstos figuraban dos antiguos estandartes que el baile de Aica ha llevado al santuario.

Don Ezequiel, cuenta que hizo su primer viaje al Santuario en 1924, a pie y provisto solamente de 4 kilos de pan, para él y un compañero de trabajo, y con 20 pesos, que había conseguido en la panadería donde trabajaba en su juventud. Para llegar anduvo dos días, pero se entusiasmó tanto que de 1925 a 1938, fue todos los años a la Fiesta Grande, con la compañía de Laquitas de Atanasio Casas. Por su buena presentación y voz potente tenía un puesto prestigioso en esa compañía, como cantante y guía izquierdo, y a partir de 1927, como guía derecho, dejando el puesto anterior a su hermano. Iba además a la fiesta chica, con la tropa de Aica, donde ocupó desde 1932, el puesto de Caporal. En el año siguiente 1933, Don Ezequiel “recibió el Niño”, de manos de Aica; una imagen del Niño Dios que recibía la persona que se comprometía a “llevar la compañía” para el próximo año, organizando y pagando el

viaje y costeando alimentos y trago para el grupo entero ( ). “Partíamos de Arica cantando y tocando, con alegría, todos en un carro (camión) que nos llevaba hasta Azapa Grande, de ahí, quedaba un solo día de andar. El que estaba a cargo (del baile) se llevaba el Niño (Dios) para entregarlo al siguiente”. Pero ese año, 1934, estuvo tan enfermo de reumatismo, que solo pudo presentar el baile en la entrada y la despedida de la fiesta y tuvo que quedarse acostado por el resto de la fiesta. Esto fue una pena muy grande, además del dolor que sufría, de modo que prometió allá mismo, a la Virgen, llevar por dos años más el baile, si con su ayuda, estuviera con la vida y buena salud.

El panadero-pantalonero, a pesar de su pobreza, hacía en estos años, gastos considerables, por su devoción ciega a la Virgen, y tal vez, también impulsado por su vanidad. De todos modos, en los años siguientes, solo pudo ir al santuario como novenante y sin bailar, y en 1939, la muerte de su padre y los gastos por sus funerales, los dejaron con tantas deudas que no encontró los medios indispensables para realizar el peregrinaje. En ese tiempo se conformó con bailar solamente, en la tropa de Aica a la “Cruz del Siglo”, que está en el cerro frente a su casita, como recuerdo y protección, después de la salida de mar, que en 1868, borró todo Arica. Su amigo Aica, lo ayudó bastante en ese tiempo. A partir de 1941, Don Ezequiel pudo volver a ocupar su puesto de Caporal en la compañía de Aica, sin interrupción, hasta que jubiló, cuando en 1968, con ocasión de la reorganización del baile, Don Pedro le sucedió en su cargo.

La Srta. Isabel Espinoza, desde 1939, la Sra. de Aica, era una mujer del campo, muy trabajadora y eminentemente práctica. Tuvo buena escuela y trabajó para completar su educación, un año en el mejor hotel de Arica y después, un año en la casa del Gobernador. Después volvió al campo. En esos años, antes y después de su matrimonio con Don Hilario, trabajaba la chacra del km. 12 en Lluta. Siempre tenía orden en su casa y controlaba bien a los operarios. Estaba orgullosa del prestigio de su marido y de la compañía, y sabía como recibir en la chacra a la gente que Hilario traía de la ciudad; pero Isabel no dejó de retarlo por los “borrachitos” que traía a su casa (los amigos de la compañía), porque decía que ellos “venían a comer y a tomar no más, y para embriagarse”. Sin embargo, durante más de 30 años, fue ella la que los atendió y que dió renombre de hospitalidad y generosidad a la casa acogedora de Don

Hilario en Lluta, y más tarde en Arica. En 1928, Doña Isabel, acompañó a Don Hilario al Santuario de Las Peñas. Pero por su compromiso con la compañía, no la pudo atender como se merecía, y ella por su parte decía que no le gustaban los “picles” (así llamaba a los músicos porque tomaban mucho vino). Nunca hizo costumbre como su marido, de los peregrinajes anuales. Pero por eso no tiene menos fe en la Virgen, la respeta mucho. En cambio, en sus necesidades concretas, siempre ha buscado su auxilio. Así fue a ver a la Virgen de los Remedios en Timanchaca, por su hermana que estaba enferma. Hilario cuenta que su hermano, Manuel Aica, era buen yerbatero y curandero. “Decía sin falta si una enfermedad era para la muerte o para la vida”. Una vez, que vio a la hermana de Isabel, Vicenta se llamaba, se descuidó y dijo que esa no tenía remedio. ‘No gastes más, vas a morir’. Yo estaba allí y le dije a mi hermano que no se lo dijera así, porque más iba a enfermarse; lo dije en Aymara. Manuel le dijo a Vicenta: ‘ Te voy a sacar la suerte...Bueno, no te vas a morir, era broma no más, pero tienes que dejar de comer esas y esas cosas’. “Así le sacó la suerte. Pero murió la Sra. en pocos meses más.

Allá en Lima murió”. En esa angustia por su hermana fue que Isabel hizo un peregrinaje a Timanchaca, para suplicar al Señor por su salud. Después fue también a ver a la Virgen de Copacabana ( ) a las orillas del lago Titicaca, junto con una hermana de Don Andrés Baluarte. En ese famoso santuario, suplicó por su hijo Santos cuando ya estaba enfermo. Fue también a ver al Sr. de los Milagros, que es muy venerado por los peruanos en un pueblo al interior de Tacna. A Las Peñas, la Sra. Isabel no volvió más hasta el año 1966, entonces subió para darle las gracias, junto con su esposo, por haber salvado a su hijo Adolfo de lo que parecía una enfermedad fatal. Por lo demás, antes y después de ese año justificaba su ausencia en la fiesta de Las Peñas, porque tenía mucho trabajo, y porque alguien tenía que atender la chacra.

Kenny, el hijo menor de Hilario e Isabel, es grande y robusto de contextura. En su fisonomía predominan los rasgos africanos, herencia de su madre. De ahí su apodo “El Negro”. No terminó el último año de la escuela comercial; el motivo, según su padre fue, que es “muy amiguero, de chico andaba jugando, lejos de la casa, encabezando una patota de cabros”. Es generoso y hospitalario con sus amigos, como su

padre; tranquilo y de buenos modales. Se presenta correctamente vestido y está siempre muy pendiente de su persona. Debe usar lentes fuertes, pero siente vergüenza por ello y no se los pone, salvo para su trabajo de escritorio. Es superticioso y da mucha importancia al espiritismo y a su horóscopo. Cree en la Virgen y en el juicio final; en Dios y los Santos, pero no es religioso. Una vez hizo una manda, que él mismo define como “una promesa desesperada”; pero no le gustan las mandas porque no quiere tener obligaciones. No participa en el baile de su padre, y cuando va al Santuario de Las Peñas, viaja por su cuenta y para divertirse. A la edad de 18 años, una neumonía lo tuvo tres meses internado en el hospital. De vuelta en su casa, no se preocupó más de su cura, régimen y controles. Recayó, y su padre gastó mucho dinero nuevamente, con un médico particular en Tacna, donde estuvo dos meses internado; pero nuevamente abandonó el tratamiento y se quedó seis meses en la casa, aburrido de todo y aburriendo a todos, y quejándose “porque no puedo ser como otros jóvenes, sano y alegre”. Se sintió marginado de la vida y con rencor por su mala suerte. El impacto de su enfermedad fue grande y fue definiendo su carácter. Desde entonces, tiene períodos de abuso del alcohol y pasa días de profunda melancolía y aburrimiento. En su angustia sufre ataques de rabia y violencia; se pone de mal genio y muy sensible e insolente con sus padres, se golpea la cabeza de desesperación y su padre, preocupado, dice: “Con el tiempo, ese se vuelve loco”. De carácter es impulsivo e inconstante. Desea, según sus propias palabras, “una vida fácil, cómoda, sin preocupaciones, y con el dinero suficiente”. Desde su enfermedad, se ha acostumbrado a que su madre, y posteriormente Elena, le sirvan en todo.

En los períodos que gana dinero se lo gasta todo con sus amigos. Sus salidas nocturnas le ocasionaron más de una vez, grandes apuros. No es agresivo, sino más bien tranquilo. Tiene carácter independiente y no aguanta que otros le impongan reglas. Por este motivo se aburrió en el trabajo con su padre en la chacra, y posteriormente en la oficina de estadística del Servicio Nacional de Salud, y luego también en una oficina de contabilidad. A veces se encierra días enteros en su pieza, se acuesta a leer revistas, toca guitarra y mira televisión. Por eso lo consideran flojo. Trabajaba por temporadas en la chacra de Lluta, cuando le daba las ganas. En esos períodos solía trabajar junto con su

hermano Adolfo; ambos se entendían muy bien en el trabajo; pero entre Kenny y su padre surgían continuamente discusiones, porque éste no le permitía tanta independencia en el trabajo, y tampoco le pagaba dinero. Sin embargo, la chacra le atraía como a su hermano.

Adolfo, hizo un tratamiento para curar su enfermedad, en San Bernardo. Esto dió lugar, por una serie de coincidencias, que dos años más tarde (1967), se casara con Elena, una niña del campo, con corazón de oro, nacida en un pueblito de Llanquihue. Cuando Elena vino a Arica-para pasear y luego a trabajar-, fue muy bien recibida por Doña Isabel en su casa. Posteriormente, por su amistad y noviazgo con Adolfo, surgieron conflictos con los suegros, que nunca quisieron aceptarla como yerna. Decían a Adolfo: “Ella es otra gente, no te conviene”. Adolfo, que había sufrido mucho antes de su enfermedad, por esa actitud negativa y autoritaria de su padre respecto a un pololeo anterior, esta vez estaba decidido a seguir su camino, por mucho que quisiera y respetara a sus padres. A Elena dijo: “Casémonos, yo sé que hago y soy mayor de edad” y contrajeron matrimonio civil. Elena vino a vivir en la casa de Av. Juan Noé, donde la Sra. Isabel atendía la carnicería, mientras que Adolfo trabajaba en la chacra de Lluta para beneficiarse del aire puro y sano del valle. Ambos esperaban que la frialdad de los Aica frente a Elena desapareciera con el tiempo.

En ese año nació Verónica, en la misma casa. La casa era grande y el trabajo mucho y pesado, pero Elena sabía el trabajo del campo, y le gustaba. Allá atendió a Don Hilario, Adolfo, Kenny y dos operarios con la comida y el lavado; además alimentaba el ganado con la chala del maíz, ordeñaba las vacas en la madrugada, criaba pollos y regaba los sembrados y la alfalfa. Trabajaba mucho para no dejar mal a su marido frente a su padre, y para ganar la voluntad de su suegro, quien, siempre resentido, no dejaba de considerarla como “una intrusa”. Su estado y salud no soportaban tanto trabajo y Elena corrió peligro de perder su guagua. Se enfermó e hizo una manda de ir a ver a la Virgen de Las Peñas con el niño, si se salvara, hasta que hiciera su Primera Comunión. Fue en tiempo de primavera, y con gran riesgo subió al santuario con Adolfo a suplicar por la vida de su guagua. Fanny nació sana. Después del nacimiento no se mejoraron las relaciones entre Elena y sus Suegros. Todo lo contrario: éstos miraban a Fanny con celos, porque era blanca y

daban toda su preferencia a Verónica, que era morena. Hilario no pagaba a sus hijos por el trabajo en la chacra, de modo que Elena no tenía los medios para comprar leche, ropa y remedios para su guagua. Siempre tenía que pedir a su suegro, que se ponía “apretado y egoísta” según Elena. Un día que Fanny amaceció afiebrada, ella quiso ir a consultar a un médico, pero Hilario le dijo: “La guagua, si nació enferma va a morir no más. Allá en el hospital la dejan emboticada, es para peor”. No le dió dinero. Elena, angustiada, no aguantó más, y contra la voluntad de Adolfo, se arrancó de Lluta. Fue a ver al médico con dinero de una amiga, y se quedó en la casa de Arica, con Doña Isabel. En contra de su voluntad volvió Adolfo también a Arica, ya que le gustaba el trabajo en la chacra. Buscó empleo en un Banco Comercial. En Arica, Elena y Adolfo estaban más independientes, porque vivían de un sueldo. Pero Doña Isabel, en cuya casa vivían, no quiso reconciliarse con Elena y siempre mantuvo su actitud de frialdad, tanto que jamás comieron juntas en una misma mesa. Por otra parte, no tuvieron nunca discusiones abiertas y cuidaron siempre las apariencias.

Elena es inteligente y profundamente religiosa; trabajadora, pacífica, alegre y extrovertida. Buena dueña de casa y habilosa para la cocina; respetuosa para su marido y suegros, a pesar de su amarga experiencia. Tiene un vocabulario muy rico y variado y mucha soltura en su modo de hablar. Además, sabe callar y se guarda con discreción las amarguras sufridas, por respeto a su familia política. Trata de mantenerse en el difícil triángulo constituido por Adolfo, los suegros y ella misma, situación que originó otro triángulo más delicado y que pone su amor maternal para Fanny, a su amor de esposa para Adolfo. Este, por su parte, no rompió con sus padres a quienes respetaba y quería de sobremanera, aún sufriendo continuamente del autoritarismo de Don Hilario que tomó un carácter despótico por el rechazo a su yerna. Adolfo reprochaba a Elena el que ella sentía más cariño para Fanny que para su marido, y en realidad ella defendía como leona a su cría en ese ambiente que resultaba adverso. El matrimonio de Elena y Adolfo sufrió un alejamiento lento por falta de comunicación en la que se acumularon quejas mutuas y nunca ventiladas. Elena, que sufría de los nervios, gastaba lentamente sus reservas de salud, pero Adolfo, con su carácter introvertido sufría tanto o más que ella.

Adolfo, al igual que sus hermanos y madre, y muy contrario a su padre, siempre se presenta con ropa impecable y modales de caballero. Es cordial y generoso con sus amigos y atiende muy bien sus visitas; en ésto sigue la tradición y el ejemplo de su padre. Toma su tiempo para conversaciones y las sobremesas se alargan amenamente cuando hay invitados en la casa. Su enfermedad fue un impacto grande, para él también; los efectos fueron no sólo su manda, que por tres años lo ligaba al Santuario de Las Peñas, sino también, su fiel cumplimiento con el compromiso religioso y su completa disponibilidad al servicio de la compañía de su padre, con lo que reemplazó a su hermano difunto. Su ritmo de vida, siempre tranquilo y moderado, tuvo, por el tratamiento, aspecto de un ritual de alta precisión con un horario equilibrado; observado tanto en la época de su trabajo en la chacra como en el Banco. Cuida su salud, aunque sin quejarse jamás o hablar de su estado físico; no fuma, no toma, se acuesta temprano y descansa bien; lleva una vida sexual muy moderada; se abriga bien y se cuida mucho de los resfríos.

Dos rasgos fundamentales marcan su carácter: Adolfo es altivo e introvertido. Sin ser orgulloso, y menos humillante, tiene una clara conciencia de su dignidad. Su orgullo propio le hizo decir después de haber castigado una vez a su señora: "Yo no tengo corazón para arrepentirme; lo que hice, esta bien hecho". Por otra parte, es reflexivo, medita bien las decisiones que debe tomar; es reservado y correcto en el trato con amigos, colegas y familiares; es cuidadoso de su presentación y lento para hablar. Es cohibido para demostrar su afecto y se guarda como "privado", gran parte de sus emociones y problemas personales, de modo que su propia esposa se queja de que es poco comunicativo. Domina sus impulsos muy bien, salvo en un solo caso, cuando Elena cambió de casa contra su voluntad. Ella describe el efecto así: "Le dió una rabia tan grande cuando vio que me habia venido a Arica, tan grande, como una locura que le invadió: hizo tira a todo lo que le llegaba a la mano, todo, todo; con las tijeras cortó mi ropa, las sábanas, las toallas, todo; mis papeles, carnet, todo. Realmente no tenía nada más, fuera de lo que tenía puesto. Seguramente quiso que no me fuera al Sur, a mi gente; y así no podía viajar tampoco; porque él sabe que no me echo para atrás cuando estoy decidida. No me fui más a Lluta. Ahora, cuando llega con rabia, le sirvo igual no más, sin hablarle, y si no quiere comer,

me llevo la comida de vuelta a la cocina. Cosa de él, no más. Pero yo guardo mis cosas. Las escondo. Porque me da miedo que le pueda dar una locura así tan grande. Si le da por hacer tira las cosas, quedo otra vez con los brazos cruzados. Pero siempre le cumplo con mis obligaciones". Así cuenta el choque más fuerte de su matrimonio.

Adolfo se identifica mucho con su padre, por quien tiene un gran respeto y hasta veneración, aunque siente a veces, vergüenza por sus modales demasiado rústicos. Se identifica con los problemas de los obreros rurales de Bolivia, que trabajan en los valles de Arica, pero se siente decididamente chileno. En política, él y toda su familia, son más bien de derecha, pero nunca se abanderaron en ningún partido; el valor de la tierra, para Adolfo y para Don Hilario, es de mayor categoría que cualquier otro valor de tipo ideológico-político. Adolfo siente gran deseo de hacerse cargo, posteriormente, de la chacra en Lluta, y explotarla con sus propias manos.

La Fiesta del año 1966, fue particularmente agitada y emotiva para la Compañía de Aica, que se presentó en el Santuario después de tres años de receso. Fue fiesta de alegría y gratitud por Adolfo que había recuperado la salud y que venía con sus padres, todos profundamente agradecidos, para cumplir su manda.

La Sra. Isabel, tan sobria para fiestas, cumplió con respeto y dignidad su promesa, casi con una actitud de recogimiento y contemplación. Cuando se encontró, después de casi cuarenta años, nuevamente con la virgen Santísima, todo le pareció tan diferente que creyó estar en otro santuario. Un templo nuevo de madera, que se empezó a construir en 1956. Tres corridas de casas, construidas de adobes, cañas y barro, después de la última venida de aguas, llenaban la quebrada. Y, quién se habría imaginado el lujo de una casa grande de concreto y de dos pisos, que los Alféreces se habían construido. Algunos comerciantes ya estaban imitando su ejemplo y tenían amplios comedores de bloques y concreto semi -terminados, para servir comidas a precios muy elevados. Como mujer de negocios, Isabel comprendía que los precios tenían que ser altos, por el problema del transporte ya que todo había que traer a lomo de mula. Pero se dió cuenta inmediatamente del gran negocio que ellos hacían en las semanas de la fiesta. Pero tanta gente... Había

tanta gente que hubo que hacer cola para saludar a la Virgen. Se sentía ahogada en las callecitas polvorientas y repletas de peregrinos. Total no le gustó mucho la fiesta por la gente, que venía para divertirse, al parecer, y que no mostraba el debido respeto, ni en el templo mismo. Sin embargo, con mucho cariño y corazón agradecido, fue a saludar a la Virgen junto con su esposo e hijo.

Para Don Hilario la fiesta tampoco era como antes. Esos días sintió nuevamente y con hondo dolor, la ausencia de su hijo Santos. Lo añoraba mucho en el santuario, aún sin que nadie hablara de él. Más bien evitaban pronunciar su nombre. Le parecía que la compañía sin su hijo había perdido su brillo. Ya no se escuchaba su voz sonora y armoniosa que cantaba:

*“Adios Virgen de Las Peñas,  
me voy con tu bendición...”*

Una noche, Don Hilario soñó con él hasta tres veces. Le parecía que así su hijo quiso hacerse presente y fue un consuelo haberlo visto y escuchado en sueños.

La compañía se presentó ese año más chica que nunca, apenas contaba con 14 bailarines por lado. Varios antiguos músicos se habían ido a su país. No se había agregado gente nueva, y los músicos que quedaban no sabían tocar bien como antes. Los demás dedicados al trago: Yunga, Molina y Baso, estaban muy envidados y bebieron mucho en la fiesta. Le costó mucho a Don Hilario vigilarlos. Fue tan malo el comportamiento de los tres, que la compañía tuvo que presentarse, el último día, sin ellos en la procesión. Baso se enojó cuando dieron su bombo a Aranibar, pero Don Hilario dijo que “El Aurdo”, tocara el bombo no más. Por todo esto los músicos no tenían el entusiasmo de antes. Hilario decía: “la gente ya no tiene fe...”

A la hora de la despedida estaba allí Edelberto Baso. A pesar de sus largos años de fiel servicio en el baile, presentaba, en ese momento, el lamentable aspecto de su decaimiento físico por el trago; y su terno azul con el que bailaba estaba manchado y sucio, completamente ebrio y resentido por el castigo de suspensión, dijo en alta voz en el templo, al despedirse de la Virgen: “Me voy y no vuelvo más”. A la Sra. Isabel le

dió escalofrío cuando lo escuchó. Tanta falta de respeto fue comentada por la gente de otras compañías y levantó críticas duras contra la tropa de Aica. “Una tropa de borrachos...”, decían. Hilario decía solamente: “Ese es tonto, es un bruto, no más. No sabe respetar a la Virgen en su propia casa”.

El castigo no se dejó esperar para Baso. Apenas 300 metros había caminado para abajo, cuando, al cruzar el río, pisó mal y cayó pesadamente, fracturándose una pierna. Tuvieron que llevarlo en camilla el largo camino de 6 horas, hasta el paradero, donde llegaban los vehículos. Así terminó Baso, el poeta de la Compañía, desprestigiando sensiblemente la tropa de Aica. Baso no volvió más.

Después del viaje, varios socios y entre ellos los Canchaya, criticaban a los músicos. Decían que no querían seguir con esos borrachos, y que mejor sería recibir bailarinas, porque las señoritas tienen más respeto. La Sra. Nieves de Canchaya era la que más hablaba. Quería reorganizar el baile. Parecía tener un plan de reorganización ya trazado: tenía que ser una sociedad con directiva elegida por la asamblea y un baile mixto. Aseguraba que no faltarían señoritas que desearan ingresar. Para empezar contaba con sus tres hijas.

Don Hilario no hacía caso a esas conversaciones. Simplemente cumplió con la ceremonia de la bajada del Altar a la que invitó como de costumbre a toda su gente a las bodas con que finalizaba la fiesta de la Virgen, el octavo y el año, “de acuerdo a su modo y costumbre”. La gente habladora se fue y no verían sus caras hasta la primavera del próximo año.

Ese año, 1967, no fue mejor para la Compañía de Aica. Parecía que ya no tenía la atracción de antes para los jóvenes. Tal vez porque quedaban pocos tocadores de zampoña en los valles. Además para Don Hilario, los gastos que acarreaba la fiesta con toda la tropa, resultaban cada vez, más elevados y onerosos. Por este motivo fue que la Sra. Isabel apoyaba a la Sra. Canchaya, quien no se cansaba de abogar por una reorganización. Ella tenía la esperanza que, una vez constituida la sociedad, se pudieran pagar todos los gastos con las cuotas de los mismos socios y que así también, se terminara con el abuso del trago

en la compañía. En el santuario mismo, la Sra. Nieves prosiguió su campaña con mayor intensidad, y buscaba alianza con todas las señoras, y con todos los que por cualquier motivo estaban resentidos. Hilario dijo: “Allá en Arica hablamos, que todos hablen, entonces se verá que hacemos...”

En el invierno 1968, se llamó a reunión para iniciar el nuevo año de ensayos y preparación a la fiesta. En esa reunión, la Sra. Nieves se movió mucho para convencer a la agente de la necesidad de reorganizar la compañía. Sus argumentos fueron, que ya no se veían zamponas en el santuario, que todos tenían banda de guerra; que ya era anticuado estar allá con las cañas, que daba vergüenza escuchar los comentarios de la gente. Don Hilario escuchaba no más, sin hablar; pero sus parientes y especialmente su hijo Adolfo se sintieron mal por esas palabras ingratas para el Jefe, que por tantos años había llevado todo el peso de la compañía, y con tanta dedicación y cariño. Adolfo preguntó a la Sra. Nieves: “Usted sabe cuanto se paga por arrendar una banda de guerra”. Ella no tenía idea: “Este año ‘Azapa’ pago \$ 800.000 pesos, para los músicos no más”. Se refería a la compañía de Baluarte del valle de Azapa. Ante esa suma fabulosa, la Sra. Nieves no se dió por vencida, sino cambió de táctica, diciendo: “En la compañía se está gastando mucho para los músicos, porque Don Hilario debe pagar comida, trago y aún el pasaje para todos los músicos. Es mucho para una sola persona. Si es sociedad, con las cuotas ayudamos todos a pagar por la banda. Es preferible que la banda sea pagada, para no estar sirviendo trago por tres días”. Y volvió a insistir: “Hay que buscar nuevos socios y bailarines, si no hay hombres, hay que dejar que las señoritas bailen también. Así se hace grande el baile. Hay que hacer un traje más bonito. No es para lucirse no más, pero ustedes saben, que se llama la atención por el traje, y así se atrae la gente joven al baile...”

La asamblea se cansó de escuchar las palabras de la Sra. Nieves, que parecían no tener fin. Los ancianos-Aica, Cayconte, Canchaya-escuchaban silenciosamente y sentían la devaluación de su régimen. Las señoras en su mayoría apoyaban la idea que la compañía fuera mixta, pero más de una, movida por pena y piedad, defendía el status quo. Don Pedro, siempre listo para apoyar las innovaciones y la opinión del más fuerte, para abanderarse luego de la victoria, se inspiraba más en su

acostumbrado oportunismo que en ideas propias y originales, cuando hizo un gran discurso en apoyo a la Sra. Nieves. Con su estridente voz de tarro roto gritaba finalmente con exclamaciones dramáticas: "...Por eso yo, como uno de los más antiguos bailarines, y que he visto tanto en los años pasados, como surgían las otras compañías, una tras otra, y como ha luchado mi padrino, aquí presente, en el santuario y en el puerto, para llevar adelante a esta compañía.. Yo he ido 34 años al santuario con él. Por eso, en este momento quiero hacer un voto para que se considere lo que aquí la Señora está proponiendo. Que se "renueve" esta compañía, que tenga "sangre joven", que sea "grande", que sea "moderna y dinámica". En homenaje a mi padrino, Don Hilario, lo digo y le ruego a la asamblea: Démosle un voto de confianza a la Sra. Nieves que se ha sacrificado tanto para nuestra compañía, que ella busque un traje nuevo para renovar el baile. He dicho..."

La gente dio el "voto de confianza" para llegar a un término de la larga discusión y para poder irse a su casa. Don Hilario, dueño de casa y del baile, no se sintió ni ofendido ni amenazado. Gozaba de suficiente respeto y veneración para no quedar marginado con sus músicos. A Hilario no le importaba si era compañía o sociedad, tampoco si había directiva o no, cuotas o no; por último, ni le importaba si era mixto o sólo de hombres. Sólo la tropa de zampoñas tenía que seguir, si no en la fila, como banda musical para el baile.

Quince días después hubo una nueva reunión. La Sra. Nieves se había movido bastante. Llegó a la asamblea con gran número de socios y socias que en otros tiempos no aparecían: los trajo después de haberles convencido que la compañía tenía que renovarse y ser mixta. Silenciosamente, pero cargada como bomba de tiempo, se sentó a esperar el comienzo de la reunión con un paquete grande sobre las rodillas que guardaba una sorpresa. Don Pedro, su alidado locuaz en la cruzada, le dió oportunidad, introduciéndola con una larga y elogiosa charla y estimulando la curiosidad de la sala, por el traje que la señora tenía pensado para las señoritas bailarinas.

Doña Nieves que había estado inmóvil hasta ese momento, recobró vida con un suspiro y dijo: "Allá, en una fiesta en Tacna he visto un traje muy lindo de un Baile Moreno; todo en los colores nacionales. Por eso,

ya que estamos en Chile, he pensado que podría ser en Rojo, Azul y Blanco. La camisa tiene que ser blanca, capa azul con las estrella blanca sobre la espalda, patalones rojos; todo en raso doble. Para las señoritas, falda larga, también roja. He traído ésto, para que ustedes se formen una idea...”

Se acercó a la mesa con la caja-sorpresa. La abrió y mostró una muñeca que ella había vestido con el traje descrito anteriormente. La gente maravillada y entusiasmada por el trabajo primoroso de la señora, se dejó convencer inmediatamente y sin más palabras, de que era un traje espléndido. Don Pedro la felicitó dramáticamente, y pidió un voto de aplauso para la señora. El ahijado de Don Hilario, presidente de una cooperativa, sabía como hablar en reuniones.

Por la presentación de la muñeca vestida, el traje nuevo de colores nacionales fue aceptado, y con el traje, la compañía se hizo automáticamente mixta. Todos los bailarines tendrían matraca. Los músicos ya no estarían en la fila, sino en adelante, se ubicarían al lado, mirando a los bailarines, como corresponde a la banda de acompañamiento. Con ésto, Don Hilario, no se sintió mal; al contrario, se divirtió y le gustó el ánimo y el entusiasmo de la gente. “Ahora quieren así... ji...”, eso fue su único comentario después de la reunión. En el fondo, para él y sus viejos compañeros no cambiaba nada: seguirían con sus ensayos, sus convivencias, sus viajes al santuario. Hilario los atendería como antes, dejando todo lo que es de ensayos de baile y de reuniones y trámites a otros. Don Samuel Canchaya, fue presidente de la Sociedad; Adolfo Aica, su tesorero y la hija del presidente, ocupó el puesto de secretaria. Adolfo representó, desde entonces, el baile hacia fuera en las reuniones de la Asociación de Bailes Religiosos y ante el Obispado. De ahí fue un solo paso a encargarse también de los trámites y diligencias del baile, ya que la secretaria se quejaba continuamente que su trabajo en ENTEL, no le dejaba tiempo para eso. En esa forma, Adolfo llegó a remplazar a su hermano Santos en todo lo que podía; todo menos bailar y cantar, porque su salud, bastante delicada, no se lo permitía. Enseñar las contradanzas, los cantos y las demás ceremonias a la gente joven, era el trabajo de Don Ezequiel Cayconte, Caporal, como antes, y de Don Pedro Rivera, el primer guía y bailarín más antiguo.

Se presentaron muchos nuevos bailarines, jóvenes y niños, hombres y mujeres. Pronto hubo 18 personas “por lado”, es decir en cada fila; descontando los músicos que ya no bailaban en la fila. La Sra. Nieves, que vió sus esfuerzos premiados con éxito, trabajó mucho, ese año, en la cobranza de las cuotas fijadas para socios y bailarines-quedando exentos los músicos-y en los beneficios: unas rifas y un baile social en los días de Fiestas Patrias para reunir fondos, tan necesarios para comprar el género para los nuevos trajes. Unas señoritas bailarinas que sabían costura, los confeccionaron. Otras, que eran buenas en bordado, adornaron las cintas de seda blanca con flores de brillante colorido, de piedras de fantasía, y la inscripción “Viva María”. La asamblea decidió agregar la cinta tradicional al traje diseñado por Doña Nieves, “porque siempre había sido así”, y “porque todas las compañías en Las Peñas llevaban su cinta”.

En el Santuario, la renovación de la compañía de Aica, obtuvo los comentarios favorables de las otras sociedades. Por su parte los caporales y dirigentes reunidos allí con el Padre Braulio, para acordar los horarios de servicios y los turnos de salutations y contradanzas, comentaban con una sonrisa benévola la sobrevivencia de la banda de zampoñistas, apreciando su asistencia y actuación como una reliquia venerable y un adorno más, y perdonándoles la costumbre de “chantar” continuamente las cañitas con alcohol. Trataron a Don Hilario, con el respeto y veneración que había ido creciendo con los años. En esa asamblea anual del Santuario, Aica valía como historia viva y como la encarnación de las tradiciones sagradas y venerables que todos pretendían continuar. Hilario por otra parte, terco como siempre frente a las innovaciones y al “lujo”, que se veían cada vez más en el santuario, y persistente en su juicio poco favorable sobre la actuación de los Alféreces de Las Peñas que eran los responsables de esas desviaciones, no dejó de criticarlos.

Conversando con otros caporales, decía: “Los Alféreces, que hacen. Antes regalaban un cordero y un trago de vino a las compañías. Ahora no hacen más ese cariño. Ni agua. Ellos no quieren ver los bailes, quieren que se vayan lejos. Pero los bailes hacen la fiesta. Ellos quieren que hagan su saludo a la Virgen, no más; y de allí que se vayan a su casa. No quieren baile afuera, en la plaza y en la calle. Dicen que limitan el tránsito. Pero los bailes hacen la fiesta y los alféreces no hacen nada

para el santuario. Sólo se llevan el dinero. El cura no dice nada, porque viene pagado (por los alféreces). Hay que decirles que deben dar cuenta en que gastan el dinero del santuario. Tanto para esto, tanto para esto... Será mejor que las compañías manden el dinero de la Virgen”.

“Pero ¿Cómo papá?, nunca van a soltar”, le responde su hijo Adolfo.

“Hay que hablar con los curas (para exigirselo)”.

“No lo creo. Los curas están en favor de los alféreces, y contra los bailes”.

“Conmigo no quieren hablar, porque dicen, con el viejo Aica no se llega a nada”.

“Menos mal que se reconoce”, dice Adolfo, riendo.

Los socios del baile, sobre todo los parientes de los niños y señoritas que bailaban ese año por primera vez, se dieron cuenta que estaban en un baile pobre. Los esfuerzos para reunir fondos no habían alcanzado para pagar ni siquiera el pasaje al santuario y menos para la comida, aunque Don Hilario, como de costumbre se hizo cargo de los músicos. Los socios antiguos añoraban el sistema anterior en que subían al santuario con todos los gastos pagados por el dueño de la Compañía, y con buena casa en el santuario para alojarse. Doña Nieves, defendía el nuevo sistema, argumentando que este primer año hubo que hacer grandes gastos por el traje y que el próximo año sería mejor. Para los músicos no había cambiado nada, porque Aica los traía y como siempre estaban alojados sobre buenas esteras de totora, en la casa de la Sra. Santos, tía de Doña Isabel. Fuera de sus obligaciones de acompañar a los bailarines en todas sus presentaciones, ellos hacían su bailecito aparte, por puro gusto, ejecutando una ronda o un trotecito. La “Bajada del Altar” terminó como siempre con una comida colectiva-llamada Bodas-en el garaje de la casa de Aica. Pero los socios tuvieron que comprar esta vez su “tarjeta de adhesión”, como era costumbre en todas las sociedades.

En Diciembre del siguiente año, 1969, la compañía fue al santuario con filas más largas, sin embargo el número de niños chicos entre los bailarines aumentó y los bailarines adultos, por eso, perdieron entusiasmo. El mismo Don Pedro, orgulloso en un principio por el traje tan vistoso, faltaba cada vez más a los ensayos. No carecía de palabras para justificar su ausencia: tenía que atender una “delegación de Codpa que llegó a su casa, hacer trámites para “su gente” (los codpeños) o dirigir una reunión de la cooperativa del Ferrocarril; todas las semanas tenía que asistir a las reuniones de su partido, el Partido Comunista que se preparaba a la campaña de las elecciones presidenciales.

Los socios, papás y mamás de los niños bailarines, se liberaron cada vez más de la tutela de la Sra. Nieves, y tomaron decisiones en materia de beneficios contra su voluntad y gusto; decidieron también destinar el fondo para un segundo traje, sencillo, para usar en el día de la víspera y antevíspera de la fiesta, y así guardar el traje de gala para mayor brillo de la fiesta misma. El “sencillo” era, para los hombres un terno azul con camisa blanca y cinta bordada (o “terciado”) de seda blanca cruzada sobre el pecho; y “para las damas”, un vestido largo, de color celeste y bastante sobrio, completando también con el terciado de seda. La Sra. Nieves que perdió ser la primera en esta iniciativa, se conformó, al final, con esta nueva conquista de la sociedad, pero su dinamismo y entusiasmo para el baile habían disminuído considerablemente, y no dejó de recordar a los socios que por el segundo traje tuvieron que pagar nuevamente todos los gastos de viaje y estadía en el santuario.

En el año siguiente, se acercaron más socios nuevos. En las reuniones del baile solía discutirse larga y a veces, acaloradamente. Algunos socios de carácter más pacífico, se quejaban de eso y daban a conocer su malestar: “ésto ya no parece sociedad religiosa, sino sindicato o partido político. Cada uno tira por su lado, no hay unidad”. Fue en ese año, 1970, que también la Sra. de Díaz se inscribió con su familia, como socios en el baile. Ella se movía mucho en todo tipo de reuniones políticas, y de eso, traía un estilo polémico que, junto con su carácter dominante y su lenguaje vulgar y ofensivo, levantó más de una vez una tempestad de fuertes discusiones, y causó el retiro de varios socios. Así también criticó sin consideración a la Sra. Nieves y su familia por “mandarse la parte”, y tanto, que ésta se sintió ofendida y dijo que quería presentar su

renuncia al baile. Los demás socios tuvieron que hacer un gran empeño para convercerla que no se fuera, porque la necesitaban en el baile. La Sra. se quedó, pero nunca se hizo amiga de su rival. Esta, hermana de la nueva Alcaldesa de Arica, dedicaba más tiempo a “trabajo político”, o como decían las socias del mismo barrio, “a revolvérsela”, en los Centros de Madres, en la Junta Vecinal y posteriormente también en las (JAP), Junta de Alimentos y Precios. Don Pedro se callaba o defendía a su correligionaria política, porque eran del mismo partido.

Actuaba también en primer plano, la Sra. Flores, que en 1971, fue elegida como primera directora. Era la suegra de Hugo Gómez, hijo, y la segunda esposa de Marcelino Cohaila, antiguo miembro del baile. Era comerciante de textiles en la feria, y viajaba continuamente a Tacna, La Paz y Santiago por su negocio. Profundamente religiosa, se dedicaba con todo cariño a sus responsabilidades en el baile con un espíritu de servicio y disponibilidad buscando siempre la comprensión y armonía. Sabía callarse y cuando hablaba lo hacía lento y bien pausado, su tarea era vigilar por el orden y la buena conducta de los bailarines durante ensayos y en el santuario. Ayudó mucho al presidente Canchaya, aunque tuvo que sufrir varias veces los ataques y críticas de su esposa, la Sra. Nieves, y de la Sra. de Díaz. La Sra. Flores mantenía muchas costumbres religiosas de su país, Bolivia; así tenía un quirquincho embalsamado, al que hacía ofrendas para la suerte en el negocio, y un keko, un enanito del pateón altiplánico, cargado de mercadería, para asegurar la abundancia en su casa. También veneraba al “Niño Andarín”, una imagen del Niño Dios, que pasaba de casa en casa; y para la Pascua, solía armar un pesebre con unos 1.500 elementos de adorno, mayormente artículos de uso, muebles, casas, autos, todo en miniatura, pero también animales, muñecas, flores, luces, etc. etc., de modo que ese pesebre ocupaba una pieza entera de su casa.

Las reuniones en la sociedad se alargaban y se multiplicaban como por un vicio de locuacidad progresiva. Las discusiones versaban sobre el organizar, o no, un beneficio, luego si convenía, o no, que fuera un baile social; cuando sería fecha oportuna; después si el baile se hacía en el local del sindicato de taxistas o de la junta vecinal; después que orquesta convenía más; los precios; la forma de cooperar, etc. etc. Después del beneficio se criticaba largamente los errores, la poca cooperación, las

personas que no vinieron a ayudar y que no habían vendido las tarjetas de entrada a que se habían comprometido. Se interrogaba al tesorero hasta sobre el último centavo; pero Adolfo, felizmente, era muy puntual con el dinero de la sociedad y como cajero del Banco del Trabajo, no le era difícil tener las cuentas al día. Los problemas más latosos que se ventilaban en las reuniones eran que fulano no pagaba su cuota social- en dinero o víveres- y sin embargo, se le permitía “beneficiarse igual no más”, de las facilidades que la sociedad ofrecía a sus socios. Este tipo de críticas se multiplicaba al acercarse la fecha del viaje: para unos, el atraso en las cuotas era motivo para no llevar a la persona; mientras que otros intervenían y abogaban “que la señora era antigua en el baile” y “que tenía muchos niños”. Especialmente la Sra. de Díaz era muy habladora y terrible en sus críticas.

Estas eternas discusiones en la asamblea, celebrada todos los Domingos, de Julio a Diciembre, fueron motivo que todos, sin excepción, se quejaron de la falta de unión; y del permanente cambio en la lista de socios que entraban y salían de la sociedad.

Las familias más antiguas, sin embargo, soportaron este suplicio y siguieron en la compañía por su larga tradición y su cariño al baile y al santuario: Los Canchaya, Los Aica, Los Cohaila, Cayconte y Quispe; Gómez y Rivera. La turbulencia de las reuniones no afectó nunca a los músicos que, fieles como siempre, venían a los ensayos para después, cuando comenzaba la reunión, retirarse con Don Hilario a comer, conversar y tomar vino tinto. Su número no disminuyó tampoco, y aún aumentaba con nuevos parientes. Decían: “Con Aica siempre vamos bien”. No faltaban invitaciones que llegaban a Don Hilario y la banda de zampoñas y que recordaban los tiempos antiguos. Beltrán, garzón en el tren Arica-La Paz, traía todos los años una nueva tropa de cañas por encargo de Don Hilario. No le faltaba la oportunidad de pasar en contrabando el famoso pusitunka, o un tarro de alcohol casi puro, de caña de azúcar, que es parte integrante del ceremonial. “Mata-indios”, llamaban irónicamente este alcohol. Beltrán hacía “gauchadas” para todos los amigos de la banda. Y otros, como Máximo y Rosendo, hacían también viajes a su patria, Bolivia, con mercadería chilena. Llevaban radio transistores, grabadoras, televisores e instrumentos ópticos, que en ese tiempo dejaban buena ganancia. En camión hacían el viaje “para

arriba”, y allí seguir a pie por los caminitos que sólo ellos conocían, luego juntarse en un punto acordado, al otro lado de “la raya”, donde un camión boliviano los esperaba. El trabajo en las chacras del valle ya no era interesante, porque el escudo chileno no tenía valor para el boliviano, solamente los propietarios y medieros seguían en la espera de tiempos mejores. Para ellos, los tiempos eran difíciles. Ahora más que nunca recurrían al “viejo león”, Hilario Aica.

Así lo hizo también Jacinto, quién trabajó 16 años como mediero en la chacra de un tal Maldonado, en el valle de Azapa. En la primavera de 1971, la CORA - Corporación de la Reforma Agraria - inició los primeros pasos para expropiar la chacra al dueño que no la trabajaba, lo que amenazaba a Jacinto con cesantía. En el sindicato de propietarios dijeron a Jacinto: “siembra no más, te ayudamos”, utilizándolo como palanca en su política antigubernamental. El mediero consultó con la CORA, donde un funcionario le dijo lo mismo: “prepara la tierra no más”, de acuerdo a la política de aumento de la producción agrícola. Jacinto, con señora e hijos, trabajaron mucho; sembraron, porotos y tomates: primero los almácigos, después transplantar las matas y encañarlas con totora fina; tuvieron la chacra limpia, bien regada, y la cosecha era prometedora. Cuando llegó el tiempo de esta, Mayo de 1972, se publicó el decreto de la expropiación inmediata. Jacinto vio su inversión y trabajo de un año amenazado. Los del sindicato decían que no podían hacer nada, y la CORA, le ofreció solo \$60.000 escudos como indemnización. Buscó consejo y auxilio donde Hilario “ Sembré tomates y ahora quieren quitarme todo. Están encañados y lindos: así los tomates. No entró ni un solo gusano”. Jacinto estaba afligido y lloraba. Aica lo llevó en su vieja camioneta a la chacra para ver la cosecha y dijo: “ ¿Qué \$ 60.000 es nada. Tiene que ser \$ 200.000. Y tu señora? “. “Se fue a Bolivia con los niños estaba llorando no más. Se fue a ver si podía volver a trabajar allá”. Los dos fueron al Cónsul Boliviano, pero les dijo: “No puedo hacer nada. Si se trata de casa, sí; si se trata de tierra, no”. Dijo Hilario a Jacinto: “A la CORA, nadie puede oponerse. Tienen en Santiago, una ley muy poderosa. Por eso hay que hacerse amigo de ellos. Vamos a ver al abogado de la CORA. Pero tú tienes que hablarle como valiente boliviano. No hay que decirles muchas palabras. Hay que decir solamente: “Yo soy boliviano, vendí mi casa en Bolivia y vine a

trabajar la tierra para los chilenos. Hace 20 años trabajo la tierra. No tengo interés en la tierra; sólo quiero sacar mi cosecha. He trabajado con mi gente todo el año. Mire que están lindos mis tomates. Es una mesa puesta para almorzar. No tengo interés en la tierra, sólo quiero sacar la cosecha. No sé en que quedamos los bolivianos". Así hay que hablarles, no más. No hay que estar calladito, como los demás. Hay que hablar firme. No dejar que se pongan orgullosos contigo".

Nuevamente se embarcaron en la camioneta, Ford 1934, y fueron a ver al abogado. Aica lo saludó en su manera cordial y poco culta del campesino. Era toda una sonrisa, cuando le dijo: "Tanto tiempo que no vienes a mi chacra a comer asado. Domingo tienes que venir, porque hemos bajado la Cruz ( ). La banda toca bien, y va a ser buena fiesta. "Tuteaba al abogado con familiaridad inoportuna, como siempre hablaba, pero no podía caer mal con esa invitación tan rústica como acogedora. "Este es mi primo Jacinto. Toca bien la zampoña, pero tiene problema con los tomates", y dirigiéndose a Jacinto: "Oye tú, cuéntale".

Jacinto empezó; animado por la presencia de Hilario: "Yo soy boliviano... "El abogado fue a ver los tomates y consiguió que el decreto de expropiación viniera con la indemnización correcta de \$ 210.000.-

El baile se había modernizado, cambiado totalmente de socios y de ambiente, pero la banda de Aica siguió como antes ofreciendo amistad de compañero; un ambiente cultural y religioso propio; una protección real contra todo peligro que amenaza al inmigrante del altiplano boliviano, que trabaja los campos chilenos como "indocumentado", sin protección legal y expuesto a todo tipo de abusos. Los socios y bailarines de la compañía, por su lado, especialmente la gente nueva no tenía contacto social alguno con los músicos. Ellos siguieron en el estilo democratizado de las demás sociedades religiosas de Las Peñas. Sin ser un grupo tan homogéneo y constante como la banda, constituía más bien una asamblea de gente con una misma fe en la Virgen y con una devoción y obligación similar pero privada, hacia Ella. El interés común del peregrinaje y la manda de bailar los tenía reunidos en la sociedad, movida por la virulencia de las discusiones y la fuerza imperiosa de las votaciones y aclamaciones. En la historia de la compañía de Aica, se muestra no sólo la renovación de un traje, sino todo un proceso de

cambio religioso-cultural que ha vivido el santuario popular de Arica y los 20.000 feligreses que visitan la Virgen de la quebrada de Las Peñas en busca de socorro, en sus necesidades y angustias.

## 6. UN DÍA DE TANTOS

“Viernes, 01 de Diciembre de 1972, la Sra. Isabel se levanta, como siempre, con la luz del día para barrer la cocina, el garaje-comedor y la parte del patio que le corresponde. Ya puso una gran tetera llena de agua, a hervir en la cocina de gas licuado, para el desayuno. Una hora antes, a las cinco de la mañana, Chito se había levantado para ir “al pan”, porque hay que hacer cola para conseguirlo. Chito, soltero de unos cuarenta años, es peruano y vive en Tacna, pero pasa varios meses al año en casa de los Aica, por amistad, y porque se aburre en su casa donde la madre lo “mandonea”. En casa de Aica, Chito hace las veces de mayordomo, sea en Arica, sea en la casa en el valle de Lluta y nunca le falta trabajo. Esta vez llegó a principios de Noviembre, para subir como en otros años al santuario. Volverá a Tacna tal vez en Enero o Febrero. Chito es algo ingenuo, pero muy servicial y siempre dispuesto a ponerle el hombro donde falte. Ya son las siete pasadas cuando llega con la bolsa llena de “pan especial”.

La Sra. Isabel limpia cuidadosamente la gran mesa redonda de comedor con un paño mojado, ya que siempre cae polvo del techo que es una sombra de cañas. En seguida le sirve a Chito su desayuno de té y pan con mantequilla y aceitunas. La radio a transistores que está sobre la misma mesa trasmite las noticias locales de la mañana, con una gran cantidad de avisos comerciales; luego vienen los comentarios políticos. Isabel y Chito toman su desayuno juntos y casi en silencio. El único ruido que se escucha es de la radio y el “pío-pío” de unos pollitos que desde temprano andan buscando comida en la cocina y el comedor.

En la pieza de al lado se escucha a Adolfo que se levanta y se viste, y luego corre el agua del lavamano donde se lava.

Cuando aparece en el comedor, saludando con un “Buenos Días”, Chito se levanta inmediatamente de su asiento para servirle té caliente y Adolfo se sienta a la mesa. Chito saca dos panes más de la bolsa que cuelga de un clavo en la pared, y se los pone en la panera de plástico. En seguida se sienta para seguir con su desayuno.

“ ¿Traen carne, mamá?”, pregunta Adolfo rompiendo el silencio.

“Ya no más, van a traer. Me toca cuatro cuartos”, le responde su madre. Vuelven a tomar su té en silencio. Chito termina primero. Se levanta diciendo: “Provecho”, y lleva su taza y plato chico a la cocina. Luego sale al patio a buscar la escoba y barre la acera de la calle. A los pocos minutos, abre ambas aleras del portón del garaje para permitir la entrada a Don Hilario que llegó en su camioneta desde Lluta. El vehículo entra con un ruido infernal, botando humo y vapor por las hendiduras del capó. Los largos años de uso en la chacra y los pésimos caminos de treinta y cuarenta años atrás, lograron hacer desaparecer casi totalmente el color original, celeste, y gran parte de la carrocería ha sido cambiada, poco a poco, por tablas y terciados en reparaciones provisorias que resultaron definitivas. Los tapabarros se afirman con alambres y los parabrisas consisten en un pedazo de vidrio que no tapa más que la visera del chofer, dejando su acompañante expuesto al viento.

Cuando Don Hilario corta el alambre del contacto eléctrico, el motor cae en un silencio y solo se escucha el silbido del agua hirviendo que sale del radiador. Dificultosamente baja el chofer por su corpulencia, vejez y reumatismo, y busca una fuente que coloca bajo el radiador, que está roto y pierde, poco a poco, toda el agua. Temprano había partido de la chacra, como todos los días, para entregar tres sacos de choclo fresco en el mercado, donde un amigo atiende el puesto de venta de verduras, que arriendan los Aica. Como única carga trae ahora dos tambores vacíos de 200 litros, que sirven para acarrear agua potable ( ) de Arica a la chacra. Don Hilario saluda y se sienta a la mesa para que le sirvan también su desayuno.

Quique, el niño mayor de Paulina y Marcelino-parientes de Don Hilario, que viven en las piezas de madera del patio- ha escuchado la llegada de la camioneta. Entra corriendo en el garaje comedor por la puerta del patio que siempre está abierta, e imita con su voz estridente los ruidos del vehículo: “Brr, ..Brrrrrrr ...” Corre, manejando su coche imaginario dando vueltas y vueltas por todo el garaje, sigue por la pieza de al lado que es el dormitorio de Adolfo y su familia, y despierta a Fanny con un golpe fuerte en la cara. Sin esperar la reacción de la niña, sigue su carrera y vuelve al patio de donde salió. Fanny grita y llora de susto y dolor. Le sale un poco de sangre del labio. Elena se levanta

para consolarla. La lava, viste y peina. Adolfo no se mete. Sólo dice a su padre:

“El chivatito -así es el apodo del niño- se está poniendo muy atrevido”, y sigue tranquilo con su desayuno.

Don Hilario no le responde. Chupa su té caliente, soplando y con bastante ruido. Cuando la Sra. Isabel sale de la cocina, le dice su marido:

“Tengo que irme al tiro. La Rubia va a parir”.

“Ya está por parir”, le responde su señora, siguiendo su camino a la carnicería.

La “Rubia” es una de las vacas.

Chito, que ha terminado de barrer, llena ahora los tambores con agua con una manguera, que sale de la llave de agua que se encuentra contra el muro del garaje. Cuando ve que Adolfo también terminó de tomar su desayuno, lleva el servicio a la cocina y empieza a lavar la loza. Después sale a la Feria para hacer las diligencias para la cocina, según las instrucciones de la Sra. Isabel.

Elena sale con Fanny del dormitorio, saluda y obliga a la niña a hacer lo mismo. Esta lo hace contra su voluntad, porque está enojada todavía por el golpe que le dió Quique. Elena sirve té para Fanny y para ella misma en la cocina. Después de unos minutos, Fanny sale y vuelve al comedor:

“Papá Hilario, me lleva para Lluta”, pregunta a su abuelito.

“Voy para Azapa, no te llevo”, le responde éste.

La niña, de cuatro años, se quedó mirando un rato, y dice: “Porque me mientes, papá Hilario”.

“No te miento yo”.

“Porque entonces tienes los tambores llenos de agua”.

“Me ganaste”, dice Don Hilario, riendo por la viveza de la niña; “Bueno, te llevo, ya”.

Desde la cocina, la llama Elena: “Fanny, ven a tomar tu té”.

Adolfo dice a su padre:

“Cuanta carne quiere usted para llevar al Santuario”.

“Con treinta kilo está bien. Quiero doce pollos también”.

“...porque ya no más traen la carne”.

Su hijo entra nuevamente en su dormitorio para un último arreglo de su pelo y uñas, y parte a su trabajo vestido con corbata y vestón, a pesar del calor que ya se hace sentir en la calle. Antes de cerrar la puerta del garaje, saluda a su padre que es el único que en ese momento está en la sala y que sigue con su desayuno. Un poco más tarde, cuando Doña Isabel sale de la carnicería, le sorprende ver que su marido se levanta con dificultad de la silla donde está sentado.

¿Qué tienes?, le pregunta, pues notó su incomodidad.

“Las piernas, y aquí..”, le dice Hilario, indicando sus hombros. El reumatismo le molesta bastante los últimos días. Pero no suele darle importancia.

“Te mojaste, ves. Tienes que decirle a Yunga que riegue. No es para tí”.

“Ese hombre es flojo. Riega con una lágrima. No sirve”.

“Búscate otro, que te ayude con la chacra. Eres demasiado bueno con ese borrachito. Hoy le duele aquí, mañana allá, después amanece tomando; después tiene que salir a hacer diligencias; y cuando te trabaja. Ese hombre es abusivo y tú lo dejas no más”.

Doña Isabel habla casi como si estuviera sola, no espera respuesta y Don Hilario guarda silencio, porque éstas son cosas de él, no más.

En ese momento golpean a la puerta. Isabel abre y saluda cortesmente a la visita:

“Oh... Molina, ¿Cómo le va?. Pase...”

Le deja la entrada y a la vez, ve que llegó el camión con la carne. Se disculpa y se apura para abrir la carnicería y atender al abastecedor. Molina se sienta sobre una banca contra la pared a conversar con su amigo Aica. Poco después pasa Elena por el comedor, lo ve y saludándolo le ofrece desayuno.

“Bueno”, le responde Molina, que parece haber llegado con ese motivo. El hombre viajó ayer, Jueves, a Arica, anticipando el fin de semana, para hacer sus compras mensuales y para iniciar su trago semanal. Hoy regresa al valle, pero es temprano todavía y el punto de descanso, para él, siempre es la casa de Hilario. Este se sienta a conversar de precios y otros temas de interés para los agricultores del valle.

La puerta de la entrapieza se abre y aparece Donato. Pasó allí la noche, acostado sobre una estera de totora y tapado con un poncho. Las huellas de una borrachera son muy visibles por sus ojos aguados y una herida en la cabeza ocasionada por una caída. Ayer bajó a Arica para comprar, porque su señora, Doña Rosa, estaba enferma. En Arica se encontró con Molina, fuerte tomador, y no resistió a la insistente invitación de su viejo amigo, aunque él no soporta el alcohol. Donato saluda a Aica y Molina y se sienta sobre una de las diez sillas que están pegadas al muro. No dice nada, y mira el suelo. Los otros siguen conversando sobre los contrabandistas que traen coca de Bolivia, coca de la montaña, que tiene hojas más gruesas y que es fácil de conseguir. Entra Elena y ve que Donato se ha levantado:

“Buenos Días, Donato, ¿Cómo se siente?”.

Este, sin responderle, pregunta: ¿Dónde guardé las cosas?”.

¿Qué cosas?, llegaste así, sin nada.

“El paquete con las compras”, dice Donato, con ojos vacíos, la voz ronca y cansada. “Son zapatos para Lute y pantalones para mí”.

“Lo habrás perdido en el camino...¿ Se sirve té?”.

“Bueno”; y Elena va a la cocina, para servirle desayuno”.

¿Qué dira la Señora?, te espera con el estrobo, para colgarte, se mete Hilario. “No sabes tomar”.

Donato es un padre y esposo bastante responsable. Es conciente de no soportar el alcohol. Ahora, arrepentido y muy afligido, dice: “Está mal hecho. La Sra. Rosa trabaja, yo trabajo y voy a botar la plata. Muy mal hecho. Tengo que ir a buscar el paquete”. Molina lo había encontrado en el mercado, y lo llevó a tomar junto con otros amigos. Este se acuerda haberlo visto con el paquete, pero no tiene idea, donde lo habrá perdido. Aica dice: “Quienes más estaban allí”.

Elena trae el desayuno para Donato y para Verónica y Rosita. Las niñas se han levantado recién; Rosita, de tres años, hija de Donato, vino con él, y está acostumbrada a la casa de Aica. Luego aparece Quique, desde el patio, y se sienta con sus amiguitas, esperando que le sirvan también. Elena le dice: ¿Y tú, no te dieron té?.

“No”, miente el niño que ya tomó su desayuno con la mamá. “Estoy enojada contigo”, le reta Elena, “pegaste a Fanny, no tienes porque meterte en el dormitorio”. Enseguida le trae té también.

Poco después entra la Sra. Isabel, ahora vestida para salir.

“Buenos Días”, Donato, ¿Cómo amaneció?.

Este, entre dientes, le da una respuesta formal, pero incomprensible.

“Verónica, apúrate; ya vamos”.

“Ya mamá”.

Doña Isabel fue citada por la profesora. Por eso se cambió de ropa y va impecablemente vestida: falda negra que cubre las rodillas; blusa blanca de tela fina y abundante encaje; zapatos negros con tacos altos. Pasa a la cocina y da instrucciones para el almuerzo a Elena. Le agrega:

“Ya no más viene el joven. Dígale que corte la carne. Hay que avisar a la gente que hay venta a las cuatro de la tarde”. ( ).

“Sí, señora, al tiro voy a dejar el aviso en la puerta. Váyase no más. ¿Qué pasó con el termo?, le pregunta.

¡Ah! Esos músicos lo botaron el Domingo. ¿Para qué tienen que estar tomando esa gente aquí en la cocina?. Después no saben quién botó. Así son, nadie se acuerda. Y saliendo de la cocina: ¿Ya, Verónica, terminaste?”

¡Ya mamáaaaaaa!, grita la niña, impaciente.

“Vamos. Saluda a tu papá”.

“Chao, papá, y partieron”.

No pocas veces la niña se pone atrevida con sus abuelos que la crían, pero éstos no suelen retarla ni castigarla por eso. Elena no está de acuerdo con tanta consideración que le tienen los abuelos a su nieta preferida, porque “la niña ya está mal acostumbrada”, y “esas mañan se le apegan a la mía”.

Donato, inquieto por el paquete perdido, parte también a buscarlo por las dos o tres “Fuentes de Soda”, donde estuvieron tomando el día anterior. Molina partió junto con él para ir a tomar la micro que lo lleva al valle. Los niños se ponen a jugar con las muñecas. Rosita tiene una muñeca nueva. Fanny la moja con agua y la niña llora a fuertes gritos por su juguete empapado. Fanny asustada por el efecto, se esconde entre los cajones y botellas que están amontonados en el patio, pero Quique la persigue, para castigarla con un botellazo en la cabeza. Por los gritos, Elena viene corriendo de la cocina y se desespera. La lleva en sus brazos y reta a Quique: ¿Qué tienes tú? Anda a tu casa cabro malo.

Paulina, la mamá de Quique, salió a la puerta de su cocina que da al patio común y observa el espectáculo. En reacción a las palabras fuertes de Elena contra el niño, le echa una mirada que expresa su desaprobación y llama a su hijo: “Quique, venga”. El niño busca protección en las faldas de su madre, sabiendo que ella lo defiende por su constante antipatía

hacia Elena. Las mujeres se hablan lo menos posible, y nunca caen en conflicto abierto. Ahora, sin decirse palabra, ambas se retiran a su casa.

Elena se ocupa de Fanny, le moja la cabeza con un paño y la sosiega con decirle: “Anda a buscar tus cosas, porque tu abuelito ya se va a Lluta”.

Rosita se calló cuando Elena le prestó ropita seca de Fanny para su muñeca. Finalmente, la mamá pudo volver a su trabajo en la cocina. Allí preparaba con un mínimo de comodidad buenas comidas, diariamente, a veces para 14 o más personas. Los de la casa eran seis grandes con Chito y Kenny y tres o cuatro chicos, pero nunca faltaban las visitas.

La cocina a gas licuado y el refrigerador eran los muebles más necesarios, pero ella disponía además de una buena juguera eléctrica. La cocina tenía lavaplatos, una mesa y un gran mueble cocina y aún una cocinita a carbón por la escasez de gas licuado. El agua potable se cortaba diariamente de las 10 hasta las 17 horas lo que le exigía mantener un tambor de reserva lleno de agua y dos chuicos de agua potable. Por lo demás, la cocina se veía como toda la casa: piso de concreto arruinado, muros pintados una vez, hace muchos años, color verde y cubiertos de grasa, porque la cocina no tenía otra ventilación que la puerta de tablas rústicas que daban al pasillo. La luz entraba por una claraboya en el techo. Unos diez pollos andaban todo el día buscando restos de comida en el comedor y la cocina, y los gatos de todo el barrio, atraídos por la carnicería, también eran la visita diaria de la casa. El garaje-comedor era el espacio central y más grande de la casa. Medía 24 por 6 metros y era el escenario de las comidas familiares, de las reuniones del baile y de las conversaciones con visitas que ningún día faltaban. A un lado del garaje se encontraban, de la calle para adentro: la carnicería, la entre-pieza, el dormitorio de Doña Isabel, Don Hilario y Verónica, el dormitorio de Kenny. Al otro lado, en el mismo orden, estaban: el dormitorio de Adolfo y su familia, una segunda pieza, de tipo despensa, ocupada también por Adolfo, la cocina y un baño muy amplio.

En el fondo del garaje se encontraba una pieza para visitas, y en el patio estaba la vivienda de dos piezas y cocina, ocupada por Marcelino, Paulina y sus dos hijos chicos, parientes de Don Hilario. En el patio

había, además, un gallinero, un espacio donde se guardaban gran cantidad de viejos materiales y botellas, y una parte techada para todo tipo de trabajo hogareño y especialmente para lavar la ropa y para hacer hervir ollas grandes sobre la fogata. El resto del patio estaba sombreado por dos higueras y ocupado por alambres donde las señoras secaban la ropa.

Don Hilario había construido la casa por partes, y usado como materiales de construcción, ora caña y barro, estucado, ora concreto, o maderas y cholguán. El techo del garaje era una sombra de cañas y esteras de totora, que descansaba en palos sobresalientes, permitiendo que la luz del día entrara por los lados a través de un espacio de 40 centímetros.

A media mañana volvió Chito, cargado de frutas y verduras. Regresó inmediatamente para buscar más mercadería. Hacía las compras para los días de la fiesta en el santuario, y su ayuda significaba para Elena una asistencia muy importante.

Poco después golpeó la Sra. Berta a la puerta. Ella multiplicaba sus visitas a la casa, todos los años, al acercarse la fiesta y el viaje al Santuario. Estas visitas, a veces dos por día, eran para quejarse de mil y una dolencia, males y dolorcitos, y para estrechar la amistad, en espera de que Don Hilario la llevara gratis a Las Peñas, es decir: a costo de Aica.

¿Ay, Elenita, cómo estás? le dió un beso y anduvo, vacilando y como a punto de caerse, hasta una banca para sentarse agotada.

¡Uf, que hace calooooor!... tuve que levantarme a las cinco para ir al mercado. Y sin desayuno ¡Ay... y el dolor de cabeza que no se me quiere quitar... insoportable...!

¿Por qué se levantó tan temprano, señora Berta?, le dice Elena sonriéndose con benevolencia. Ella conoce a su paciente y por eso no se preocupa demasiado de su mal. Le ofrece un vaso de agua sobre un platillo. La Sra. Berta toma un poco y devuelve el vaso con un suspiro de alivio, los ojos al cielo: "Gracias hija". Inmediatamente empieza a contar la historia médica de una amiga con quien se encontró en el mercado.

Pero Elena se disculpa con que tiene que preparar el almuerzo. Le sirve desayuno en la cocina y luego la invita a ayudarla a pelar papas.

Pocos minutos después volvió la Sra. Isabel de su reunión con la profesora. Se fue inmediatamente a su dormitorio para cambiar de ropa y pasó el resto de la mañana en la carnicería, sola, cortando con habilidad la carne para la venta de la tarde. No habló con nadie sobre la reunión, y a nadie de su casa se le ocurrió preguntarle tampoco, de acuerdo a la acostumbrada reserva que en la familia Aica solía guardarse y respetar.

A las once y media se levantó Kenny, sin saludar atravesó el comedor y pasó al patio para lavarse. Luego se vistió correctamente. A pesar de que sus vacaciones se habían terminado unos días antes, no fue a trabajar, porque el día anterior el dentista le había sacado una muela, y Kenny, muy aburrido en su trabajo actual como empleado en el Departamento de Estadística del Servicio Nacional de Salud, había aprovechado esa oportunidad para conseguir unos días de “permiso médico”. De todas maneras, sus intenciones eran: salir de ese trabajo y buscar otro empleo. Pero, con su acostumbrada indolencia, no se decidió si quería trabajar en una oficina de contabilidad, o si prefería trabajar en la chacra de su padre que necesitaba una ayuda. El joven sabía el trabajo en la chacra y le gustaba la agricultura. Por temporadas había trabajado allá con gran esfuerzo, pero se desanimaba luego, porque su padre nunca le daba dinero para comprarse ropa o salir con sus amigos. En estas últimas semanas le paralizaba una vez más la duda sobre su porvenir y así pasaba las mañanas en cama y se gastaba tardes enteras melancólicamente, con su guitarra. No pocas veces pasó gran parte de la noche con sus amigos en algún bar, conversando y tomando, para llegar borracho a la casa. La indolencia y el aburrimiento lo inmovilizaban moralmente y lo llenaban de sentimientos de auto-compasión. En un momento de excepcional confianza se expresó así: “Me siento como un avión que, cada vez más, pierde altura. No sé como recuperar vuelo”. Su padre lo retaba por flojo e inútil, y decía:

“Anda a trabajar en ‘La Punta’. Se está llenando de maleza”. (Aquella parte de la chacra, al lado de la boca-toma, la habían puesto en cultivo, Kenny y Adolfo, unos años antes, a costa de inmenso esfuerzo). Su madre no dejaba de servirle en todos sus gustos, no recibiendo jamás

en cambio un signo de cariño o gratitud. Kenny, por su parte, podía de repente enojarse por una pequeñez.

Chito le sirvió té. Después de su desayuno, que tomó en completo silencio y escuchando su pequeño transistor, partió a la calle sin saludar.

Se acercaba la hora del almuerzo. Elena limpió la mesa de comedor de los restos del último desayuno servido, y la preparó para el almuerzo, poniendo siete juegos de cuchillo, cuchara y tenedor, y una panera con pan, cubierta con una servilleta limpia en el centro. Después volvió a la cocina.

Un poco más tarde llegó Donato, contento y aliviado, con el paquete perdido. Se sentó sobre una banca contra la pared, esperando la hora del almuerzo. Chito se sentó a su lado a conversar. Poco después vino otra visita más: el Negrito Sebastián. Chito lo hizo pasar con un simple: "Pase". Elena, un rato después, al verlo sentado, lo saludó:

¿Sebastián, cómo llegó?. Tanto tiempo que no se le ha visto por acá.

El viejito Sebastián era campesino, un hombrecito singular y solitario del valle de Lluta, sin parientes. Se cubría de trapos viejos que le daban aspecto de limosnero. Era huraño y algo deficiente mental. Como último miembro de una familia de pequeños propietarios, habitaba la casa en su parcela. Nunca había cultivado la tierra sino se ocupaba en trezados de totora. Confeccionaba esteras muy buenas y bolsas realmente artísticas, que vendía a precios ridículos, sobreviviendo escasamente con lo casi nada que ganaba así. Por la ley de la Reforma Agraria le habían expropiado la parcela, pero en la cabeza del negrito no penetraba la idea de "expropiación" y así seguía en la feliz ilusión de ser propietario. Esa mañana había salido temprano del valle al Puerto, a vender canastos y bolsas, para comprarse hilo, sal y ají y un litro de aceite. Era uno de los muchos clientes de Aica.

El negrito no respondió nada a la abundante salutación de Elena. Se quedó sentado en su banca, y esperaba como un perro inteligente su almuerzo, sabiendo a ciencia cierta que había de serle servido pronto.

Llegó Adolfo de su trabajo y eso fue la señal para comenzar el almuerzo. Chito ayudó a Elena a servir la cazuela. Colocó ocho platos hondos sobre la mesa e invitó a la gente a tomar asiento: Berta, Sebastián, Donato y su hija; dijo a Chito: “Anda avisar a la Señora, almuerza tú también”.

Adolfo se lavó las manos y se peinó antes de sentarse a la mesa. En ese momento llegó también Verónica, saludando correctamente. “Buenos Tardes”, y se sentó enseguida a la mesa en el sitio destinado a la Sra. Isabel, que tardó en la carnicería.

“Ese no es tu plato”, le dijo Elena, y agregó: “Bueno, ya, sírvetelo no más, sino la Sra. Isabel va a estar con la comida helada”, y se retiró a la cocina.

Adolfo mantuvo la conversación, preguntando a Donato ¿Cómo pudo encontrar sus cosas perdidas?, y preguntando a la Sra. Berta por su salud. En todo hizo las veces de dueño de casa: sirviendo coca-cola, cuando se dió cuenta que Donato tenía sed, invitando a servirse pan, y ofreciendo un segundo plato de cazuela al que deseaba. Chito llevó los platos vacíos a la cocina y ayudó a Elena a servir segundo: pollo con arroz y camote. Además puso una bandeja llena de choclo en el centro de la mesa. Elena retó de paso a las niñas: “Apúrate Vero”, y a su hija: “Come tu almuerzo y siéntate bien, como señorita”. Adolfo dió poca atención a las niñas. Cuando casi terminaron de almorzar, salió la Sra. Isabel de la carnicería. Chito se levantó inmediatamente de su silla y le ofreció su lugar, llevándose su plato a la cocina, y sirviéndole la cazuela a la Señora. Luego terminó su almuerzo en la cocina. Poco después llegó Kenny, seguido por su padre. Los que habían terminado su almuerzo se retiraron de la mesa, diciendo: “Gracias, provecho”, para ceder su lugar a los nuevos comensales. Elena limpió la mesa y los sirvió también. Adolfo siguió en la mesa tomando una taza de té. Don Hilario estaba apurado. Dijo:

“Está mala la Rubia. Tengo que buscar veterinario, la cría murió y no puede parir”.

Nadie pidió más explicación. Adolfo preguntó a su padre si tenía suficiente choclo para llevar a Las Peñas.

¿Cuánto quieres?, le dice Don Hilario.

“Veinte docenas tiene que ser”.

Luego la conversación versa sobre el experimento de la cooperativa “Valle Hermoso”, vecina de Aica en Lluta. Don Hilario no está muy a favor de los nuevos métodos para la siembra del maíz ( ) :

“Es un fracaso; da un maíz chiquitito, así no más crece, porque no entra aire en el maizal”.

Kenny le da la contra: “Hay que buscar manera que la tierra de más. Si esa gente no hace experimentos no sacarán nunca algo mejor”.

“Si no entra aire, entra el gusano”, insiste su padre.

“Pero al gusano le pueden echar veneno”, porfía Kenny.

“Quieren sacar dos cosechas seguidas, todavía, hi, hi”, prosigue Don Hilario, “y las matas así de chiquititas, de mala muerte”.

“Usted es viejo y va a morir con sus viejos métodos”, le responde Kenny, agresivamente.

Su padre, sin alterarse, le responde irónicamente: “Que sabes tú. Nunca trabajaste y me vas a decir a mí ¿Cómo tengo que trabajar? ”.

Interviene la Sra. Isabel decididamente: “Ya está. ¿ Por qué no se va uno a almorzar en el patio bajo la higuera?”

Kenny se enojó y se retiró a su pieza, sin terminar su plato. Don Hilario se apuró a buscar un veterinario. “Vamos”, dijo al negrito Sebastián, y lo llevó en su camioneta para dejarlo posteriormente encaminado en el valle de Lluta. Pronto partieron también los otros invitados: la Sra. Berta, Donato y su hijita Rosa. Elena contó brevemente a Adolfo el accidente ocurrido en el patio, por la imprudencia de Quique. Adolfo se limitó a escuchar atentamente, pero no dió su opinión.

Después se retiró para cambiar su camisa y se fue nuevamente a su trabajo. Chito lavó la loza y Elena, última en servirse, almorzó en la cocina. Verónica se fue al colegio y la Sra. Isabel siguió con su trabajo

en la carnicería. Cuando ya eran las dos de la tarde, Elena llevó a su hija Fanny a dormir una siesta con ella. Kenny pasó la tarde en su pieza y Chito atendió la puerta.

A las cinco de la tarde llegó Adolfo, más temprano que de costumbre, tomó un baño de lluvia y se sirvió el té junto con su hermano y su madre, con Fanny y Verónica. Después pasó a su dormitorio a escribir unas cartas de la "Sociedad", que por encargo de la asamblea debía despachar. Una hora más tarde empezó el programa de televisión. El aparato se encontraba en el dormitorio de Kenny. Los que no estaban ocupados, se juntaron allá a verlo: Chito, sentado sobre el borde de la cama, Elena tejiendo una chalequina para su hija, que sería una verdadera obra maestra de tejido; Kenny acostado y las niñas siguiendo las figuras del programa con sus comentarios y acompañando verbalmente los textos de la propaganda comercial que sabían de memoria. Quique, que ya había hecho las paces con sus compañeras de juego, entró de repente, gritando: ¡Mira, Fanny...! y le mostró dos gatas negras que traía agarradas de la cola, una en cada mano.

"Deja, niño", le retó Elena.

Soltó las gatas que se arrancaron lejos, y se sentó a mirar también un rato el programa, pero luego empezó a jugar sobre la cama de Kenny quien lo retó y lo mandó a su casa. Cuando la Sra. Isabel se desocupó de su trabajo, cansada ya, se instaló también a mirar la tele. Poco después, Elena se levantó de su asiento para servir la comida a los televidentes en el lugar donde estaban, ya que no querían perderse el programa: una teleserie mejicana, luego las noticias, y finalmente una película de guerra. A la hora de comida, vino también Adolfo a acompañar la familia. Después de la comida, Kenny se arregló para salir.

Ya eran las diez de la noche, cuando Don Hilario, inesperadamente, volvió por tercera vez desde Lluta. Trajo la noticia que no hubo salvación para la vaca, que hubo que buscar "un veterinario del gobierno" que dio permiso para sacrificarla ( ), y después otro veterinario de la dirección de sanidad para la inspección de la carne, antes de poder venderla. Don Hilario contó su historia sin emoción alguna, y más bien con expresiones de humor por las exigencias de la burocracia.

El sueño que se apoderó de las niñas, fue la señal para los adultos, de retirarse a sus dormitorios.

A las tres de la mañana golpeó Kenny a la puerta. Elena tuvo que levantarse para abrirle. El joven llegó borracho y fue a la cocina a buscar algo que comer. Quiso freirse un bistec, pero la cocina a gas licuado no tenía combustible; luego trató de prender carbón con parafina, pero no logró sacar fuego, y al final se comió la carne cruda. Después volvió a salir a la calle, para no regresar a la casa, sino en la mañana.



El momento de la salida de la mina.

## 7. EL PEREGRINAJE

“El día siguiente, sábado, estaba dedicado a los preparativos directos del viaje. Adolfo y Elena fueron los que se movían más en la casa. Adolfo, que se había conseguido un permiso de diez días en su trabajo, ordenaba la confección de los bultos: sacos con papas y choclo; chuicos con vino y aceite, cosidos en sacos; un tambor con manteca, cajones con mercaderías varias, etc. La carne cruda y los pollos fueron envueltos en sacos harineros y después en sacos gruesos, tres sacos harineros quedaron reservados para llevar el pan, en total 18 bultos. Elena, acompañada de Chito, estuvo toda la mañana ocupada con las compras de comestibles para el baile. A medio día, Adolfo tuvo que arreglar el pago de las micros, y -siempre hay diligencias de última hora- buscar un carpintero que confeccionara una “cruzeta” para el estandarte. Don Pedro, que estaba a cargo de este trabajo desde hace tres meses, se hizo disculpar esa mañana, porque su actividad política no le dejaba tiempo. La Sra. Isabel no ayudaba más que con sus consejos; ella quedó ocupada en su carnicería y no viajaba, como de costumbre. Kenny pasó el día en su dormitorio.

El Domingo en la tarde, a las cuatro horas, estaban citados los bailarines para el último ensayo. Debían venir todos con su traje de gala completo, para comprobar que nada faltaba. El caporal, Don Pedro, que muy pocas veces había dirigido los ensayos de ese año, llegó esta vez con mucha anticipación. Poco a poco llegaron también los músicos y los bailarines. Estos se cambiaron ropa en la casa, ayudándose mutuamente. Había todo un ambiente de expectación y de euforia nerviosa.

La mesa-comedor quedó guardada durante el ensayo, en la entre pieza. En el fondo del garaje, Elena había arreglado el altar de la Virgen: una mesa rectangular, con abundancia de flores artificiales y naturales, con luces eléctricas y con dos velas en sus palmatorias, que adornaban una imagen tradicional de yeso. A medida que los socios llegaban, se acercaban al altar para saludar primero a su Virgen; luego saludaban a los dueños de casa y a los demás socios. Las bancas y sillas, destinadas a los que no bailaban, se encontraban todas contra la pared, a lo largo del garaje. La banda de músicos -“los pickles”, como decían los bailarines-

se entretenían en la cocina junto con su jefe, Don Hilario, tomando y conversando. Con ellos estaba Don Pedro.

Ya eran las cuatro y media, cuando éste salió de allí, tomó el pito y la vara del altar -símbolo del mando- y dió orden de formarse. Los 12 músicos, lentamente se ubicaron en doble corrida, al lado del altar, y los bailarines ocuparon su sitio, frente a la Virgen en las dos largas filas, que llegaron hasta la calle. El Caporal los hizo cuadrarse correctamente para someterlos a una larga y detallada inspección de su traje y presentación personal. A cada uno dirigía unas palabras de crítica y aún de amonestación para que se comportaran disciplinadamente. Sus retos se alternaban con ruidosas alabanzas de su ronca voz. A varios jóvenes mandó al peluquero. Terminada la inspección, hizo una alocución bastante larga elogiando la disciplina y la sencillez, y cuantas cosas buenas del baile se le ocurrió, con la inspiración del vino. Pero cuando dijo, inesperadamente, que este ensayo se haría en la plaza, frente a la casa, se opuso su auditorio, primero unos dirigentes, luego los bailarines también.

“Pero no ven que aquí falta espacio”, se justificó el Caporal.

“Pero aquí está el altar de la Virgen, y nunca se ha hecho el ensayo en la plaza”.

“No hay permiso de carabineros”, agregó Adolfo.

Todos sabían que Don Pedro quiso lucir “su” baile, orgullosamente, ante unos amigos de fuera que venían a verlo. Mandar el baile vestido con toda su gala era su orgullo, y a más público mejor. Se desarrolló una discusión entre Don Pedro y la Presidenta, en que ésta dijo que espacio, habían tenido suficiente durante todo el año, y que afuera, se ensuciaban más los trajes. El Caporal, resentido por la oposición tenaz contra un hermoso espectáculo que se había imaginado presentar al público, dijo:

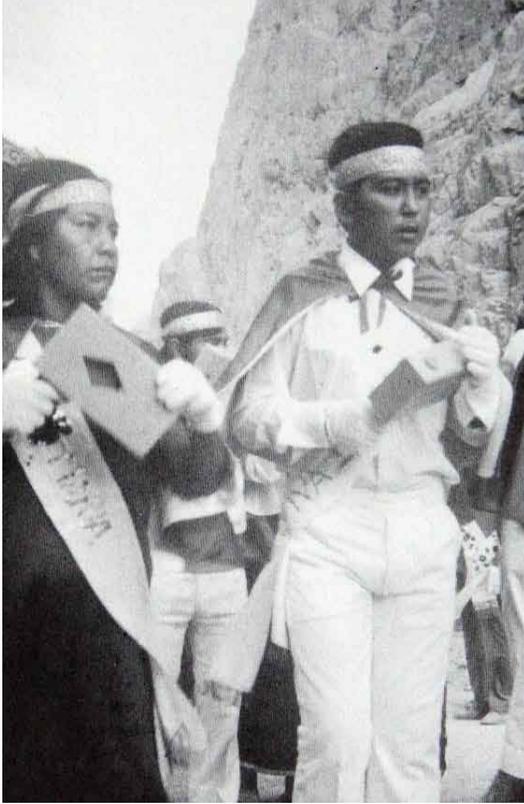
“Yo solo mando el baile. Si no quieren hacerme caso, me pongo al lado”.

Era su última carta, y la perdió también porque la Presidenta le respondió seco: “Usted como Caporal, mejor que nadie sabe que no se puede”.

A ésto, Don Pedro se dirigió patéticamente al altar, colocó la vara ante la Virgen y se puso al lado del baile, sin decir una palabra más. El conflicto fue experimentado como muy desagradable, pero todos daban la razón a la presidenta. El primer guía, que había dirigido los ensayos semanales en ausencia del Caporal, fue encargado por la Presidenta de tomar ahora también el mando del baile, pero sin llevar la vara. Don Pedro quedó mirando con resentimiento, pero luego se encontró una buena tarea en el portón, donde en forma bastante autoritaria, ordenaba a los mirones que dejaran más espacio a los bailarines.

El ensayo de los cantos salió excelente, sin hesitaciones, fuerte, parejo y muy bien sincronizado con la música de la banda. Los gestos interpretativos que acompañaban el texto de los cantos se desarrollaron en un estilo majestuoso y sagrado como un hermoso ballet litúrgico. Terminado el ciclo de cantos, el guía hizo ejecutar las saluciones bailadas en que las filas se transformaron armoniosamente en “cruz”, y en “Manto de la Virgen”. Finalmente, ejecutaron las contradanzas, una tras otra. Los movimientos rítmicos de los bailarines al perfecto compás de sus matracas y de las zampoñas de la banda, eran sutiles, elegantes y finos. Esta es la característica de los bailes “Moreno de Paso”, en el Santuario, cuando están bien ensayados. El ojo del coreógrafo especializado, sin embargo, descubría inmediatamente que estas contradanzas altamente estilizadas eran bailes esencialmente varoniles y que la participación de las mujeres que formaban una de las dos filas, constituían una innovación coreográfica impactante.

Por falta de tiempo, no se desarrolló en forma completa el programa de bailes. Se ejecutaron solamente los más acostumbrados: “La del Lado”, o el “Binomio”; luego “El Quebrado”; el “Espalda con espalda”; “La Culebra” y finalmente “El Pañuelo”. A las nueve de la noche terminaron el ensayo con la reverencia ceremonial del baile ante el altar. Luego se cerró el portón, los bailarines se cambiaron de ropa y el local se transformó en sala de reunión: la mesa de comedor fue colocada en su lugar, ante el altar; bancas y sillas fueron ubicadas en cinco corridas y



El baile renovado: mixto y con matracas; la función de los lakitas se redujo a la "banda musical".

la asamblea, dirigida por la presidenta, pudo comenzar. Detrás de ella figuraba la imagen de la Virgen en su altar, como la verdadera presidenta de esta asamblea religiosa.

A pesar del carácter sagrado de estas reuniones, se discutía, a veces, con palabras fuertes y duras. Esta vez se dejó la primera palabra a la Srta. Paula, catequista enviada por el Sr. Obispo. Fue recibida con toda cortesía y tuvo una silla en la mesa directiva. Empezó su sermón de rutina como en las reuniones con los otros bailes: "Quiero antes que nada expresarles un saludo cariñoso de parte del Sr. Obispo, que está muy interesado en este baile. Quiero también

felicitar sinceramente a los dirigentes de este baile, que es un baile muy especial y muy disciplinado. Muy religioso y muy unido también. Por eso mis sinceras felicitaciones. Es cierto que la gente a veces ataca a los bailes; dicen que son semi-paganos y que su peregrinaje es un simple paseo de turismo con comilona y borrachera. No lo creo, pero es cierto que a muchos les falta más instrucción religiosa. A los niños hay que prepararlos para la Primera Comunión. Yo tengo un interés especial en conversar también con los grandes. Las mandas que ustedes hacen son muy sacrificadas; pero preguntémosnos, si Nuestro Señor realmente nos pide estas cosas; yo creo que lo primero que hay que hacer en el santuario es: confesarse y recibir la Santa Comunión, porque así dice la

Sagrada Escritura: “El que me come mi carne y el que bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día”. Por eso, el Señor Obispo les invita a un cursillo de instrucción religiosa en “Emaús”. Es una linda casa de campo en la chacra del Obispado, allá en el valle de Azapa...”. Cuando terminó su charla -que venía de otro ambiente religioso muy diferente y de otro mundo cultural- Don Pedro aprovechó la oportunidad de recuperarse y pidió la palabra. Comenzó un gran discurso de bienvenida a la Srta. Paula; y cantó una larga alabanza sobre todas las buenas cualidades y la prestancia del baile, que era el más antiguo, el más prestigioso y típico del Santuario. Al final de esta revisión, exclamó: “Yo, como Caporal de este humilde baile, tengo el honor de invitarle a Ud. a todas las reuniones que usted pueda asistir, porque es un honor para nosotros; y también quiero invitarla para estar con la Compañía en el Santuario de Las Peñas, a los pies de Nuestra Madre Santísima”.

Por su grandiosa alocución, Don Pedro se reubicó en el centro de la asamblea, después de haberse marginado peligrosamente por la entrega de la vara. Tampoco dejó existir dudas en la asamblea sobre su función “como caporal”.

Después de este espectáculo de cortesía y diplomacia, la Señorita se fue, y la Presidenta puso los puntos de a agenda a la orden: cuotas atrasadas, aportes en víveres de los socios; la cobranza de la rifa en beneficio de la Asociación de Bailes, y la situación del Sr. Cayconte, socio honorario. Con el acuerdo de la asamblea se decidió que “el abuelito” viajara a costo del baile. Después en “puntos varios”, el más antiguo de los bailarines, Hugo Gómez, que era tan autoritario como el Caporal y además, corto de genio, pidió la palabra para lanzar un ataque frontal a Don Pedro.

¿Señora Presidenta, por qué vino el Sr. Caporal a exigir a los bailarines la presentación en traje de gala, cuando él mismo vino sin traje?

Elena, en voz baja, apoyó sus palabras diciendo: “La ley es pareja para todos”.

Pero Adolfo, en el mismo tono, le dijo: "Cállate". No quería que se echara más leña al fuego. Así también lo sentía la Presidenta, quien lo silenció diciendo: "Este punto lo veremos más tarde con el Sr. Caporal".

Don Pedro, ciertamente, había perdido mucho de su prestigio en el baile durante el último año, por su bajo grado de participación y sus pretensiones de autoridad.

En la cocina, los músicos estaban tomando vino. De repente se escucha que se quiebra un vaso. Molina, borracho, quiere pelear, pero Don Hilario le exige respeto y éste le hace caso.

La reunión terminó con el acuerdo del horario del viaje y a las 10:30 hrs. la gente se va a sus casas, pasando primero a saludar personalmente a la Virgen con una reverencia, y luego despidiéndose de los dueños de casa. Los músicos también se van. Cayconte y Yunga, el mediero de Don Hilario, se quedan. Yunga está borracho y se acuesta, sin comer, en la entre pieza sobre una estera de totora, tapándose con un poncho. Cayconte come con la familia y luego invita a Don Hilario a su casa.

"No sé que santo van a celebrar a esta hora", protesta la Sra. Isabel, pero ella sabe que es inútil. Cuando a las dos de la madrugada Don Hilario todavía no aparece, parten Kenny y Chito a buscarlo. Están preocupados porque a esta hora "los cogoteros pueden pegarle y robarle el dinero", si anda solo y borracho por la calle.

La hora del alba se acerca cuando los tres hombres vuelven a la casa. Es una de las muy pocas veces que Don Hilario llega realmente muy embriagado a su casa.

Dos días después, martes cinco, en la noche, los socios de la "Compañía Aica", volvieron a juntarse en el local, todos con su equipaje personal. Este no era más de lo que cada uno podía y quería cargar en la larga caminata al santuario. Se acercó la media noche, cuando las micros partieron en la dirección de Azapa. Apenas 90 minutos más tarde ya se encontraban en el "Paradero", donde termina el camino para vehículos y empieza el sendero para llegar a Livilcar. Unos quince feriantes habían levantado allí su restaurante improvisado o su puesto de ventas

de bebidas, para atender, día y noche, a los miles de peregrinos que pasaban en esos días.

Los peregrinos de Aica se instalaron en uno de los puestos, pero los precios eran tan elevados que el consumo se redujo a lo más indispensable. Algunos arreglaron su equipaje y partieron de inmediato, Adolfo y Chito fueron a buscar el arriero de Codpa, amigo de Don Hilario que estaba esperándolos con su tropa de burros, lo despertaron y el hombre se levantó enseguida y empezó a cargar los animales. Ya eran las tres de la mañana cuando partieron Elena, Adolfo y Chito cargando a Fanny. Eran de los últimos en tomar el sendero angosto y accidentado de la quebrada. Por ser noche de luna se distinguían vagamente los impresionantes paisajes y roquerías, pero más fuerte que de día se escuchaba el ruido del agua, que corría a gran velocidad y a saltos hacia abajo, trazando una huella tortuosa de espuma, claramente visible a la luz de la luna. El susurro del agua y las sombras nocturnas proyectadas por la roquería y las peñas verticales de casi 100 metros de altura, provocan sentimientos de angustia y congoja, no sólo al forastero, sino también a los habitantes de esas alturas. Así fue con Lucho Vásquez, el cuidador del Santuario, puesto allí por los alféreces, con sueldo, la soledad y la amenaza de la inmensidad de esa naturaleza abrumadora lo volvieron casi loco de miedo. En las noches se despertaba con sobresaltos y sustos; creía escuchar los gritos de un niño, los cantos de una fervorosa multitud de peregrinos y el galope de una tropa de mulas. Lucho era de la quebrada, pero no quiso quedarse en su puesto, y decía: "Ese lugar es malo. Es peligroso quedarse allá fuera de la fiesta". Tiene miedo y "todo el mundo tiene miedo de estar allá en el año, porque dicen que penan acá, terriblemente. De repente se escucha en la noche, como que llega gente, entra en la iglesia, y llora la Virgen. Se escuchan también los cantos de los bailes, pero no hay nada..", así habla la gente.

La senda pasó por Umagama, que en tiempos antiguos, era un pequeño pueblo de agricultores y pastores; y luego por Ausipar, otro pueblo embrujado y arruinado, donde los restos del templo de San Santiago recuerdan la leyenda del Cura Valle. Adolfo la cuenta en el camino:

“La gente de Ausipar era mala y no le hacía caso al cura. Se dice que una vez, en la Semana Santa, el Cura estaba en recogimiento, pero la gente del pueblo estaba borracha vinieron a invitarlo para celebrar con ellos y tomar. El Cura no quería, porque, como les digo, estaba en recogimiento y porque era Semana Santa. Pero ellos le obligaban, lo arrastraban y lo llevaron a golpes. Después, el Cura tomó el Santísimo de la Iglesia, hizo tres vueltas alrededor del templo y profirió una maldición. Dijo: “Este pueblo, maldito será, porque no respetaron a un hijo de Dios. No quedará piedra sobre piedra”, y así fue. Ese Cura guardaba también las riquezas, la plata de la gente del pueblo, como en un banco. Escondió el dinero y se fue. Nadie sabe donde está guardado el tesoro. Después que se había ido, se quemó la Iglesia y la gente se iba, uno tras otro, o murieron por la fiebre amarilla y las pestes. La única casa que ahora está habitada, es a la entrada del pueblo, subiendo; era la casa del Cura Valle; y ahora es posada...”

Estas leyendas provocaron un horror a Elena, junto con las oscuras ruinas del pueblo. Dijo a su marido:

¡Ay, que cuentas son esas! . ¿Cállate mejor. No ves que la niña puede quedarse con malos sueños?

Siguieron su camino, nuevamente en silencio, andando en fila india. Chito y Adolfo llevaron a Fanny sobre las espaldas, turnándose. Avanzaron lentamente por un sin fin de subidas y bajadas, hacia el oriente. Más allá de Ausipar vislumbraron la aurora, que marcaba claramente la escarpada línea del horizonte. Esa luz era como un aliento y un imán. En el silencio completo que los envolvía, los peregrinos sintieron subir dentro de sí, igual que otros años, como una fiebre, ese ardiente deseo de avanzar, y avanzar rápido, para ver el pueblo sagrado, el templo de Las Peñas, y en ese Santuario, la querida cara consoladora de la Virgen; sus ojos, grandes y bondadosos; sus manitas, blancas y finas. Esa fiebre que siente cada peregrino cuando se acerca al santuario, los hacía apurar sus pasos; tanto, que era casi corriendo y saltando como alcanzaron la última vuelta de la quebrada. Y allá, vagamente visible en la tierna luz de la madrugada, distinguieron con emoción el templo apoyado contra el pie de la majestuosa peña, y las casitas cubiertas de paja. Sin descansar siguieron su camino, silenciosamente, cada uno

con sus propios sentimientos y emociones, sus recuerdos y angustias. Llegados al pueblo, se dirigieron primero al templo para saludar a la Virgen. Allí se quedaron por largos minutos arrodillados, y mirándola con el cariño y la fe de toda su alma. La iglesia estaba casi desocupada. Una plancha de vidrio separaba a los peregrinos de la imagen milagrosa y no les permitía besar sus vestimentas. Elena lloró en silencio, larga y disimuladamente. Adolfo dominaba apenas sus lágrimas. Chito esperó con paciencia hasta que sus compañeros de ruta se levantaran. Luego tomaron sus bultos y se fueron a la casa.

La Sra. Santos, tía de Doña Isabel, tenía casa en el santuario, que el baile de Aica ocupaba todos los años junto con otra casa, que le asignaba la Asociación. Hubo que limpiar la casa antes de poder preparar un desayuno de té y pan. Los bultos habían llegado y la gran mayoría de los socios también. Faltaban solamente Don Hilario y tres de sus viejos camaradas, que llegaron últimos y muy agotados por la caminata, cuando ya eran las once de la mañana.

El día pasó con la preparación de las celebraciones. Hubo que limpiar todo el pueblo, sus casas, sus calles, el templo, todo; según los turnos compuestos para todas las compañías afiliadas a la Asociación. Apenas cae la noche, muchos peregrinos se acuestan a dormir; porque al día siguiente, la Víspera, empezarán las ceremonias muy temprano.

## 8. LA FIESTA

Las ceremonias de rigor que las compañías de baile deben cumplir en el Santuario, empiezan el día de la Víspera, a las cinco de la mañana, con la “Llegada”. Las compañías han llegado con anterioridad y, en forma privada, sus integrantes cargados con sus bultos y cubiertos con el polvo de la larga caminata, ya han entrado en el templo para saludar a la Patrona. Pero el ritual colectivo exige una llegada oficial de la Compañía en que el Caporal hace su entrada en el pueblo y luego en el templo, para presentar allí a la Virgen, el primer homenaje de la peregrinación.

La Asociación ha establecido un horario detallado para cada una de las ceremonias obligatorias y para cada una de las compañías, considerando la antigüedad del baile y respetando siempre las horas de Misa y de Vísperas. A la compañía de Aica, como segunda en antigüedad, le correspondía hacer la “Llegada”, a partir de las 5:30 horas de ese día. Todos sus integrantes, sin excepción alguna, estaban esperando con anticipación su turno a la entrada del pueblo en una plazuela al pie del Calvario. El grupo estaba ya formado como para la procesión: el porta-estandarte con dos acompañantes abriendo el cortejo; luego los músicos: bombo, caja y doce tocadores de zampoñas; enseguida las filas de bailarines con su matraca; a la izquierda del Caporal las mujeres, y a su derecha los hombres<sup>1</sup>; finalmente los demás socios, incluyendo a la directiva y los parientes y los niños chicos que venían con ellos. El grupo no lleva traje de baile, ni sencillo ni de gala, sino cada uno va de civil, zapatos lustrados y camisa limpia. En señal de su calidad de peregrino-caminante tenían una frazada enrollada que los hombres llevaban sobre el hombro izquierdo, descendiendo sus puntas en forma cruzada por el pecho y la espalda, para juntarse sobre la cadera derecha, mientras que las mujeres, al contrario, la llevaban sobre el hombro derecho, descendiendo las puntas hacia la izquierda, para conservar así una simetría entre ambas filas. Signo de la caminata ritual eran también: el estandarte velado con un guarda-polvo; la vara del caporal envuelta en papel; las matracas de los bailarines cubiertas con papel de diario,

1 En el Santuario de La Tirana encontramos el orden inverso en el caso de los bailes mixtos: hombres a la izquierda y mujeres a la derecha del Caporal, que se encuentra entre los dos primeros guías. (ver: JvK, Pescadores y peregrinos de Tocopilla).<sup>5</sup>

saliendo solamente la empuñadura que permitía hacerlas sonar; las zampoñas de los músicos semi-envueltas en papel.

A la hora justa llegó una pequeña procesión del templo al calvario: cuatro hombres de otros bailes, que prestaban servicio a la Asociación, traían en anda la imagen secundaria del Santuario, representando la Virgen del Carmen, que venía al encuentro de los peregrinos. La salutación ceremonial consiste en tres inclinaciones del estandarte de los caminantes, y también, tres inclinaciones de la Virgen en anda representante de "La Patrona", la imagen milagrosa que es un altorelieve en la peña misma. No es el Caporal quien dirige la salutación, las señales son transmitidas por su primer ayudante, que es el guía de los bailarines hombres. Este da enseguida la señal con tres toques de su matraca - para "Atención", para "Posición Firme" y para "Comenzar"- con los bailarines entonan el himno de la llegada, cantando "a capella" :

*Desde lejos tierras llegamos señora  
Buscando a María Virgen de Las Peñas.*

Terminada la primera estrofa, se descargan una gran cantidad de cohetes, que resuenan como truenos por la quebrada, largamente repetidos por los ecos entre las peñas. La banda de zampoñas inicia una marcha y la procesión se pone en movimiento por la calle principal hacia el templo. La Virgen va retrocediendo. Los bailarines, tocando sus matracas, avanzan con el "paso en dos", unos 10 ó 15 metros hasta que la procesión, a la señal del primer guía, se detiene para cantar la segunda estrofa. Luego, nuevos estallidos de cohetes y petardos, y nuevamente la marcha de la banda para avanzar apenas 10 metros más. En este orden se desarrollan todas las estrofas de "La Llegada":

*De día y de noche nos vienes guiando  
por cerros y pampas Madre de Las Peñas.*

*Desde lejos Madre vemos tu santuario  
con tu poder tan divino llegamos señora.*

*No importa el desierto la fe que nos guía  
y para aquí encontrarte Virgen de Las Peñas.*

*Reina María dejaste tu templo para así  
recibirnos a todos contentos.*

*Por tus calles vamos cansados y tristes  
porque hoy hace un año que nos despediste.*

*Aquí nos tienes de rodillas a tus pies  
échanos señora vuestra bendición.*

*Estamos dichosos Madre cariñosa  
Madre que iluminas a seres perdidos.*

*A tus pies llegamos con nuestro dolor  
los desamparados como tu lo ves.*

*Merecen el trono de lirios floridos  
Estamos contentos de nuestra presencia.*

La caminata ritual demora en total media hora para cubrir la distancia desde el Calvario a la puerta del templo que son apenas 100 metros. Allá en la estrecha plaza del templo, la tropa se cuadra correctamente frente a la puerta. La Virgen del Carmen los deja en la puerta, para volver a recibir, a la entrada del pueblo a otra compañía. El baile de Aica hace su entrada en el templo cantando el himno correspondiente en la misma forma, suprimiéndose solamente los estallidos de petardos, una estrofa cantada a capella en ritmo lento y solemne, luego avanzando con el “paso en dos” a ritmo de marcha que toca la banda, acompañándose los bailarines con el retoque de sus matracas. El himno crea ambiente de recogimiento y la marcha de alegría y fiesta; ambos interpretan - y provocan- los sentimientos de recocijo y consuelo, de satisfacción y contento, y finalmente de conciencia feliz de haber logrado el peregrinaje.

*Entren compañeros míos a este templo tan sagrado  
madre mía de Las Peñas ansias de verte.*

*Atiende pues mis gemidos oye mis tristes clamores  
en la vida y en la muerte amparanos Gran señora.*

*Oye madre nuestros ruegos Atiéndonos compasiva  
bajo el poder de tu amparo tu clemencia nos reciba.*

*Divino sagrado altar donde vive nuestra Madre  
coronada por los angeles de la corte celestial.*

Luego sigue el saludo matutino: terminado el himno de la Entrada, la banda de zampoñas toca una tercera marcha, que se repite por un largo espacio, dejando así oportunidad a bailarines y socios, para que se acerquen de a dos al relicario contra la roca, para saludar personalmente a la Virgen Milagrosa. La plancha de vidrio ha sido removida por los Alféreces y la Santa recibe a sus peregrinos, vestida con un hermoso traje verde que es el color de la abundante vegetación de la quebrada y el color de la vida que brota todos los años de nuevo, a partir de la bendición de la Madre de estas tierras. Los bailarines se hincan, la miran con devoción y profundo respeto, repitiendo sus súplicas, para finalmente, acercarse gateando y hacer un gesto estilizado de abrazo repetido. Besan la orla de su vestido y enseguida vuelven retrocediendo a su sitio en las filas. Los músicos, como últimos, se acercan tocando y, turnándose, hacen en parejas la misma reverencia sin que la la banda necesite interrumpir la marcha.

Terminado el saludo personal, el guía da la señal de “silencio” a la banda, y luego hace entonar el himno de los “Buenos Días”, en un mismo ritmo solemne, cuyas estrofas son intercaladas igualmente con una nueva marcha de las zampoñas, pero los bailarines tocando sus matracas, se mueven ahora con el “paso en tres”, dirigiéndose alternativamente hacia la derecha y la izquierda, y manteniendo en ese movimiento también la simetría entre ambas filas. No avanzan, sino quedan en su lugar, en todo el desarrollo del himno. Luego comienza la segunda estrofa “a capella” y así cantan y bailan sucesivamente las cuatro estrofas del Saludo:

*Buenos días tengais madre hija del eterno Padre  
saludemos compañeros a la virgen de Las Peñas.*

*Salud aurora que naciste luz clarida del día  
en esta Piedra sagrada floreciste madre mia.*

*Las estrellas gran señora son las piedras de tu manto  
Es tu sonrisa la aurora y la lluvia es tu llanto.*

*Oh clemente, Oh piadosa Llena de gracia María  
Madre mía de Las Peñas Echanos tu Bendición.*

Finalmente, corresponde el canto del himno de la “Retirada”. Pero éste tiene una doble introducción coreográfica que se desarrolla bajo los tonos de la quinta marcha, la marcha de la Retirada. Consiste en lo que habría que llamar una inspección ceremonial de la tropa de bailarines por el Caporal y luego una Reverencia, bailada en cruz, hacia la Virgen. La “Inspección” la baila el Caporal solo en el espacio en las dos filas, mirándose los bailarines cara a cara. El Caporal, con el “paso en dos”, se dirige retrocediendo entre medio de las filas hacia atrás, donde su paso se transforma “en tres”, sin cambiar el ritmo de marcha. Así, desde el último sitio, se dirige en forma de zig-zag hacia adelante, pero mirando en su recorrido, cara a cara a cada uno de los bailarines. Es un baile de elegancia y precisión. Llegado nuevamente a la cabeza de su tropa, se hinca de una rodilla y ofrece la vara a la Virgen, levantándola con ambas manos y los brazos extendidos, hasta la altura de su cabeza. Así termina la “Inspección y Presentación de la tropa” y luego sigue la reverencia colectiva en la que las filas avanzan con el “paso en dos”. Empezando por el Caporal y los primeros guías, cada uno de los bailarines hace una correcta genuflexión ante la Virgen y enseguida retrocede por el centro, siguiendo una larga fila que el Caporal encabeza. Luego regresan en las dos filas originales de atrás para adelante, para transformarse allí repentinamente en una formación en cruz, en cuya cabeza está nuevamente el Caporal. En ese momento, el guía hace callar la música, y todos se hincan, por tres veces seguidas, en un silencio que solo rompe la matraca del primer guía para dar las señales. Luego se paran todos y recuperan la doble fila para cantar el himno de la “Retirada”. Entre las estrofas, los bailarines retroceden con el “paso en dos” al son de la banda, pero el canto mismo es, como siempre, “a capella”, y se ejecuta sin otro movimiento que los gestos interpretativos del texto, y que consiste en estirar los brazos, perfectamente sincronizados, hacia adelante -donde está la Virgen-, hacia atrás -indicando el mundo de los mortales- y hacia arriba, -dirigiéndose al trono de Dios. La última estrofa, la Bendición, se canta de rodillas. En ese momento las filas se encuentran nuevamente en la plaza, pero su cabeza -Caporal y Guías- están todavía en la puerta del templo:

*Virgen de Las Peñas ya nos retiramos  
ya hemos logrado de tu bendición.*

*El sol sin eclipse la luna sin marcha  
guianos señora pues es nuestra marcha.*

*Quisiera cantarte todas tus grandezas  
ya las tienes tantas Virgen de Las Peñas.*

*Echanos señora Vuestra bendición  
para que alcancemos de Dios el perdón.*

La ceremonia de la llegada se desarrolla, además, en una perfecta sincronización con el horario disponible y termina exactamente en los 90 minutos que corresponden a cada compañía. Es un verdadero ballet litúrgico, con alto grado de perfección, que respira piedad y devoción. La ceremonia se caracteriza por su moderación clásica y su ritual sencillo y sereno que se realiza con una discreta elegancia y una precisión severa a la vez.

Cumplida la “Llegada”, la compañía volvió en procesión al calvario y de allí regresó a su casa, realizando así la tradicional vuelta al pueblo, al son de una última marcha y con el “paso en dos”, que es el paso de procesión. Llegados a la casa, el primer guía comunicó a su gente a próxima hora de presentación, agregando algunas observaciones respecto a unos detalles imperfectos que hubieron esa mañana. Luego los despidió. La banda, siguiendo su costumbre de muchos años, tocó dos huaynitos, bailando al trote en un círculo alrededor de los tocadores de bombo y caja. Descansaron y volvieron a tocar y bailar otro huayno, más rápido, por puro gusto.

Después de ese primer despliegue de virtuosismo, los zampoñistas salieron a “chantar las cañas”. Era una tropa nueva de zampoñas. Las “bautizaron” en la casa, llenándolas con pisco y mojándolas por fuera también con un vasito de pisco. Luego vertieron unas gotas sobre la tierra “para la Pacha Mama”, y brindaron. “Así suena mejor”, según Don Hilario, “la caña se estira”. Antes y durante las actuaciones, los músicos toman su trago; aducen que así tocan mejor, que sino les da fatiga, que así no les falta aliento, que sin tomar alcohol el soplo causa dolor de cabeza.

Mientras los músicos estaban “chantando” todavía, los bailarines ya tomaron su desayuno y luego salieron a presenciar la llegada de las otras compañías, observándolas críticamente y encantados a la vez: la de Azapa, de Codpa, de Livilcar y la “Juan XXIII” son las de mayor prestigio. Luego vienen los “Príncipes Azules”, y finalmente “Los Canarios”, “Sacramento”, “Los Choferes” del Negro Rufo, y como última, otra compañía de “Canarios” que se separó de la primera. El prestigio depende de la buena y correcta presentación, la disciplina, el mayor número de bailarines y la calidad de su banda musical, la antigüedad, la personalidad y la dedicación de sus dirigentes que saben crear y formar su compañía y aún representarla con influencia y peso frente a otras instituciones.

Después del almuerzo empezaron los saludos de la tarde, para los que cada compañía disponía de treinta minutos. La Compañía de Aica, consideraba como segunda en antigüedad, después de los de Azapa, partió desde la casa donde se alojaban, esta vez vestidos con su “traje sencillo”, que consistía para los hombres -músicos y bailarines- de un terno azul marino, y para las señoritas bailarinas de un vestido celeste, largo hasta los tobillos.

Todos llevan, cruzada sobre el pecho, una cinta de seda blanca, bordada de flores y una leyenda que dice VIVA MARIA. La fila de hombres lleva la cinta sobre el hombro izquierdo y la fila de señoritas sobre el hombro derecho. Los zapatos son negros y los calcetines blancos. Los hombres llevan camisa blanca y corbata negra.

La ceremonia del Saludo de la tarde se desarrolló desde la puerta del templo, donde cantaron el himno “La Entrada”, con las mismas características y ritos de esa mañana. A continuación cantaron, ante la peña sagrada, el himno de las “ Buenas Tardes”, -el mismo que aquel de los “Buenos Días”, cambiándose solamente estas dos palabras en el texto. Luego siguieron la “Inspección y Presentación de la tropa” y la “Reverencia Colectiva en Cruz”, y finalmente, retrocediendo, el himno de “ La Retirada”. Terminaron en 30 minutos la ceremonia, para luego dirigirse a la plazuela del Calvario, donde la compañía ejecutó sus cinco mudanzas, o contradanzas, que demoraron en total, dos horas y media, aproximadamente<sup>2</sup>. Llegados a la casa, el guía despidió su tropa, pero

nuevamente siguieron los músicos con unas rondas en la calle, tocando sus huaynitos, como en la mañana. Luego se retiraron para tomar un buen vaso del rico y sano Pintatani, el vino dulce asoleado de Codpa.

A las 18:00 hrs, comenzaron los saludos de las “Buenas Noches”, que consisten en la triple ceremonia de: - Entrada - Saludo de Buenas Noches - Retirada, con Inspección y Reverencia en Cruz-; éstas se desarrollaron también, según el orden de antigüedad de cada una de las compañías.

En el día de la Víspera, una interminable caravana de peregrinos particulares, había llegado por las sendas de la quebrada. Los feligreses, deseosos de saludar a la Virgen Milagrosa, formaron una larga fila que se prolongó como inmensa serpiente por todo el pueblo, comenzando cerca del templo, pasando por la calle principal hacia el Calvario, volviendo por la calle superior y desembocando en una puerta lateral del templo.

A las 20:00 horas, se interrumpieron los saludos de las Buenas Noches, para la Misa y Vísperas, transmitidas por altoparlantes. El Padre Braulio, que estaba a cargo de los servicios religiosos del Santuario, exigía que durante sus ceremonias se interrumpieran los homenajes de las compañías. En toda la quebrada debían callarse la música de las bandas y pararse las contradanzas, y en cambio, se transmitía por un poderoso equipo de altoparlantes la liturgia sacramental de la Iglesia Católica, dominando toda la quebrada con su potencia. Las compañías sentían generalmente esa restricción como una concesión que había que hacer a la Iglesia, para que el padre cumpliera también decentemente su parte en la fiesta, y para dar oportunidad de asistir a Misa a los peregrinos que no eran de sus filas. Por lo general, los bailarines no se sienten tan inspirados por la pasiva liturgia católica oficial, y se limitan más bien a su propia ceremonial.

Esa noche de la Víspera, el padre Braulio convocó a los dirigentes de la Asociación de Bailes -en que están representadas todas las Compañías- a una breve reunión. El ánimo no fue muy positivo, cuando el padre

2 Para la coreografía de estas contradanzas, ver: JvK, Danzas y estructuras sociales de los Andes; Cusco, IPA, 1981.

comunicó que el motivo de la reunión era revisar algunos detalles del horario de la fiesta. Al día siguiente habrían tres misas en vez de dos, como en años anteriores. Esto causó largas discusiones, porque significaba la reducción del tiempo disponible para los actos de culto de los bailes, que con tanta anticipación y precisión se habían repartido entre las compañías. Finalmente llegaron a un acuerdo.

Si bien surgen numerosos conflictos, año tras año, sobre detalles de los reglamentos ordenados por el padre Braulio y los Alféreces, es cierto también que los bailarines de Las Peñas estiman al Padre y que reclaman su presencia y los servicios que han de ser: la "Misa de Gala", la procesión de la tarde y los bautismos de los niños que se presenten. De este modo se observa también que cada año se multiplican en el Santuario las relaciones de parentesco espiritual -relaciones de padrinos y compadres- dentro de las compañías y entre los integrantes de diferentes compañías. Los padres consideran como un beneficio muy particular para su hijo cuando pueden bautizarlo en el Santuario y esperan que una protección especial de la Virgen Santísima acompañará al niño por toda la vida. Adolfo hizo bautizar a su hija Fanny en el Santuario, y fue padrino hasta cinco veces en ese templo. Dos bailarines de Aica, Hugo y María, pidieron este año el bautismo para sus hijos. Su Caporal, Don Pedro, y el Caporal de la Compañía de Azapa, Don Domingo Baluarte, son ahijados de Aica. Don Domingo, a su vez, es compadre de Adolfo, y tiene dieciocho ahijados en Las Peñas.

Aunque la presencia y los derechos superiores de la liturgia oficial católica en Las Peñas se discute por los bailarines, éstos acuden frecuentemente -en los pequeños conflictos por el orden y el horario; a su argumento favorito: "¿Quién, si no los bailes, hace la fiesta de Las Peñas?. ¿Si nosotros no estuviéramos aquí, que quedaría de la fiesta?".

Para el observador resalta la inmensa diferencia entre ambas liturgias, ambas teologías y ambas culturas históricas que en Las Peñas se encuentran.

El día 8 de Diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, es el día más grande de la fiesta y las ceremonias ocupan prácticamente todo el día. A las cinco de la mañana, todas las bandas

musicales recorren el pueblo, para despertar a los peregrinos con una Diana. Apenas avanzan por las calles, que están repletas de hombres, mujeres y niños, durmiendo al ras, envueltos simplemente en un poncho o una frazada.

En la mañana a primera hora, también la Virgen de la Roca es vestida de gala por las señoras del Alferazgo: unas vestimentas preciosas de color blanco, corona de oro y plata, collar de perlas auténticas, y rosario de plata en la mano. Una abundancia creciente de flores frescas, traídas por los peregrinos la adornan todos los años.

Con la primera luz del día, a las seis de la madrugada, empezaron los saludos de “Buenos Días” de las compañías, que se desarrollaron en el mismo orden descrito más arriba. Dos veces hubo que interrumpir estos saludos, por motivo de las misas que eran a las ocho y diez horas. Terminaba la primera misa, se izó el pabellón nacional con una ceremonia muy sencilla, en la pequeña plaza del pueblo.

Don Hilario tuvo una breve visita de cortesía esa mañana, de su ahijado, Don Domingo Baluarte, Caporal de la Compañía “Hijos de Azapa”, y Presidente de la Asociación de Bailes de Las Peñas. Don Hilario le sirvió un vaso de buen Pintatani y su ahijado le dijo:

“Padrino, le traigo una invitación”.

“Una invitación...”, repitió Don Hilario, mirando su vaso.

“Vengo a invitarle, padrino, que pase con nosotros la fiesta de las Cruces. Si la gente está en condiciones, venga con la banda.”

“Las Cruces..” repitió Don Hilario, sin comprometerse; pero su ahijado sabía que ésto equivalía a un compromiso provisorio. De parte de Don Domingo, la invitación era una expresión de respeto y cariño frente a su padrino.

La visita fue corta, porque ambos estaban con un programa sobrecargado de celebraciones religiosas, y el Caporal de Azapa tenía que atender también sus múltiples relaciones sociales en el Santuario.

Don Domingo Baluarte era muy respetado por su correcta presentación, su moderación, su cultura personal y su conversación amena. Era mulato de muy buen físico, inteligente, generoso humanitario y equilibrado benefactor, buen patrón para sus operarios en la chacra, y esposo atento y solícito. Muy ordenado en sus asuntos, puntual en el cumplimiento de sus compromisos, correcto y caballeroso en sus transacciones, confiable en su palabra, sincero pero reservado en su amistad. Su infortunio era no tener hijos, carencia que sus múltiples ahijados no recompensaban. A pesar de su gran prestigio, a nivel personal y familiar, buscaba la compensación de su origen mulato en aquella esmerada presentación personal que le era característica.

A mediodía, todas las compañías ya habían terminado sus saludos, y se dirigieron al templo para la "Misa de Gala", que el Padre Braulio celebró especialmente para los bailarines. Estos vestían todos sus trajes de lujo; el baile de Aica también. Desde la renovación del baile, en 1968, se habían cambiado algunos detalles en el traje descrito anteriormente. Esta vez, los hombres se vestían con pantalones y camisa blancas, sin corbata y, sobre las espaldas, la capa celeste con una estrella blanca de cinco puntas. Las señoritas llevaban un vestido rojo, largo hasta los tobillos, con la misma capa celeste sobre las espaldas. Los demás detalles eran para todos los bailarines iguales: zapatillas, calcetines, guantes blancos y una cintilla amarilla sobre la frente para amarrar el cabello. La cinta bordada de seda blanca era la misma del traje "sencillo". Los músicos llevaban también pantalones blancos. Hasta el mediodía llevaron un vestón azul marino, pero a partir de la Misa de Gala se presentaron en camisa blanca.

Durante la misa, el templo estaba repleto de bailarines, inmovilizados por un largo tiempo y sufriendo un calor insoportable. Fue un alivio para ellos cuando la ceremonia, aunque estimada indispensable, finalizó, para poder ir a almorzar y descansar.

No así para el baile de Azapa, que tuvo que iniciar inmediatamente el saludo de las "Buenas Tardes", seguido por el baile de Aica. Después de este saludo, Don Pedro llevó su compañía, como en el día de la Víspera, a la plaza del Calvario, para ejecutar las cinco contradanzas. Esta vez se le agregó, como último baile, la llamada "Pisa-Pisa", que es un

canto bailado con una mímica interpretativa representandola vendimia. Durante su desarrollo, los socios sirvieron vino a los bailarines, -limonada a los chicos- para interpretar la borrachera, en que los actores, primero se sentaron a tomar, y luego se echaron a tierra imitando los efectos de la embriaguez en todo su realismo. Después de la última estrofa se expresó la vuelta al trabajo, pisando la uva enérgicamente.

*Pisen, pisen compañeros todos llenos de alegría  
sacaremos rico vino de la viña de María.*

*Comencemos el trabajo en este dichoso día  
trabajemos con empeño en la viña de María.*

*Llenen, llenen sus canastas de esta uva tan hermosa  
ya que Dios a dao licencia y la madre poderosa.*

*Arranquemos esta uva de esta viña tan hermosa  
no dudemos de este vinode la madre poderosa.*

*Tomaremos esta copa y la salud de María  
ya que Dios a dao licencia para que llegue este día.*

*Llenen, llenen sus cachitos todos por igual negritos  
que estamos borrachitos y no podemos pisar.*

*Pasen, pasen otra copa para poderla tomar  
porque estamos muy borrachos y no podemos ni andar.*

*Pasen, pasen otra copa para podernos parar  
que nos toquen un Huaynito para poderlo bailar.*

Cuando la Compañía de Aica se dirigió a la casa, habían pasado cinco horas y media ininterrumpidas de celebraciones litúrgicas, a partir de la misa de Gala. Eran casi las seis de la tarde cuando se les sirvió un almuerzo abundante y bien rociado con vino, como corresponde en la fiesta. La comida, como el día entero, pasó en la clara conciencia de estar en tierra Santa y en presencia de la Virgen que la habita. La norma principal es el respeto para el lugar y el tiempo sagrado. La armonía debe reinar en el baile y en todas las relaciones sociales y familiares. Sin embargo, las contradicciones que se encuentran son múltiples, por la condición humana y pecadora de los peregrinos. Así, como ejemplo, el hecho que pasó a la Señora del “Aurdo Aranibar”, el cajero de la banda:

sus niños chicos lloraban por su comida y porque estaban muy cansados; le molestaban tanto, que ella gritó:

“Perdóname Virgen, pero no aguanto más”, y en seguida le dió a uno de los llorones dos sonantes palmotazos en el trasero. El chico lloró a gritos y el “Aurdo”, llamó la atención a su señora por lo incorrecto de su actuación, diciéndole:

¿Cómo se le ocurre, señora?, ¿piense dónde está?.

Otra contradicción, que a la vez era una continua preocupación para Don Hilario, era que sus músicos, al tomar su trago que es parte integrante de la fiesta, se podían pasar, de modo que no estuvieran en condiciones de presentarse en las ceremonias.

Tiempo para una sobremesa o un descanso no había, porque una hora más tarde tenía que comenzar la procesión, que habría de ser el momento más glorioso y triunfal de la fiesta.

Como de costumbre, la Compañía de Azapa, por ser la más antigua, tuvo el privilegio de llevar las andas de la Virgen del Carmen en la procesión, y cantar primero su himno. Luego le correspondió a la Compañía de Aica. El canto apenas se escuchó en medio de la bulliciosa multitud de peregrinos y la potente instalación amplificadora que, desde el templo, retumbaba en la quebrada, transformando mostruosamente una voz femenina, que en alguna parte rezaba y cantaba por sí sola. Era la voz de la Catequista, la Señorita Paula. Este inconveniente no impedía que la compañía cumpliera con una de las partes más importantes de su ritual: el canto de la “Procesión”. En ese supremo momento de gracia, es cuando se alcanza la bendición de esa Virgen Celestial que desciende y pasea majestuosamente por la tierra de los mortales, reanimando las fuerzas vitales de la naturaleza, y concediendo vida y perdón, favores y milagros a sus hijos peregrinos.

*Madre mía de Las Peñas ya saliste de tu trono  
alumbrando a todo el mundo con tus hijos novenantes.*

*Canten, canten compañeros que ya salió nuestra madre  
en la vida y en la muerte amparanos gran señora.*

*Todos te acompañaremos en tu linda procesión  
en andas te acompañaremos por toda la población.*

*Madre mía de Las Peñas miranos con compasión  
eres madre milagrosa de todos los novenantes.*

*Ya salió nuestra señora con su rayo diamantino  
que en el cielo y en la tierra te adoramos con fervor.*

Lo que había de ser una ceremonia de gran estilo, se perdió materialmente, por el fervor descontrolado de la multitud apremiante y el ruido de los altoparlantes. Pero, aunque se destrozaba su gran liturgia y se hacían tira los trajes de gala, aunque nadie escuchara ni apreciara lo que cantaban, Ella, la Virgen Santísima, ve y recibe el homenaje que, músicos, bailarines y socios, le ofrecen con esa fe inmesa y esa entrega total que llenan en aquel momento sus corazones. Después de cantar la “Bendición”, la Compañía cedió su lugar a los de Codpa, dejando pasar las andas por medio de sus filas y quedándose detrás en la procesión.

Los petardos tronaron en grandes cantidades, especialmente cuando la procesión regresó, en el momento que la Virgen entró por la puerta del templo.

Inmediatamente después de la procesión empezaron los saludos de las “Buenas Noches”, nuevamente con sólo treinta minutos de espacio disponible para cada compañía.

Elena y Adolfo terminaron, posteriormente, la jornada con la travesía del río, saltando de piedra en piedra para alcanzar la peña del otro lado, donde prendieron un paquete de velas para ellos mismos y otro para una familia amiga que se los había pedido así. Miles de velas prendidas sobre las piedras y la roquería, alumbraban allá la peña oscura y no era difícil llenar una botellita con el agua que brota de la roca en muchas partes. Esta agua es considerada como muy saludable y un sacramento mediante el cual opera la fuerza milagrosa de la Virgen de Las Peñas. Alguna gente usa esa agua bendita para hacer remedios, pero Adolfo la llevó solamente para rociar su casa y para tenerla presente en cualquier momento de peligro.

En ese mismo momento, la catequista Paula, estaba comiendo en el restaurante que explota uno de los alféreces, y que está ubicado al lado del río. Descansaba satisfecha de su labor cumplida, y así se sentían también los alféreces allí presentes.

El cuerpo de Alféreces de Las Peñas es un grupo selecto de unos treinta profesionales y comerciantes acomodados de la ciudad, que en estrecha cooperación con la autoridad eclesiástica monopolizan el patrocinio del Santuario a cambio de una cuota anual de dinero que aportan como contribución personal. Ellos reciben las limosnas de la Virgen y se hacen cargo de las obras de construcción y otras que estiman necesarias para el buen funcionamiento del Santuario.

En la Misa de Gala, los Alféreces estaban presentes en gran número, pero se notaba que ellos no se identificaban con las expresiones de devoción popular de los bailes religiosos y otras manifestaciones de fe. Durante la comida la catequista discutió con el dueño del restaurante y otros Alféreces más, el tema de la religiosidad popular. La señorita les confesó:

Me cuesta ocuparme de gente con una cultura inferior a la mía." El dueño del restaurante le dice:

"Te fijaste: las mandas. Esta mañana vi un hombrecito cargando una piedra, así. Vino arrastrándose de rodillas desde el Calvario. Da pena, verdad..y otro, arrastrándose de pecho y guata como animal."

Y la señorita Paula:

"Es horrible. Pero, como hacerles entender que la Virgen no nos pide estos sacrificios."

Otro Alférez le aporta una sugerencia:

"Yo creo que lo primero que habría que hacer es limitar más las horas de baile en el Santuario. Es terrible, esa música, tan fuerte, que dura día y noche. Creo que ganaríamos mucho en crear aquí un ambiente más religioso y de oración."

“Estoy muy de acuerdo”, le responde la catequista, “y en ese espacio habría que aprovechar para instrucción religiosa. Tenemos aquí un buen equipo amplificador, que sirve bastante. Sabes, es increíble, pero la gente no comprende NADA del cristianismo sacramental.”

Luego versó la conversación sobre la utilidad de ese equipo sonoro, que los Alféreces compraron para el Santuario, y lo mucho más que ellos han hecho para el arreglo del templo y la casa parroquial.

La fiesta llegaba a su última fase. Para los bailarines faltaba cumplir solamente la última ceremonia, la última y la más difícil: la Despedida. Después del Saludo de las Buenas Noches cayó sobre ellos, como una sombra, la triste obligación de esa ceremonia que se acercaba. Ya estaban guardados los vistosos trajes de gala. Pasada la media noche, se dirigió el cortejo de la compañía de Aica desde su casa al templo, todos vestidos como peregrinos-caminantes, igual que en la ceremonia de la Llegada. Algunos socios llevaban una botella con agua potable para asistir a los bailarines que sufrieran más del impacto emocional. Se sentían oprimidos, esperando su turno a la entrada del templo, mientras los de Azapa cumplían el suplicio de su despedida. Su música, de ritmo mucho más lento que la de Aica, les llegaba como gritos y llantos de infinita tristeza, y los llenaba de angustia por el tormento que se descargaba sobre esa prestigiosa compañía. (Don Domingo tenía más de 50 bailarines, todos hombres), diez o doce de ellos se desmayaron por la fuerte y penosa impresión que les causó la despedida. Muchos de ellos lloraban profundamente. Los que, con toda la fuerza de su voluntad, lograban dominarse, sufrían más. Este fue el caso de su Caporal quien, irremediablemente tuvo que enfrentar esa pena por la exigencia de su alto puesto y responsabilidad de la Compañía. En el momento mismo de terminar la ceremonia, Don Domingo sufrió un fuerte ataque nervioso con convulsiones espasmódicas que lo hicieron caer a tierra y que le impedían la respiración. La agonía de ese hombre prestigioso impresionó profundamente a los bailarines de Aica, en el momento que hicieron su entrada al templo. Ni Adolfo, pudo acudir para aliviar el sufrimiento de su compadre Domingo, porque el rito de despedida, para él también, había comenzado a desarrollarse.

La primera parte, el canto del himno de la entrada, se efectuó a la manera acostumbrada. Enseguida, acompañado de una música de la banda, el caporal se acercó al relicario, se arrodilló y se despidió de la Virgen durante un largo momento. La abrazó, le besó el vestido, y volvió a la tropa, dejando espacio a los dos primeros guías, para que hicieran lo mismo, y luego de par en par, se acercaron los demás.

Varios bailarines viven esos instantes intensos sentimientos, con una conciencia trascendental. Por la fuerte y alucinante experiencia de encontrarse cara a cara con la Virgen Celestial, les parece pasar por momentos de gran lucidez y gracia, lejos de la realidad material circundante que, como envuelta en neblinas, no penetra sus sentidos sino vagamente. Surge también, una clara conciencia de su penosa existencia humana y una inmensa nostalgia por la plenitud y la felicidad que parecen estar presentes -aunque inaccesibles a la vez- en la persona de la Virgen. Se sienten transportados en algún grado de éxtasis. Pero en esta despedida sufren al mismo tiempo el desgarrante distanciamiento de la dicha y la recaída en un desesperante destierro sin sentido ni salida, experiencia que se indica, a veces, como “muerte mística” en la literatura de la teología mística, y que es la contraparte del éxtasis. En esta perspectiva habría que interpretar, al parecer, los fenómenos que acompañan la ceremonia de la Despedida<sup>3</sup>.

Todos los participantes se impresionan profundamente por la ceremonia, sin embargo, los menos impactados son los niños, y tal vez también los músicos zampoñistas de la cordillera. Los bailarines de fila sufren el impacto más fuerte, por la expresión ritual de la despedida que es interpretada dramáticamente. Los socios, en general, están acompañando solamente el drama ceremonial, atentos para ayudar y aliviar a sus protagonistas, y por la desconcentración, escapan a la fuerza del impacto.

3 El sicólogo René Muñoz de la Fuente, consultado al respecto, opina: “Desde el punto de vista psicológico, que se limita a explicaciones naturales de la situación, habría que hablar aquí de un fenómeno de sugestión colectiva y de histeria colectiva final. Los integrantes de la Compañía de baile creen y sienten que visitan a la Virgen María en persona (no una imagen, ni una simple ceremonia simbólica). Para ellos, la visita, los saludos, la despedida, es algo real. Posiblemente facilitan tal estado psicológico, el carácter colectivo de la experiencia, la exactitud del ceremonial, la monotonía rítmica de cantos y movimientos, el agotamiento físico.”

Después de haberse despedido en forma individual de la Virgen, -primero los bailarines, luego los socios, finalmente los músicos- todos recuperaron su lugar, para cantar la Despedida. El Caporal se puso de rodillas y le siguieron los bailarines, el porta-estandarte sus abanderados, y la mayoría de los socios. De pie quedaron los músicos y los hombres destinados para prestar primeros auxilios. El guía entonó el himno, estimulando a sus bailarines a cantar con toda su voz. La melodía es lenta y triste, y las palabras del himno agudizan en los bailarines, la pena de la despedida:

*Adios, adios Madre mía adios, Madre de Las Peñas  
Si nos conservas la vida para el año volveremos.*

*Al cantar mi despedida se me parte el corazón  
madre mía milagrosa echanos tu bendición.*

*Siento un dolor en mi pecho el cantar mi despedida  
después de tanta alegría llorando nos despedimos.*

*Adios madre de Las Peñas adios brillante lucero  
si nos das vida y salud hasta el año venidero.*

*Nos despedimos llorando de este sagrado templo  
para convuestros devotos todos unidos llorando.*

*Si pecando he de vivir después de adorarte y verte  
dejame Virgen morir pues será justa mi muerte.*

*Si tu ves que me encamino por una senda perdida  
ponlo en tu gloria María a este pobre pecador.*

*De vos me despido triste sin consuelo ya de verte  
madre mía milagrosa hasta el año venidero.*

*Madre mía de Las Peñas hoy se van tus novenantes  
con el corazón partido después de tanta alegría.*

*Como madre te buscamos en este templo te hallamos  
y a vos madre te aclamamos todos a tus pies rendidos.*

*Llorando nos despedimos después de adorarte y verte  
alza tu mano divina y echanos tu bendición.*

Entre dos estrofas, la banda repetía la misma melodía, y los suplicantes retrocedían penosamente. El dolor que sufrían en las rodillas, era lo de menos. Los sentimientos de angustia y opresión crecían continuamente y, hacia el final, los bailarines, tanto hombres como mujeres, uno tras otro cayeron desmayados como por contagio. Algunos cayeron dando gritos de desesperación, otros con convulsiones musculares y pataleando ferozmente, pero en silencio, otros en cambio, desmayándose suavemente. Faltaban las manos de los socios para atenderlos a todos y llevarlos fuera, de modo que la asistencia de parte de otras compañías fue necesaria. Don Pedro, el Caporal, aguantó hasta el último, pero, una vez fuera, arrancó gimiendo desesperadamente, como en un ataque de asma. Dejó el baile atrás y corrió a la casa. El guía llevó los restos de su baile en formación, bajo los tonos de una marcha más bien alegre. En las filas quedaron solamente seis hombres y ocho mujeres, de un total de cuarenta y cuatro bailarines. El ambiente era de consternación, como si hubieran presenciado un accidente fatal.

Cuando la Compañía llegó a la casa, salió Don Pedro fuera, un poco recuperado ya, para dar las gracias a su gente. En una breve alocución, interrumpida varias veces por sus lágrimas, se confesó y prometió seguir en el mando de la Compañía:

“.....Con la ayuda de Nuestra Madre Santísima, voy a seguir cumpliendo con esta compañía....., ya que un “hombre” me entregó esta vara.... y por eso debo cumplir con ella. Los que llevan la vara no se hacen de un día para otro...sino por larga experiencia,.....Les doy infinitas gracias... a todos ustedes...”

Terminó llorando y la Señora Presidenta, para salvar la situación, tomó la palabra y despidió la Compañía: “...ya que es tarde, ya.” Ella también lloraba, pero era más realista.

Poco a poco, los que sufrieron ataques, se fueron recuperando. Sus parientes trataban de consolarlos cariñosamente. Se hablaba poco en las piezas, las que parecían casa de difunto después del entierro. A las cuatro de la mañana, todo había vuelto a la normalidad, y pudieron descansar también los dirigentes.

## 9. LA OCTAVA Y 'LAS CRUCES'

Después de pocas horas de descanso, hubo que levantarse, para preparar el viaje de regreso. A primera hora hicieron los bultos y cargaron la tropa de burros que el Codpeño arreó con todo apuro al paradero, para asegurarse un segundo viaje ese mismo día. Tomaron un escaso desayuno de pan duro con té y, cargados cada uno con su equipaje personal, se fueron en pequeños grupos de parientes o amigos, al templo para un último saludo de despedida a la Virgen. El templo ya les parecía semi-abandonado y vacío, y de la fiesta quedaba solamente el polvo y las flores marchitas. La plancha de vidrio separaba nuevamente la Virgen, de los peregrinos.

En una última oración, íntima y devota, cada cual expresaba sus necesidades y deseos, suplicaba por su salud y la de sus parientes, pedía protección y bendición para el año venidero. Más que en las absorbentes ceremonias, los bailarines formulaban sus oraciones verbales y concretas, en este último encuentro. Del templo se fueron inmediatamente, rumbo abajo, y sin detenerse más en las callecitas del pueblo. Hacia el mediodía llegaban, uno tras otro, al paradero y se juntaron en el lugar donde el arriero había dejado los bultos del baile, para esperar las micros y seguir viaje a Arica.

En el Puerto, quedó la última fase del ciclo liturgico por cumplir, que es la celebración de la Octava, que los de Las Peñas llaman "La Bajada del Altar". Fue Adolfo quien relata la ceremonia:

Arica, 7 de Enero, 1973.

Recordado amigo:

Como ha de saber, nosotros programamos nuestra Bajada del Altar para el 16 de Diciembre recién pasado, el cual resultó felizmente todo bien. Todos nuestros componentes se portaron como era su obligación. Estaban presentes la Srta. Paula, de parte del Señor Obispo, y mis compadres Domingo Baluarte y su Sra. esposa, en representación de la Asociación. Referente al acto liturgico, nuestro cuerpo de baile hizo, como primera salutación la Llegada, siendo las 20:00 horas, seguido

luego por la Entrada, Buenas Noches y Retirada. Posteriormente se formó la procesión, saliendo del local en dirección a la plaza Arauco, al frente, y cantamos la Procesión. Allí, en el centro de la plaza, al lado de la fontana y la concha gigante, la Compañía hizo todas sus contradanzas, incluyendo "El Pañuelo". Una vez terminadas éstas, el baile se encaminó nuevamente al local, para hacer la Despedida hasta el próximo año. Así finalizamos el acto liturgico para seguir posteriormente con un cocktail y agasajo a los invitados especiales y a la sociedad entera, alocuciones de nuestros dirigentes máximos y un agradecimiento de mi compadre Domingo hacia la sociedad, y un recuerdo a la memoria de nuestro presidente fallecido, Don Samuel Canchaya, resaltando sus altas cualidades como persona cristiana y como uno de los directores fundadores de la Asociación de Las Peñas, fiesta chica. Muy emocionantes fueron realmente sus palabras. Gracias a Dios y a la Virgen, todo lo programado salió como se esperaba. Referente a la imagen de la Virgen que salió en procesión, la hemos vestido completamente nueva. Las vestimentas tuvieron un valor aproximado de \$2.500.- que en gran parte fue solventado por la familia Cohaila. La Virgen ha quedado muy bonita y estamos todos felices y contentos.

Como Ud. sabe, nuestra sociedad recibió invitación para la Bajada del Altar de los "Príncipes Azules", que se efectuó ayer, el 6 del presente. Pues bien, con fecha 21 de Diciembre pudimos confirmarles nuestra participación, así que ayer estuvimos presentes. Nuestra compañía hizo su llegada a las 20:10 horas, tal como estaba programada, luego se siguió con la Entrada y al término de esta se hizo llegar al Altar un pequeño presente parte de nuestra sociedad. Luego seguimos con Buenas Noches y Retirada, finalizando a las 21:00 horas. Inmediatamente hizo su llegada los "Príncipes Azules", que terminó a las 22:00 horas. En el tiempo que esa Compañía hacía sus presentaciones, Compañía nuestra se dirigió a la casa de la Sra. Rosa -que es fundadora de la Sociedad "Príncipes Azules"- y le tocó hauynitos al Niñito Dios (Nacimiento) que ella tiene en su casa; igualmente hizo en la casa del Caporal Don Pedro Rivera, y de ahí partimos al local de los "Príncipes Azules" para el cocktail, donde fuimos muy bien atendidos y quedamos muy agradecidos, con la promesa de retribuirles para fines del presente año.

Hasta la fecha han hecho Bajada del Altar, las siguientes Sociedades: la nuestra y las de Livilcar el 16 de Diciembre; los "Hijos de Codpa" poco antes del Año Nuevo, el día no estoy seguro, pero debe ser el sábado 30 de Diciembre; Los Príncipes Azules y los Hijos de Azapa el 6 de Enero; queda por hacerlo los "Canarios" que lo va a hacer el 13 de Enero. Esta Sociedad lo iba a hacer ayer, 6 del presente, pero resulta que los músicos que ellos les tocan, también tocan para los Hijos de Azapa así que los Canarios prefirieron postergarlo para el siguiente sábado. La Sociedad Juan XXIII lo va a hacer el 3 de Febrero. Faltarían los de Santísimo Sacramento y los de San Cristóbal, pero más no sé si lo habrán hecho o no... Fraternalmente.

Me despido - Adolfo.

El mismo día, 13 de Enero, bajaron las aguas del río San José e inundaron los barrios bajos de la ciudad. La venida del agua, causada por fuertes lluvias en la cordillera, dejó la chacra de Don Hilario amenazada con una virtual sequía, porque el río destrozó la boca-toma de su canal de riego. Con gran preocupación se preguntaba la gente, como estaría el Santuario. Unos jóvenes de la Compañía de Livilcar, subieron a Las Peñas, arriesgando sus vidas. Los últimos kilómetros del camino para vehículos y el paradero final, estaban destruidos; las sendas por la quebrada ya no existían. Las chacras cubiertas de una capa de barro; los árboles arancados; el lecho del río cambiado; el Santuario transformado en un espectáculo de estrago y desolación. Lloraron ante el aspecto del templo arruinado, pero nada podían hacer sino volver y comunicar las desgracias acaecidas.

Dos días más tarde, se supo en Arica, que el agua había causado grandes daños en el Santuario. La plaza del templo quedó socavada por el agua; la primera corrida de casas y restaurantes destrozada. El río entró en el templo y se llevó las puertas. El agua había subido hasta 1 metro sobre el piso del templo, dejando una espesa capa de fango. Las llosllas<sup>4</sup> habían cubierto con barro, gran parte del Santuario.

Don Hilario recordó el desastre ocurrido en 1952, cuando el río casi barrió con el templo, que posteriormente fue reconstruido, y aunque

<sup>4</sup> Llosllas: corrientes de barro que bajan de los cerros por las lluvias torrenciales.

sintió mucha pena por el desastre, opinó que “La Virgen no quiere lujo; lo quiere sencillito. Tanto lujo en el Santuario es malo”, considerando el suceso como un castigo y una expresión de la voluntad soberana de la Santa.

Con la “Bajada del Altar” fue clausurado el año religioso y social de la Compañía, pero también estaban las invitaciones a otras fiestas religiosas. La “Bajada de las Cruces”, fiesta de gratitud por la cosecha en los valles, era una que no faltaba nunca en el Calendario de las actividades de la Compañía de Aica.

Don Hilario tenía su Cruz en el cerro, frente a su chacra, como todos los agricultores del valle. Pero desde la muerte de su hijo Santos, no la ha bajado más para su adorno y homenaje anual. Nunca dió explicación de tal cambio. Sin embargo, participaba como antes, todos los años de nuevo, en las fiestas de las cruces que celebraban los demás agricultores. Este año tenía un compromiso, contraído en el Santuario, como los Baluarte de Azapa.

Aunque la fiesta de las Cruces tiene su fecha precisa, el día 3 de Mayo<sup>5</sup> cada agricultor en el valle, la celebra en la primera quincena de Mayo y en los días que más le convienen. El ciclo, debidamente celebrado, ocupa una semana entera. Los Baluarte la celebraban ese año, entre los días 5 y 12, de Domingo a Domingo.

En el cerro de arena blanca, a unos 600 metros de distancia de la chacra, se levantan no una sino tres cruces, dos grandes y una pequeña, montadas en un pedestal de concreto de tres peldaños; pertenecen inalienablemente a la familia y a la chacra, le dan fertilidad y buena cosecha a la tierra y aún vida a su propietario. Su descuido, en cambio, haría peligrar la prosperidad de la chacra y podría causar enfermedad

5 En el Santoral del Calendario Romano, la fiesta de esta fecha se indica con el nombre de: “Invencción de la Cruz del Señor”, que según la leyenda fue encontrada por Santa Elena, madre del Emperador Romano Constantino. Para los agricultores de la zona, la “Cruz de Mayo” tiene además, carácter del mitológico “Arbol de la Vida” o “Arbol de Mayo” (cf. J. Frazier, La Rama Dorada, F.C.E., Mex., 1969, p.142, ss.), y la fiesta en su honor, es una celebración de la fertilidad, tanto en acción de gracias por la cosecha, como para asegurar el nuevo ciclo agrario. En este contexto, la celebración de la muerte y resurrección de las fuerzas vitales de la naturaleza, alcanza carácter de “rito de paso”. (cfr. también: M. Mauss; Obras I, Lo Sagrado y lo Profano, p.232, s.; Barcelona, Barral, 1970).

y hasta la muerte de su dueño. Las dos cruces mayores, de tamaño casi igual, miden, sin el pedestal, unos 1,60 metros, aproximadamente. Los más antiguos miembros de la familia tienen memoria que siempre han estado allí, pero no saben su historia. La cruz menor, de 85 cmts. pertenecía a una chacra que compró el finado Don Andrés, padre de Don Domingo. Posteriormente, cuando se vendió esa chacra a un comprador de la ciudad que no apreciaba la cruz, Don Andrés se la llevó y la plantó en medio de las otras dos cruces mayores.

Don Domingo, el hombre principal de la fiesta de las cruces, tenía apenas 35 años, pero gozaba ya de mucho prestigio entre sus familiares, aún sin pertenecer propiamente a la generación de los ancianos, como sus tíos. En todo el valle se lo consideraba como representante de la familia Baluarte, la principal y más numerosa de todas las familias de agricultores de Azapa.

Buena parte de esta representatividad la debía a sus funciones religiosas; Caporal de la Compañía de baile, compuesta en su mayoría por parientes; cuidador y fabriquero del templo de San Miguel de Azapa; y también encargado de la fiesta de las cruces. La primera función la heredó de su padre, Don Andrés, compadre de Don Hilario. A la segunda, fue llamado por el Señor Obispo, por recomendación del Padre Braulio. La tercera función, encargado de las cruces, la heredó de su tía, la que a su vez, la heredó de su abuela. Una obligación concreta de esta última función era: costear cada año los mantos que adornan las cruces y el lienzo blanco del arco que da acceso al calvario en el cerro. Distintivo de esta función era una cruz de madera, color verde, de 40 cmts. de altura, que el encargado guardaba en su casa y que participaba en los homenajes del velorio, junto con las cruces del cerro. Además de estas funciones, Don Domingo tenía un cargo administrativo importante: Presidente de la Asociación de Bailes de Las Peñas.

Junto con su hermano menor, compartió la herencia de su padre: una de las mejores chacras del valle, que produce principalmente olivos y plátanos, tomates y porotos. Como buenos agricultores, los Baluarte supieron unir las innovaciones de la agronomía moderna -fumigaciones, abonos químicos-, con las experiencias tradicionales, como por ej. el riego en caracoles. Don Domingo trabajaba habitualmente con cuatro

operarios, en tiempo de cosecha con doce y hasta dieciseis operarios, todos reclutados del altiplano boliviano, que constituye la tradicional fuente de mano de obra estacional en los valles de Arica. La esposa de Don Domingo cultivaba rosas y claveles para el mercado de Arica.

El día Domingo, 5 de Mayo, se inició la semana con la Bajada de la Cruz. La tarde pasó con una amena reunión familiar y social de los parientes, que de todo el valle y de la ciudad concurrieron a la chacra de Don Domingo. La reunión tuvo lugar en el local de ensayos que allá se encuentra, una sala grande que mide 18 x 16 metros y que tiene sus dependencias y cocina anexas. La sala estaba arreglada con un altar, cubierto con manteles blancos, y con ocho floreros llenos de flores naturales y frutas de la chacra; una gran cantidad de velas, y varios "santitos" del devocionario. La mesa del altar, levantado en el fondo de la sala, contra la pared, tenía tres peldaños, y su forma recordaba el pedestal de las cruces en el cerro. Sobre el altar estaba tendido un cielo de género celeste, cubierto a su vez con el sol, la luna y muchas estrellas de papel platinado. Al altar daba acceso un arco de unos 2,50 metros de altura, revestido de ramos de sauces y olivos; de su cúspide colgaba un hermoso racimo de plátanos, que debe haber pesado por lo menos 35 kilos. Las tres paredes del salón estaban revestidas hasta el techo con tupidos ramos de sauces, olivos y palmeras. Era una exposición completa de toda la abundancia y variedad del producto de la tierra, en su contexto cósmico y religioso. El altar esperaba solamente las cruces que habían de ocupar su lugar en él.

Al anochecer, los hombres subieron al cerro y se sentaron al pie de las cruces para un breve velorio, conversando y aún fumando a la espera del ocaso. Luego, los tíos más ancianos de Don Domingo, se levantaron para sacar las cruces de su pedestal, una cada uno, y encabezando una sencilla procesión, se dirigieron camino abajo, hacia el salón. Allí, las cruces que habían sido pintadas color verde hacía unos pocos días, fueron revestidas cada una, con un hermoso manto nuevo de seda y encaje, bordado en sus puntas y pintada en su centro una cabeza de Cristo coronada de espinas. Además, fueron adornados con dos rosas en la viga horizontal en los lugares donde, se supone, los clavos fijaron las manos de Cristo. Luego las cruces fueron colocadas sobre el altar, en el mismo orden que les correspondía en el cerro, y se prendieron las velas.

Los presentes, unos treinta y cinco miembros de la familia Baluarte, se sentaron para el velorio, -las mujeres más cerca del altar y en la parte frondosa del salón, los hombres más lejos y fuera del follaje- y siguieron las conversaciones a la espera de la comida. Una hora más tarde, un buen asado, acompañado de vino tinto, fue servido por turnos, en una de las dependencias del local. Pasada la una de la madrugada, la gente comenzó a retirarse. No faltaban vehículos de su propiedad para llevar a todos los presentes a sus casas. Dos velas que quedaron prendidas en un lugar seguro, cuando los últimos se retiraron y Don Domingo cerró el local.

El velorio duró toda la semana. En el día se encontraban solamente dos, o cuatro personas, conversando y jugando a los naipes. En la noche, varios parientes pasaban una o dos horas en la sala, hasta después de la media noche. Las velas nunca se apagaron todas.

El Domingo siguiente era el día principal, y para ello se juntaron, además de la familia extensa, un buen número de invitados, entre ellos también Don Hilario y su banda de músicos. A mediodía vino el padre Braulio para decir Misa en el local, ante unas sesenta personas allí presentes. El almuerzo era regular y sencillo. Pasaron la tarde del velorio en conversaciones animadas por el vino que se servía. Los músicos tocaron escasamente, hasta que, al caer la noche, empezaron las ceremonias principales de la fiesta.

El principal oficiante, que tenía a su cargo las ceremonias de esta noche, era el cantor Don Santos, cuñado de Don Hilario, un anciano negro del valle, pobre, pero de mucho prestigio por su función religiosa. A la hora del crepúsculo, Don Santos se dirigió al altar, pasando solemnemente por debajo del arco y se puso, solo, ante las cruces. La dignidad de sus 70 años y el profundo respeto religioso que irradiaba su personalidad frente al altar, eran sus condiciones convincentes para ser oficiante en el culto. Todos los presentes se pusieron de pie y la banda se colocó al lado del altar. El Cantor elevó su voz, ronca y gastada, para cantar la Entrada, y la banda repetía entre las estrofas la misma melodía:

*Al entrar en este templo se me parte el corazón  
al ver aquella lindura, Señor de mi corazón.*

*A este templo tan Sagrado entremos con reverencia  
a adorar la Santa Cruz en su Santo Altar Sagrado.*

*Que linda está la Cruz entre rayos de cristal  
alumbrando a todo el mundo como cruz celestial.*

*Su corona resplandece como brillante lucero  
que alumbra a todo el mundo como el sol más verdadero.*

Terminada la Entrada, la banda tocó una marcha, pero durante ese tiempo, no se movió el anciano de su lugar ante el Altar. Luego cantó un largo saludo a la Cruz, solo y enteramente de memoria:

*Dios te Salve, te bendiga Cruz bendita y admirable  
Arbol de la Redención Gloria de los vegetales.*

*Dios te Salve, Noble tronco grande ... que para todos<sup>6</sup>  
los desterrados triunfantes en el alcazar glorioso.*

*Bendita y noble te llaman los cristianos valerosos  
porque ... triunfastes siendo su ruina y destrozo.*

*En Vos la esperanza nuestra fijo su blanco dichoso  
y gozar la vida eterna esperamos tus devotos.*

*Escuchad los hijos de Eva a tí suspiran y lloran  
que al salir de este destierro tu favor nos es forzoso.*

*Tu patrocinio imploramos en este Amor portentoso  
y desde aquel sacro imperio esperamos tus devotos.*

*Y pones por estanderte de tu poder, oh piadoso,  
en estas pesadas culpas en aquel trance forzoso.*

*Refugianos, Cruz Bendita que aquí lo esperamos todos  
Libranos con tu amparo de aquel tan soberbio mostruo.*

*Por tí veamos el fruto de aquel vientre venturoso  
por cuya humanidad fuistes el estandarte dichoso.*

<sup>6</sup> En algunas de sus partes (...), no alcanzamos a captar el texto completo.

*Ruega pues resplandeciente Noble Capitán Triunfante  
de aquella serpiente astuta que nos ampare constante.*

*Permitid seamos dignos para poder alcanzar  
de las promesas de Cristo en la patria celestial.*

*Por eso sois ensalzada Salve coronas cristianas  
Salve los altos montes de monarquías cristianas.*

*Las tres divinas personas Nos echen su bendición  
y la reina de los cielos nos haga alcanzar el perdón.*

*Emperatriz Coronada, por manos del mismo Dios,  
del Angel gloria sublime, del hombre tiembre ( ? ) mayor.*

Después de un nuevo intermedio musical que la banda presentó igualmente como saludo y homenaje a la Cruz, el cantor negro entonó con vibrante voz la “Primera Pasión”, inmóvil siempre en su solemne posición ante las Cruces:

*A vos verte la mansedumbre con qué prenda te dejó  
y que cayendo el Redentor por tu causa padecía.*

*Muévete angustiado que con mortal sudor  
vierte su sangre que padeció de nuestro Redentor.*

*Muévete aquella humilde con que recibió por vos  
las ofrendas (sic.) bofetadas<sup>7</sup> que en tierra derribó.*

*Muévete a ver que es nuestro antes es más que rigor  
que padeció con el ofendido en ver libre el ofensor.*

El sentido exacto de las palabras que canta el anciano ya no es claro, ni para él ni para los asistentes, pero tanto más elocuente es la actitud de profundo respeto y devoción con que cantó los antiguos himnos. Terminada la “Primera Pasión”, se acercaron los ancianos de la familia Baluarte y tomaron las cruces para iniciar la procesión al cerro. Detrás de las cruces siguió Don Santos, luego la banda y, finalmente, los demás asistentes a la ceremonia. Unos jóvenes se adelantaron para encender una larga corrida de tarros que contenían trapos mojados con parafina, de modo que la procesión avanzaba con luz y dejaba una huella luminosa

<sup>7</sup> Suponemos que debe ser: horrendas bofetadas.

detrás. Durante la procesión, la banda tocó una marcha, que fue seguida por un canto de corte más popular, acompañando el ambiente, más bien de alegría, con que el cortejo subió el cerro para llegar al Calvario glorioso, desde donde las Cruces, dominaban la chacra:

*Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar  
y la Virgen concebida sin pecado original.*

Esta primera estrofa repitió la comitiva, acompañada por la banda, y luego la cantaban como estribillo, al final de cada una de las estrofas siguientes:

*Por aquí pasó Señora con la cruz que lo rendía  
y todos lo miraron y decían Ave María.*

*Asómate a la ventana y verás lo que no has visto  
y verás a Magdalena rezando a los pies de Cristo.  
En el cielo hay un navío que está por navegar  
San Juan el marinero y Jesús Cristo el Capitán.*

*Cuando pases por la Cruz te has de quitar el sombrero  
donde puso la espalda este divino cordero.*

*Con tres clavos me persigno y me abrazo de la Cruz  
por si acaso me muera en el nombre de Jesús.*

El anciano se cansaba mucho cantando y andando cuesta arriba. Por eso dijo a su cuñado, Don Hilario: “Que toquen, no más”. La banda hizo escuchar un huaynito, repetido hasta que alcanzaron el arco cubierto con un lienzo blanco nuevo, de 14 metros, que da acceso al Calvario. Los jóvenes prendieron unos 80 farolitos, de papeles de colores, que todos juntos marcaban en el suelo los contornos de una cruz con medidas de 15 metros de ancho y 30 metros de alto, y que iluminaban claramente el escenario. Los ancianos, cansados también de la pesada subida, plantaron las tres cruces en tres barquitos de concretos, con forma de media-luna, que marcaban en el calvario, el lugar donde quedaron afirmadas. Luego las regaron abundantemente con vino, derramado al pie de cada una de las cruces. En seguida se les sirvió a ellos y a todos los asistentes un vaso para brindar. Muchos de éstos se acercaron también para botar unas gotas al pie de las cruces. Otros echaron, desde

el lugar donde se encontraban, unas gotas en su dirección, con el dedo que hundían tres veces en el licor. Después de este brindis, Don Santos cantó “Las Alabanzas” a las Cruces:

*Gracias te doy, Gran Señor gracias a tu gran Poder  
que sin mirar nuestras culpas nos dejas amanecer.*

*Alabado sea le Santísimo Sacramento del Altar  
y María concebida sin pecado original.*

*También te pido Señor por tu infinito poder  
que por tu pasión y muerte nos dejes anochecer.*

*Del tronco nació una rama y de la rama una flor  
De la flor nació María y de María el Creador.*

*El Creador hizo el mundo y del mundo el pecador  
el pecador fue humillado a las plantas del Señor.*

*Señor mío Jesucristo que estas en ese madero  
no permitas que al demonio se le cumpla el deseo.*

*Madre de la Concepción Linda sin comparación  
no permitas Madre mía que muera sin confesión.*

*Las cuentas de tu rosario balas son de artillería  
y todo el infierno tiembla al decir Ave María.*

*El demonio está enfadado lleno de melancolía  
porque no puede privar el rosario de María.*

*Aunque el demonio cobarde reviente en el infierno  
y de rezar el rosario de mi Señora de Las Peñas.*

*Señor mío Jesús Cristo dame un rayo de tu luz  
para poder alabarte y decir, Amén, Jesús.*

*Amén, Jesús y María Jesús, María y José  
morir antes que pecar por siempre jamás, Amén.*

Con este canto, terminó el oficio sagrado del anciano cantor.

La banda entonó un alegre huaynito y comenzó la bajada, con el paso de trote, siguiendo la huella luminosa a la casa. Allá todos se

servieron otro trago. Tocarón y bailaron un segundo huayno, y luego un tercero y cuarto, bailando la ronda con la simple alegría y el entusiasmo de siempre, hasta que las señoras mandaron avisar que la comida estaba servida. Don Domingo, como dueño de casa, invitó a sentarse a la mesa en el primer turno, a los ancianos de la familia Baluarte, al cantor y los miembros de la banda, junto a otros invitados de honor.

La noche pasó con baile, música y bastante vino, aunque no en exceso, cumpliéndose así una vez más, la tradición que Don Andrés había dejado. Al día siguiente, empezaba la cosecha de las aceitunas, según antigua costumbre en la chacra.

## EPILOGO"

"Más penas acarreó ese año para Don Hilario y su compañía. En septiembre, relacionado con el cambio de gobierno, fue allanada la casa de Aica y el local del baile. Su efecto fue un ataque nervioso de Elena y un largo reposo médico. Las casas de Don Pedro, de Beltrán, de la Familia Díaz y otros socios soportaron la misma violencia. Beltrán y Don Pedro fueron llevados presos; Beltrán, después de salir libre, murió en un accidente de tránsito; Don Pedro fue relegado al Sur de Chile. La familia Días partió y no se supo más de ella. Don Hilario con la experiencia de sus años, se limitó a decir: "La política es peligro".

Kenny trabajó por unos meses en la chacra, pero sucedió tal como Elena había previsto: "El negro va a querer plata para comprar ropa y para su trago. Si Don Hilario se lo niega, se espanta y salta. Eso no va a durar..."

Adolfo renunció voluntariamente a su trabajo en el Banco para ocupar el lugar de su hermano en la chacra; a la que guardaba un gran cariño y le gustaba trabajarla. Para Don Hilario y la Señora Isabel, los años pesaban más y necesitaban ayuda.

Un golpe moral redujo a Don Hilario, cuando le quitaron el carnet de conductor por su vista deteriorada. Desde aquel día, maneja su vieja camioneta solamente dentro de los límites de la chacra.

El peregrinaje a Las Peñas, ese año, fue la pena más grande, por la destrucción del Santuario, por las filas diezmadas de la compañía de Aica, y por la ausencia de la mayoría de las compañías, entre ellas también la

de Don Domingo Baluarte. Don Hilario dijo: “Hay que cumplir no más. La Virgen no quiere lujo. Sacrificio quiere. Hay que tener fe...”

Por esa fe inquebrantable en su Virgen, nunca abusó en tiempos prósperos, y aguantó los golpes de la suerte en tiempos malos. Don Hilario siguió su vida, firme, como los viejos tamarugos de su chacra.”